

OCEAN VUONG

*En la Tierra
somos fugazmente
grandiosos*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

EN LA TIERRA SOMOS FUGAZMENTE GRANDIOSOS

OCEAN VUONG



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
On Earth We're Briefly Gorgeous

Edición en formato digital: febrero de 2020

© imagen de cubierta, Marta Blue, a partir de una idea de Peter-Andreas Hassiepen(Carl Hanser Verlag)

© de la traducción, Jesús Zulaika, 2020

© Ocean Vuong, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4123-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Para mi madre

Pero déjame ver si utilizando estas palabras como solar y mi vida como piedra angular soy capaz de construirte un centro.

QIU MIAOJIN

Quiero contarte la verdad, y ya te he hablado de los anchos ríos.

JOAN DIDION

I

Déjame volver a empezar.

Querida mamá:

Escribo para llegar a ti —aunque cada palabra que escribo sea una palabra más lejos de donde estás—. Escribo para volver a aquella vez, en el área de descanso de Virginia, en que te quedaste mirando fijamente, horrorizada, a aquel ciervo disecado colgado de la pared, encima de la máquina de refrescos, al lado de la puerta de los aseos, que te ensombrecía la cara con su cornamenta. En el coche, seguías sacudiendo la cabeza.

—No entiendo por qué hacen eso. ¿No ven que es un cadáver? Un cadáver debería hacer su camino, no quedarse ahí atrapado de ese modo.

Pienso ahora en aquel ciervo, en cómo mirabas fijamente sus ojos negros de cristal y veías tu reflejo, tu cuerpo entero, deformado en aquel espejo sin vida. Lo que te conmocionaba no era el montaje grotesco de un animal decapitado, sino el ver que la taxidermia encarnaba una muerte que no acababa nunca, una muerte que seguía muriendo mientras nosotros pasábamos por delante para ir a hacer nuestras necesidades.

Estoy escribiendo porque me han dicho que nunca empiece una frase con *porque*. Pero no intentaba formar frases: intentaba liberarme. Porque la libertad, me han dicho, no es más que la distancia entre el cazador y su presa.

Otoño. En algún lugar de Michigan, una colonia de mariposas monarcas, más de quince mil, empieza su migración anual hacia el sur. En el espacio de dos meses, de septiembre a noviembre, viajarán, un golpe de ala tras otro, del sur de Canadá y los Estados Unidos hasta el centro de México, donde pasarán el invierno.

Se posan entre nosotros: en alféizares y alambradas, en tendedores aún desdibujados por el peso recién colgado de la ropa, en el capó de un Chevy azul descolorido, plegando las alas despacio, como si las estuvieran guardando, antes de volver a batirlas y alzar el vuelo una vez más.

Basta una noche de helada para matar a toda una generación. Vivir, entonces, es una cuestión de tiempo, de momento oportuno.

Aquella vez en que estaba yo haciendo travesuras —tendría cinco o seis años— y aparecí de pronto de un salto desde la puerta del pasillo, chillando: «¡Buuuummm...!» Tú gritaste, con la cara agachada y el gesto torcido, y luego te echaste a llorar, agarrándote el pecho mientras te pegabas a la puerta, buscando aliento. Yo me quedé allí de pie, desconcertado, con el casco militar de juguete ladeado en la cabeza. Yo era un chico norteamericano imitando lo que había visto en la televisión. No sabía que la guerra estaba aún dentro de ti, que —para empezar— había habido una guerra, y que una vez que entra en ti ya nunca te abandona..., solo retumba, un sonido que da forma a la cara de tu propio hijo. Buuummm.

Aquella vez, en tercero de primaria, en que con la ayuda de la señora Callahan, mi profesora de inglés como segunda lengua, leí el primer libro que me encantó, un libro para niños titulado *Thunder Cake*, de Patricia Polacco. En el cuento, cuando una chica y su abuela ven que se

aproxima una tormenta por el horizonte verde, en lugar de cerrar las contraventanas o de clavar tablas en las puertas, se ponen a hacer un pastel. Aquel acto me produjo inseguridad..., su precaria aunque intrépida negación del sentido común. La señora Callahan estaba de pie a mi espalda, con la boca casi pegada a mi oído, y me adentraba más y más en la corriente del idioma. La historia seguía su curso, y la tormenta se iba acercando a medida que ella hablaba, y se acercaba aún más cuando yo repetía las palabras. Ponerte a hacer un pastel en el ojo del huracán; alimentarte con azúcar a la vista del peligro.

La primera vez que me pegaste yo debía de tener unos cuatro años. La mano, un destello, un cálculo. Mi boca, una llamarada de contacto.

La vez en que traté de enseñarte a leer como la señora Callahan me había enseñado a mí, con mis labios en tu oído, con mi mano en la tuya, y las palabras moviéndose debajo de las sombras que proyectábamos en el suelo. Pero aquel acto (un hijo enseñando a su madre) invertía nuestras jerarquías, y con ellas nuestras identidades, que, en este país, estaban ya atenuadas y amarradas. Tras varios balbuceos y falsos comienzos, las frases se te alabeaban o bloqueaban en la garganta; tras la vergüenza del fracaso, cerrabas el libro de golpe.

—No necesito leer —decías, con la expresión transida, y te apartabas de la mesa—. Puedo *ver*; y he llegado hasta aquí, ¿no?

Luego, la vez del mando a distancia. Una roncha amoratada en el antebrazo, sobre la que les mentía a las profesoras.

—Me caí jugando al pillapilla.

La vez, a los cuarenta y seis años, en que te entró un súbito deseo de color.

—Vamos a Walmart —dijiste una mañana—. Necesito libros para colorear.

Durante meses, rellenaste el espacio entre tus brazos con todos los matices de color que no sabías pronunciar: «magenta», «bermellón», «caléndula», «peltre», «junípero», «canela». Cada día, durante horas, te dejabas caer sobre paisajes de granjas, pastos, París, dos caballos en un llano azotado por el viento, la cara de una chica de pelo negro y piel que dejaste sin pintar, que dejaste blanca. Los colgabas por toda la casa, que empezó a parecer un aula de párvulos. Cuando te pregunté: «¿Por qué colorear?; ¿por qué ahora?», dejaste el lápiz zafiro y te quedaste mirando, ensoñadora, un jardín a medio terminar.

—Me quedo ensimismada durante un rato —dijiste—. Pero lo siento todo. Como si siguiera aquí, en este cuarto.

La vez en que me tiraste la caja de Legos a la cabeza. La madera salpicada de sangre.

—¿Alguna vez has dibujado una escena —me dijiste, mientras rellenabas una casa de Thomas Kinkade—, y luego te has puesto a ti dentro? ¿Alguna vez te has visto por detrás, metiéndote más lejos y más hondo en el paisaje, alejándote de ti?

¿Cómo explicarte que eso que estabas describiendo era la escritura? ¿Cómo explicar que, después de todo, estamos tan cerca; que las sombras de nuestras manos, en dos páginas diferentes, se funden?

—Lo siento —dijiste, vendándome el corte en la frente—. Coge el abrigo. Te llevo al McDonald's. —La cabeza me latía con fuerza, y untaba los *nuggets* de pollo en ketchup mientras me observabas atentamente—. Tienes que ponerte grande y fuerte, ¿de acuerdo?

Releí ayer *Diario de duelo*, el libro que Roland Barthes escribió día tras día durante un año a partir de la muerte de su madre. «He conocido el cuerpo de mi madre», escribe, «enfermo y luego moribundo.» Y ahí es donde me he detenido. Donde he decidido escribirte. A ti, que sigues viva.

Aquellos sábados de final de mes en los que, si te sobraba dinero después de pagar las facturas, íbamos al centro comercial. Había gente que se vestía de tiros largos para ir a la iglesia o a una cena; nosotros nos poníamos de punta en blanco para ir al centro comercial del área de descanso de la I-91. Te levantabas pronto, te pasabas una hora acicalándote, te ponías el vestido negro con lentejuelas, tus aros de oro, tus zapatos negros de lamé. Luego te arrodillabas y me embadurnabas el pelo con un buen montón de gomina, y me lo peinabas de lado.

Viéndonos allí, un desconocido no podría imaginar que comprábamos nuestros comestibles en la tienda de barrio de la esquina de Franklin Avenue, cuyo umbral siempre estaba lleno de cupones de comida usados, y donde los artículos de primera necesidad, como la leche y los huevos, costaban el triple de lo que costaban en las zonas residenciales de las afueras, donde las manzanas, arrugadas y magulladas, descansaban en cajas de cartón con el fondo empapado de la sangre de cerdo que goteaba de las cajas de embalaje de las chuletas, que llevaban ya muchas horas descongeladas.

—Vamos a comprar chocolate del bueno —decías, señalando la tienda Godiva.

Escogíamos al azar una bolsita de papel con cinco o seis cuadrados de chocolate. Muchas veces era lo único que comprábamos en el centro comercial. Luego nos paseábamos pasándonos la bolsa hasta acabar con los dedos manchados y dulces.

—Esto sí que es disfrutar de la vida —decías, chupándote unos dedos cuyas uñas tenían el esmalte rosa cuarteado después de haberte pasado toda una semana haciendo pedicuras.

La vez de los puños, gritando en el aparcamiento, con el sol del atardecer arrancándote destellos en el pelo rojo. Yo protegiéndome la cabeza con los brazos, mientras tus nudillos me aporreaban por todos lados.

Aquellos sábados recorríamos los pasillos hasta que, una tras otra, las tiendas iban bajando las persianas de acero. Luego echábamos a andar calle abajo hasta la parada del autobús, los dos con el aliento flotando sobre nuestras cabezas, y tú con el maquillaje que se te secaba en la cara. Las manos vacías, salvo las manos del otro.

Desde mi ventana, esta mañana, justo antes del amanecer, he visto un ciervo en medio de una niebla tan densa y resplandeciente que un segundo ciervo, no mucho más allá, parecía la sombra inacabada del primero.

Puedes colorearlo. Puedes llamarlo *La historia de la memoria*.

La migración puede desencadenarse por el ángulo de la luz del sol, que indica un cambio de estación, de temperatura, de vegetación y de alimentos. Las mariposas monarcas hembras ponen los huevos a lo largo de la ruta. Cada historia tiene más de un hilo, cada hilo una historia de división. El trayecto es de siete mil setecientos setenta y tres kilómetros, más largo que la longitud de este país. Las monarcas que vuelan al sur no volarán ya hacia el norte. Cada partida, por tanto, es definitiva. Solo sus hijas vuelven; solo el futuro vuelve a visitar el pasado.

¿Qué es un país sino una frase sin fronteras, una vida?

Aquella vez en la carnicería china, señalaste con el dedo el cerdo asado que colgaba de un

gancho.

—Las costillas son exactamente iguales a las de una persona cuando se han quemado.

Dejaste escapar una risita entrecortada, luego hiciste una pausa, sacaste tu monedero, con la cara demacrada, y contaste nuestro dinero.

¿Qué es un país sino una condena a cadena perpetua?

La vez del envase grande de leche. El plástico me golpeó en el hombro, y luego una lluvia blanca y constante sobre las baldosas de la cocina.

La vez del parque Six Flags, cuando montaste conmigo en la montaña rusa Superman porque me daba miedo montar solo. Cómo vomitaste después, con la cabeza entera metida en el cubo de la basura. Cómo, en mi alborozo gritón, se me olvidó decirte «Gracias».

La vez que fuimos a Goodwill y llenamos el carro con artículos con etiqueta amarilla, porque aquel día la etiqueta amarilla significaba un cincuenta por ciento más de descuento. Yo empujaba el carro y me encaramaba de un brinco en la barra trasera, y me deslizaba por el suelo, sintiéndome rico con nuestro botín de tesoros de oferta. Era tu cumpleaños. Estábamos derrochando.

—¿Parezco una verdadera norteamericana? —dijiste, pegándote un vestido blanco al cuerpo. Era un poco demasiado formal para que tuvieras ocasión de llevarlo, aunque lo bastante informal para no descartar la *posibilidad* de ponértelo algún día. Una oportunidad. Asentí con la cabeza, sonriendo de oreja a oreja. El carro estaba tan lleno que ya no veía lo que tenía delante.

La vez del cuchillo de cocina..., el que cogiste y luego dejaste donde estaba, y dijiste en voz baja, temblando:

—Fuera de aquí. Fuera de aquí.

Y yo salí corriendo por la puerta a las calles oscuras del verano. Corrí hasta que olvidé que tenía diez años, hasta que los latidos del corazón fue lo único que oí de mí mismo.

La vez, en Nueva York, en que, una semana después de que el primo Phuong muriese en un accidente de tráfico, iba en la línea 2 del tren en dirección al centro y, cuando se abrieron las puertas, vi su cara clara y redonda mirándome directamente, vivo. Me quedé sin aliento, pero me di cuenta de que era un hombre que se parecía mucho a él. Aun así, me perturbó ver lo que pensaba que no volvería a ver jamás: unas facciones tan exactas, la mandíbula poderosa, la frente despejada. Su nombre se lanzó hacia mis labios desde dentro, antes de que pudiera detenerlo. Cuando salí a la calle, me senté en una boca de incendios y te llamé por teléfono:

—Mamá, le he visto. —Aspiré profundamente—. Mamá, te juro que le he visto. Sé que es una tontería, pero he visto a Phuong en el tren.

Tenía un ataque de pánico. Y tú lo sabías. Durante un rato no dijiste nada, y luego te pusiste a tararear la melodía de «Cumpleaños feliz». No era mi cumpleaños, pero era la única canción en inglés que sabías, y seguiste canturreándola entre dientes. Y yo te escuchaba con el teléfono apretado contra la oreja con tanta fuerza que, horas después, seguía teniendo un rectángulo rosado impreso en la mejilla.

Tengo veintiocho años, mido uno sesenta y tres, peso cincuenta y un kilos. Soy bien parecido desde tres ángulos y horrible desde todos los demás. Te estoy escribiendo desde dentro de un

cuerpo que un día fue tuyo. Lo cual quiere decir que te estoy escribiendo como hijo.

Con suerte, es por el final de la frase por donde podríamos empezar. Con suerte, algo se nos transfiere del pasado a hoy, otro alfabeto escrito en la sangre, en el nervio, en la neurona; los antepasados cargan a su progenie con la fuerza callada que impulsa el vuelo hacia el sur, enfilando hacia el lugar del relato del que nadie parecía destinado a sobrevivir.

La vez, en el salón de manicura, en que te oí consolar a una clienta por una pérdida reciente. Mientras le pintabas las uñas, la mujer dijo, entre lágrimas:

—He perdido a mi bebé, a mi pequeña Julie. No me lo puedo creer. Era la más fuerte, la mayor.

Tú asentiste con la cabeza, con los ojos sobrios detrás de la mascarilla.

—Está bien, está bien —dijiste en inglés—. No llore. Su Julie... —seguiste hablando—, ¿cómo murió?

—Cáncer —dijo la señora—. ¡Y en el jardín trasero, además! Murió allí mismo, en el jardín trasero, maldita sea...

Le bajaste la mano, te quitaste la mascarilla. Cáncer. Te inclinaste hacia delante.

—Mi madre también murió de cáncer. —El salón quedó en silencio. Tus compañeros se movieron en sus sillas—. Pero ¿qué sucedió en su jardín trasero? ¿Por qué murió allí?

La mujer se secó las lágrimas.

—Vivía allí. Julie era mi yegua.

Asentiste con la cabeza, te pusiste la mascarilla y seguiste pintándole las uñas. Cuando la mujer se fue, lanzaste la mascarilla a través del salón.

—¿Una puta yegua? —dijiste en vietnamita—. ¡Joder! ¡Y yo a punto de ir a ponerle flores a la tumba de su hija!

Durante el resto del día, mientras les hacías las manos a las clientas, levantabas una y otra vez la vista y gritabas: «¡Una puta yegua!» Y todos nos reíamos.

La vez, con trece años, en que por fin dije «Basta». Tu mano en el aire, mi mejilla escocida por el primer golpe.

—Para, mamá. Déjalo. Por favor.

Te miré con dureza, tal como para entonces había aprendido a mirar a los ojos de los matones que me acosaban en el colegio. Te diste la vuelta y, sin decir nada, te pusiste el abrigo de lana marrón y saliste para ir a la tienda.

—Voy a comprar huevos —dijiste por encima del hombro, como si no hubiera pasado nada.

Pero los dos sabíamos que ya nunca volverías a pegarme.

Las monarcas que sobrevivían a la migración pasaban el mensaje a sus crías. La memoria de las integrantes de la familia caídas en el invierno inicial se entretejía en sus genes.

¿Cuándo acaba una guerra? ¿Cuándo puedo decir tu nombre y que solo signifique tu nombre y no lo que dejaste atrás?

La vez en que me desperté en una hora de color de tinta azul, y mi cabeza —no, la casa— estaba llena de una música suave. Con los pies sobre la madera dura y fría, me dirigí a tu cuarto. La cama estaba vacía.

—Mamá —dije, aún como una flor cortada por encima de la música. Era Chopin, y venía del

armario. Por la rendija de la puerta se veía una luz rojiza, como si el interior estuviera en llamas. Me quedé sentado allí fuera, escuchando la obertura y, bajo ella, tu respirar pausado. No sé cuánto tiempo estuve allí. Pero en un momento determinado volví a mi cama, me tapé hasta la barbilla y me quedé así hasta que paró —no la música, sino mi temblor—. Mamá —dije de nuevo, sin dirigirme a nadie—, vuelve. Sal de ahí.

Una vez me dijiste que el ojo humano es la creación de Dios más solitaria. Cuántas cosas del mundo pasan a través de la pupila sin que retenga ninguna. El ojo, solo en su cuenca, ni siquiera sabe que hay otro, idéntico a él, a menos de tres centímetros de distancia, tan hambriento, tan vacío. Abriendo la puerta principal a la primera nevada de mi vida, dijiste en un susurro:

—Mira.

La vez en que, mientras cortabas las judías verdes de una cesta en el fregadero, dijiste de pronto, sin venir a cuento:

—No soy un monstruo. Soy una madre.

¿Qué queremos decir cuando decimos «superviviente»? Un superviviente es quizá el último que llega a casa, la monarca final que se posa en una rama ya cargada de fantasmas.

La mañana nos cayó encima.

Dejé el libro. Las puntas de las judías verdes seguían partiéndose. Caían con golpes secos, como dedos sobre el acero del fregadero.

—No eres un monstruo —dije.

Pero mentía.

Lo que de verdad quería decir era que un monstruo no es algo tan terrible. Viene de la raíz latina *monstrum*, mensajero divino de la catástrofe, luego fue adaptado por el francés antiguo para referirse a un animal de una miríada de orígenes: centauro, grifo, sátiro. Ser un monstruo es ser una señal híbrida, un faro: a un tiempo refugio y advertencia.

Leí que los padres que padecían trastorno de estrés postraumático eran más proclives a pegar a sus hijos. Quizá haya en ello un origen monstruoso, después de todo. Quizá ponerle la mano encima a tu hijo es prepararlo para la guerra. Decir que te late el corazón no es nunca tan sencillo como la tarea del corazón de decir *sí sí sí* al cuerpo.

No lo sé.

Lo que sí sé es que en Goodwill me tendiste el vestido blanco, con mirada ancha y vidriosa, y me dijiste:

—¿Puedes leerme esto? Y dime si es a prueba de fuego.

Busqué el dobladillo, estudié el texto de la etiqueta y, aunque yo aún tampoco sabía leer, dije:

—Sí. —Lo dije de todas formas—. Sí. —Mentí, y te alcé el vestido hasta la barbilla—. Es a prueba de fuego.

Días después, un chico del barrio que iba en su bici me vio con ese vestido —me lo había puesto pensando que me parecería más a ti— en el jardín, mientras tú estabas en el trabajo. Al día siguiente, en el recreo, los chicos me llamaban «rarito», «sarasa», «mariquita». Andando el tiempo sabría que esas palabras eran también sinónimos de «monstruo».

A veces se me ocurre que las monarcas no huyen del invierno sino de las nubes de napalm de

tu infancia en Vietnam. Las imagino huyendo indemnes de las andanadas flamígeras, con sus pequeñas alas negras y rojas agitándose como desechos que siguieran disparándose a través de miles de kilómetros, de forma que, al mirar hacia lo alto, no pudieras ya calcular de qué explosión provienen, pues ves solo una familia de mariposas volando en el aire limpio y fresco, con las alas finalmente —al cabo de tanta conflagración— a prueba de fuego.

—Es bueno saberlo, cariño. —Te quedaste mirando, con el semblante totalmente inexpresivo, el vestido que yo alzaba por encima del hombro y te pegaba al pecho—. Es bueno saberlo.

Eres una madre, mamá. Y también eres un monstruo. Pero también lo soy yo, y por eso no puedo apartarme de ti. Y por eso he tomado la creación de Dios más solitaria y te he puesto dentro de ella.

Mira.

En un borrador anterior de esta carta, que he eliminado, te contaba cómo llegué a ser escritor. Cómo, siendo el primer miembro de la familia que iba a la universidad, lo desaprovecharía todo estudiando Lengua y Literatura Inglesas. Cómo huí de mi instituto de mala muerte para pasarme los días en Nueva York en las bibliotecas, entre montones de libros, leyendo textos oscuros de gente muerta que, en su mayoría, jamás soñó que una cara como la mía sobrevolaría sus frases, y menos aún que esas frases me salvarían. Pero nada de eso importa ahora. Lo que importa es que todo ello —aunque entonces aún no lo supiera— me ha traído hasta aquí, hasta esta hoja, para decirte todo lo que no sabrás jamás.

Lo que sucede es que hubo un tiempo en que fui un chico, y un chico sin magulladuras. Tenía ocho años cuando en el apartamento de una habitación de Hartford me quedé mirando la cara dormida de la abuela Lan. A pesar de ser tu madre, no se parece nada a ti; su piel tres tonalidades más oscura, del color de la tierra después de una tormenta, se extendía sobre un rostro esquelético cuyos ojos brillaban como cristal astillado. No sabría decir qué me hizo dejar el montón de soldaditos verdes e ir hasta donde ella dormía encima de la madera desnuda, tapada con una manta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos se movían tras los párpados. Su frente, muy arrugada, delataba su edad (cincuenta y seis años). Una mosca se le posó sobre una comisura de la boca, y luego se desplazó al borde de sus labios de color púrpura. Su mejilla izquierda se estremeció unos segundos. La piel, salpicada de grandes poros negros, se le rizaba a la luz del sol. Jamás había visto tanto movimiento en el sueño, salvo en los perros, que corren en sueños que ninguno de nosotros podrá nunca penetrar.

Pero era la quietud, ahora caigo en la cuenta, lo que yo buscaba; no del cuerpo, que seguía moviéndose mientras dormía, sino de la mente. Solo en aquella quietud temblorosa podía su cerebro, indómito y explosivo en las horas de vigilia, templarse en un estado parecido a la calma. Estoy observando a una desconocida, pensaba, cuyos labios se fruncían en una expresión de contento ajena a las de la abuela Lan que yo conocía despierta. La abuela cuyas frases le brotaban erráticas y martilleantes, y cuya esquizofrenia no había hecho más que empeorar desde la guerra. Pero yo la había conocido siempre así de indómita. Desde que puedo recordar, fluctuaba ante mis ojos, adentrándose y saliendo del sentido. Y por eso contemplarla ahora, allí tranquila a la luz de la tarde, era como mirar atrás en el tiempo.

Se abrió un ojo. Vidrioso por la película lechosa del sueño, se ensanchó hasta abarcar mi imagen. Seguí allí a regañadientes, prendido por el haz de luz que entraba por la ventana. Luego se abrió el otro ojo, este ligeramente rosado pero más diáfano.

—¿Tienes hambre, Perro Pequeño? —preguntó, con el semblante inexpresivo de quien aún sigue dormido.

Dije que sí con la cabeza.

—¿Qué tendríamos que comer en un momento como este? —Hizo un gesto señalando la sala.

Una pregunta retórica, decidí, y me mordí el labio.

Pero me equivocaba.

—He dicho que *¿qué* podíamos comer?

Se incorporó, con la melena hasta el hombro lanzada hacia atrás como en un personaje de cómic ante el que han hecho estallar una carga de dinamita. Gateó por el suelo, se acuclilló ante los soldaditos, cogió uno del montón, lo pinzó entre los dedos y lo estudió. Las uñas, perfectamente pintadas y con la manicura reciente que tú le habías hecho con la precisión de costumbre, era lo único impecable en ella. Cuidadas y con una pátina de rojo rubí, remataban los dedos de nudillos encallecidos y agrietados al sostener al soldado, un radiotelegrafista, y lo examinaba como si fuera un artefacto recién desenterrado.

Con una radio montada a la espalda, y una rodilla hincada en tierra, el soldado grita eternamente al receptor. Su indumentaria sugiere que está combatiendo en la Segunda Guerra Mundial.

—¿Quiéeen eres, mesié? —le pregunta al hombrecillo de plástico en su inglés y francés macarrónicos. Con un movimiento brusco, se pega la radio del soldadito al oído y escucha atentamente, con la mirada en mí—. ¿Sabes lo que me dicen, Perro Pequeño? —susurra en vietnamita—. Me dicen... —Agacha la cabeza hacia un lado, se inclina hacia mí, con un aliento mezcla de pastillas para la tos Ricola y el olor a carne del sueño, y con la cabeza del hombrecillo verde dentro de la oreja—. Dicen que los buenos soldados solo ganan batallas cuando sus abuelas les dan bien de comer. —Deja escapar una única risa entrecortada, y calla, con un súbito semblante inexpresivo; me pone el soldadito en la mano y me la cierra en un puño. Acto seguido se levanta y va arrastrando los pies hacia la cocina, con las sandalias tableteando tras ella. Aprieto con fuerza el mensaje, cuya antena de plástico se me clava en la palma mientras la música de reggae, amortiguada por el muro del vecino, entra en el cuarto.

Tengo y he tenido muchos nombres. Perro Pequeño era como me llamaba la abuela Lan. ¿Qué hacía una mujer que se ponía a sí misma y a su hija nombres de flores llamando «perro» a su nieto? Una mujer así mira solo por sí misma. Como sabes, en el pueblo donde creció Lan, al niño más pequeño o débil de la prole, como era mi caso, se le pone el nombre de las cosas más despreciables: demonio, niño fantasma, morro de cerdo, hijo de mono, cabeza de búfalo, bastardo... Perro Pequeño es el nombre más tierno que encontraron. Porque los malos espíritus, errantes por el mundo en busca de niños sanos y hermosos, al oír que llamaban a cenar a niños con nombres de cosas horribles y repulsivas, pasaban de largo de la casa y el niño se salvaba. Amar algo, por tanto, es darle el nombre de algo tan falto de valor que se puede ignorar y dejar intocado y vivo. Un nombre, delgado como el aire, puede ser también un escudo. Un escudo de Perro Pequeño.

Me senté en las baldosas de la cocina y miré cómo Lan levantaba dos montículos de arroz humeante y los depositaba en un bol de porcelana con vides pintadas de añil. Cogió una tetera y echó un chorro de té de jazmín encima del arroz, lo justo para que unos granos flotaran en el líquido ámbar claro. Sentados en el suelo, nos fuimos pasando el bol humeante. Su sabor era el que uno imagina que tendrían unas flores machacadas: amargo y seco, con un regusto vivo y dulce.

—Comida campesina de verdad. —Lan sonrió abiertamente—. Es nuestra «comida rápida», Perro Pequeño. ¡Nuestro McDonald's! —Se inclinó hacia un lado y se tiró un sonoro pedo. Yo hice lo mismo y me tiré otro, lo cual nos hizo reír con los ojos cerrados. Luego dejó de reírse—. Acábatelo. —Señaló el bol con la barbilla—. Cada grano de arroz que dejas es un gusano que te comerás en el infierno.

Se quitó la goma de la muñeca y se sujetó el pelo en un moño.

Dicen que los traumas afectan no solo al cerebro, sino también al cuerpo, la musculatura, las articulaciones, las posturas. Lan tenía la espalda perpetuamente encorvada, hasta tal punto que apenas podía verle la cabeza cuando estaba delante del fregadero. Solo podía verle el moño, que subía y bajaba mientras fregaba.

Miró hacia el estante de la despensa, vacío a excepción de un tarro mediado de mantequilla de cacahuete.

—Tengo que comprar más pan.

Una noche, uno o dos días antes del Día de la Independencia, los vecinos lanzaban fuegos artificiales desde la azotea de una casa de la manzana. Haces fosforescentes surcaban el cielo purpúreo, contaminado de luz, y se deshacían en enormes explosiones que reverberaban en todo nuestro apartamento. Yo estaba dormido en el suelo de la sala, encajado entre Lan y tú, cuando sentí que el calor de su cuerpo, que había estado pegado a mi espalda toda la noche, se esfumaba. Cuando me volví, la vi de rodillas, arañando desaforadamente las mantas. Antes de que pudiera preguntarle qué pasaba, su mano, fría y húmeda, me tapó la boca. Y se puso un dedo en los labios.

—Chsss..., si gritas —le oí decir— los morteros sabrán dónde estamos.

La luz de las farolas reflejada en sus ojos proyectaba charcas de resentimiento en su cara oscura. Me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia la ventana, donde nos agachamos y acurrucamos bajo la repisa, escuchando los estallidos en lo alto de nuestras cabezas. Luego, despacio, me acomodó en su regazo y aguardamos.

Siguió hablando, a ráfagas de susurros, sobre los morteros, y de cuando en cuando me tapaba la parte inferior de la cara con la mano, y yo sentía en la nariz el olor intenso del ajo y del bálsamo de tigre. Debimos de estar allí sentados unas dos horas; los latidos de su corazón seguían pegados a mi espalda mientras la sala empezaba a agrisarse, y luego a volverse añil, delineando dos formas durmientes envueltas en mantas y tendidas delante de nosotros en el suelo de la sala: tu hermana Mai y tú. Parecíais una suave cordillera de montañas sobre una tundra nevosa. Mi familia, pensé, era aquel silente paisaje ártico, plácido al fin después de una noche de fuego de artillería. Cuando la barbilla de Lan empezó a pesarme en el hombro, y su respiración a acompañarse en mi oído, supe que por fin se había unido a sus hijas dormidas, y lo único que pude ver fue la nieve de julio, suave, absoluta, sin nombre.

Antes de ser Perro Pequeño, tuve otro nombre, el que me pusieron al nacer. Una tarde de octubre, en una cabaña de techado de hojas de plátano de las afueras de Saigón, en el mismo arrozal en que creciste, me convertí en tu hijo. Como lo contó Lan, un chamán local y sus dos ayudantes esperaron en cuclillas fuera de la cabaña a oír los primeros gritos. Cuando Lan y las comadronas hubieron cortado el cordón umbilical, el chamán y sus ayudantes entraron rápidamente, me envolvieron, aún pegajoso de los humores del nacimiento, en una tela blanca y corrieron al río cercano, donde me bañaron bajo nubes de salvia e incienso.

Gritando, y con la frente manchada de ceniza, me dejaron en brazos de mi padre, y el chamán susurró el nombre que me había dado. Significaba «líder patriótico de la nación», explicó el chamán. Como había sido contratado por mi padre, y viendo su ademán bronco y el modo en que inspiraba para henchir el pecho y ensanchar su estructura de uno cincuenta y siete de altura al andar, hablando con gestos que parecían golpes, el chamán eligió un nombre, imagino, que pudiera

satisfacer al hombre que le pagaba. Y acertó. Mi padre estaba radiante, me contó Lan, cuando me levantó sobre la cabeza en el umbral de la cabaña.

—Mi hijo será el líder de Vietnam—gritó.

Pero al cabo de dos años, Vietnam—que trece años después de la guerra aún estaba en ruinas— llegaría a ser un horror tal que tendríamos que huir de aquella tierra que él ahora estaba pisando, la tierra en la que, unos metros más allá, tu sangre había trazado un círculo rojo entre tus piernas, empapando la tierra hasta hacerla barro fresco..., y trayéndome a la vida.

Otras veces, Lan parecía ambivalente en relación con el ruido. ¿Recuerdas aquella noche en que estábamos sentados alrededor de Lan para oírle contar una historia después de la cena, y de pronto se empezaron a oír disparos en la calle? Aunque los disparos no eran algo demasiado inusual en Hartford, nunca me sentía preparado para ese sonido: agudo y penetrante pero en cierto modo más mundano de lo que yo había imaginado, como *home runs* del béisbol juvenil conseguidos uno tras otro en el campo nocturno. Todos gritamos: la tía Mai, tú y yo, con las mejillas y las narices pegadas al suelo.

—Que alguien apague las luces—gritaste.

Tras unos segundos de oscuridad total en la cocina, Lan dijo:

—¿Qué? Solo han sido tres disparos. —Su voz venía del sitio exacto donde estaba sentada. Ni siquiera se había movido—. ¿No es cierto? ¿Estáis muertos o aún respiráis?

La ropa crujió contra su piel cuando nos hizo un gesto para que nos acercáramos más.

—En la guerra, pueblos enteros saltaban por los aires antes de que pudieras darte cuenta. —Se sonó la nariz—. Ahora encended la luz antes de que se me olvide por dónde iba.

Una de mis tareas con Lan era quitarle las canas de la cabeza, una a una, con unas pinzas.

—La nieve del pelo —explicaba— hace que me pique la cabeza. ¿Me quitas los pelos «picosos», Perro Pequeño? La nieve está echando raíces en mí. —Me puso unas pinzas entre los dedos—. Haz joven a tu abuela hoy, ¿de acuerdo? —decía con una gran sonrisa, muy quieta.

Estos trabajos me los pagaba con historias. Después de hacer que se colocara bajo la luz de la ventana, me arrodillaba sobre una almohada detrás de ella, con las pinzas preparadas entre los dedos. Se ponía a hablar, bajando el tono una octava, y se adentraba hasta el fondo de la narración. La mayoría de las veces, como era habitual en ella, divagaba y los relatos se repetían uno tras otro. Le brotaban en espiral de la cabeza para retornar a la semana siguiente con la misma introducción:

—Ahora esta, Perro Pequeño..., esta te va a *encantar*. ¿Listo? ¿Te interesa lo que te estoy diciendo? Bien. Porque yo nunca miento.

Seguía una historia familiar, jalonada de pausas e inflexiones dramáticas en los momentos de suspense o de giros cruciales. Yo iba siguiendo las frases con los labios, como si estuviera viendo una película por enésima vez, una película hecha con las palabras de Lan y animada por mi imaginación. Así colaborábamos.

Mientras le arrancaba las canas, las paredes vacías de alrededor no se llenaban de paisajes fantásticos sino que se abrían a ellos al ir desintegrándose el yeso que las cubría para revelar el pasado oculto detrás. Escenas de la guerra, mitologías de hombres mono, de cazadores de fantasmas de las colinas de Da Lat a quienes se les pagaba con jarras de vino de arroz y que viajaban por los pueblos con jaurías de perros salvajes y ensalmos escritos en hojas de palma

para ahuyentar a los malos espíritus.

También había historias personales. Como la de cómo naciste tú, y la del militar norteamericano blanco de un destructor de la Marina destacado en la bahía de Cam Ranh. Cómo Lan lo conoció vistiendo su *áo dài* púrpura, con los lados abiertos inflándose a su espalda al andar, bajo las luces de los bares. Cómo, para entonces, había dejado ya a su primer marido, con quien se había casado en un matrimonio concertado. Cómo, siendo una mujer que vivía por primera vez sin su familia en una ciudad en tiempo de guerra, fue su cuerpo, su vestido púrpura, lo que la mantuvo con vida. A medida que hablaba, mi mano se hacía más lenta, y luego se detenía. Estaba absorto ante la película que se desarrollaba en las paredes del apartamento. Me había olvidado de mi persona en el marco de su historia, me había perdido, voluntariamente, hasta que ella echó la mano hacia atrás y me dio un manotazo en el muslo y me dijo:

—¡Eh, no te me duermas ahora!

Pero no dormía. Estaba de pie junto a ella mientras su vestido púrpura se bamboleaba en el bar lleno de humo, y los vasos tintineaban e inundaba el ambiente el olor del aceite de motor y los cigarrillos puros, del vodka y del humo de arma de fuego que desprendían los uniformes.

—Ayúdame, Perro Pequeño. —Me apretó las manos contra su pecho—. Ayúdame a mantenerme joven; quítame esta nieve..., quítala de mi vida.

En aquellas tardes llegué a entender que a veces la locura puede conducir a descubrimientos, que la mente, fracturada y en cortocircuito, no está totalmente equivocada. La sala se llenaba una y otra vez de nuestras voces, y el suelo de madera que rodeaba mis rodillas se iba volviendo blanco mientras el pasado iba desplegándose a nuestro alrededor.

Y luego estaba el autobús del colegio. Aquella mañana, como todas las mañanas, nadie se sentó a mi lado. Me apreté contra la ventanilla y llené mi visión con el exterior, malva por la oscuridad temprana: el Motel 6, la lavandería Kline's, aún cerrada, un Toyota beis sin capó abandonado en un jardín delantero con un columpio tirado y medio volcado en la tierra. Cuando el autobús aceleraba, retazos de ciudad pasaban vertiginosamente como ropa dentro de una lavadora. A mi alrededor, los chicos se daban empujones. Sentía las ráfagas de los movimientos rápidos de sus miembros detrás de mi cuello, y brazos que caían en picado y puños que desplazaban por el aire circundante. Conociendo mi cara, sus facciones raras en aquellas latitudes, pegaba más la cabeza contra la ventanilla, tratando de evitar a mis compañeros. Y fue entonces cuando vi una chispa en medio de un aparcamiento. Pero hasta que no oí sus voces a mi espalda no caí en la cuenta de que la chispa venía del interior de mi cabeza. De que alguien me había aplastado la cara contra el cristal.

—Habla inglés —dijo el chico rubio del pelo cortado a tazón y de mandíbulas encendidas y tensas.

Las paredes crueles están hechas de cristal, mamá. Sentí el impulso de romperlo y saltar por la ventana.

—Eh... —El chico del pelo cortado a tazón se inclinó sobre mí, con la boca avinagrada pegada a una de mis mejillas—. ¿Es que nunca dices nada? ¿No hablas inglés? —Me cogió del hombro y me hizo girar para que lo encarase—. Mírame cuando te hablo.

Solo tenía nueve años pero manejaba con maestría el dialecto de los padres norteamericanos frustrados. Los chicos se arremolinaron en torno a mí, presintiendo la diversión. Podía oler su ropa recién lavada y planchada, los suavizantes de lila y lavanda.

Esperaron a ver lo que pasaba. Cuando no hice nada sino cerrar los ojos, el chico del pelo cortado a tazón me dio una bofetada.

—Di algo. —Apretaba su nariz carnosa contra mi mejilla ardiente—. ¿No eres ni capaz de decir algo?

El siguiente bofetón vino de arriba, de otro chico.

El chico del corte a tazón me abarcó la barbilla con la mano y me hizo girar la cabeza hacia él.

—Di cómo me llamo, entonces. —Parpadeó; sus pestañas, rubias y largas, casi inexistentes, temblaban—. Como hizo tu madre anoche.

Fuera, las hojas caían, gruesas y húmedas como dinero sucio, al otro lado de las ventanillas. Me forcé a una estricta obediencia y dije su nombre.

Dejé que la risa general entrara en mí.

—Otra vez —dijo.

—Kyle.

—Más alto.

—Kyle. —Seguía con los ojos cerrados.

—Muy bien, zorrита...

Entonces, como un cambio del tiempo, sonó una canción en la radio.

—¡Eh, mi primo fue a ese concierto...!

Y todo cesó. Las sombras dejaron de cernerse sobre mi cabeza. Dejé que me goteara moco de la nariz. Me miré fijamente los pies, las zapatillas que me habías comprado, esas con las suelas que centellean cuando andas.

Tengo la frente apretada contra el asiento de enfrente; me pongo a dar patadas, primero despacio, luego más rápidas. Mis zapatillas estallan en fulgores mudos: las ambulancias más pequeñas del mundo, rumbo a ninguna parte.

Aquella noche estabas sentada en el sofá con una toalla enrollada en la cabeza después de darte una ducha, con un Marlboro encendido entre los dedos. Yo estaba allí de pie, conteniéndome.

—¿Por qué? —Tú mirabas fijamente el televisor.

Aplastaste el cigarrillo dentro de la taza de té e inmediatamente lamentaste haber dicho algo.

—¿Por qué dejas que te hagan eso? No cierras los ojos. No estás durmiéndote.

Me miraste; el humo azul flotaba en el aire entre nosotros.

—¿Qué clase de chico permite que le hagan eso? —Te salían hilos de humo de las comisuras de los labios—. Y no hiciste nada. —Te encogiste de hombros—. Les dejaste, sin más.

Volví a pensar en la ventanilla del autobús, en cómo todo me parecía ahora una ventana, incluso el aire entre nosotros.

Me agarraste de los hombros y apretaste tu frente contra la mía.

—Deja de llorar. ¡Siempre estás llorando! —Estabas tan pegada a mí que podía olerte entre los dientes la ceniza y el dentífrico—. Nadie te ha tocado aún. Deja de llorar... ¡He dicho que te calles, maldita sea!

El tercer bofetón de aquel día me desplazó la mirada hacia un lado; la pantalla del televisor relampagueó y acto seguido mi cabeza volvió a encarar la tuya. Tus ojos me miraron la cara de un

lado a otro.

Luego me atrajiste hacia ti y mi barbilla se apretó con fuerza contra tu hombro.

—Tienes que encontrar la forma, Perro Pequeño —me dijiste con la boca pegada al pelo—. Tienes que encontrar la forma, porque yo no sé inglés para ayudarte. No puedo decirles nada para pararles. Encuentra la forma. Encuentra la forma o no me vuelvas a contar nada de esto nunca más, ¿me oyes? —Te separaste—. Tienes que ser un chico de verdad, tienes que ser fuerte. Tienes que dar un paso al frente o seguirán haciéndolo. Sabes muchísimo inglés. —Me pusiste una mano en el estómago y me dijiste casi en un susurro—: Y tienes que usarlo, ¿vale?

—Sí, mamá.

Me alisaste el pelo hacia un lado, y me besaste la frente. Te quedaste estudiándome durante un buen rato, antes de echarte hacia atrás en el sofá y de hacerme un gesto con la mano.

—Dame otro cigarrillo.

Cuando volví con otro Marlboro y el mechero Zippo, el televisor estaba apagado. Y tú estabas allí sentada mirando fijamente por la ventana azul.

A la mañana siguiente, en la cocina, miré cómo echabas la leche en un vaso altísimo.

—Bebe —dijiste con los labios fruncidos de orgullo—. Es leche norteamericana, así que vas a crecer mucho. No hay duda.

Bebí tanto que aquella leche fría se volvió insípida a mi lengua adormecida. Cada mañana, a partir de aquel día, repetíamos el ritual: vertías la leche en un espeso chorro blanco, yo la apuraba, sin aliento, asegurándome de que pudieras verlo, los dos con la esperanza de que la blancura que desaparecía en mi interior me hiciera un chico más rubio.

Estoy bebiendo luz, pensaba. Estoy llenándome de luz. La leche borraría todo lo oscuro que había en mí con su oleada de luminosidad.

—Un poco más —dijiste, dando golpecitos en la encimera, con sonrisa radiante—. ¿Ves? —dijiste con los brazos cruzados—. ¡Si pareces ya Superman!

Sonreí de oreja a oreja, con leche aún burbujeante en los labios.

Hay gente que dice que la historia se mueve en espiral, no linealmente como podríamos esperar. Viajamos a través del tiempo con una trayectoria circular, y la distancia crece desde un epicentro para luego retornar, una vez deshecho el círculo.

Lan, con sus historias, también viajaba en espiral. Al escucharla, había momentos en que la historia cambiaba: no mucho, apenas un detalle minúsculo, la hora del día, el color de la camisa de alguien, dos ataques aéreos en lugar de uno, un AK-47 en lugar de una 9 mm, la hija riendo en lugar de llorando. Se daban cambios en la narración, el pasado no era nunca un paisaje fijo e inactivo, sino siempre algo que se vuelve a ver. Querámoslo o no, viajamos en espiral, creando algo nuevo a partir de lo que ya es pasado.

—Hazme joven otra vez —decía Lan—. Vuélveme negra otra vez, no de nieve como estoy ahora, Perro Pequeño. No de nieve.

Pero lo cierto es que no lo sé, mamá. Tengo teorías que escribo y luego borro y me alejo de mi escritorio. Pongo el hervidor y dejo que el sonido del agua hirviendo cambie mi mente. ¿Cuál es tu teoría... sobre cualquier cosa? Sé que si te lo pregunto, te echas a reír, tapándote la boca, un gesto corriente entre las chicas del pueblo de tu infancia, gesto que has conservado toda la vida, aun teniendo esos dientes naturales tan rectos. Dirías que no, las teorías son para la gente con

demasiado tiempo y sin la suficiente determinación. Pero conozco una.

Íbamos en un avión a California, ¿te acuerdas? Le estabas dando a mi padre otra oportunidad, a pesar de tener la nariz aún rota del último de sus reveses incontables. Yo tenía seis años y habíamos dejado a Lan en Hartford con Mai. En un momento del vuelo, las turbulencias fueron tan violentas que salí disparado del asiento, mi diminuta entidad física se alzó en el aire, y luego volví a hundirme por obra del cinturón. Me eché a llorar. Me pasaste un brazo por los hombros, te inclinaste hacia mí, mientras tu peso absorbía las aceleraciones del avión. Luego señalaste con el dedo los densos cúmulos que se veían por la ventanilla y dijiste:

—Cuando se llega a esta altura las nubes se convierten en rocas redondas, rocas muy duras, y esos son los tirones que notas...

Tus labios me rozaban la oreja, y el tono de tu voz me tranquilizaba, y yo examinaba las enormes montañas color granito del horizonte celeste. Sí, claro que el avión se sacudía. Nos movíamos entre rocas, nuestro vuelo era una perseverancia sobrenatural del movimiento. Porque volver a aquel hombre requería esa clase de magia. El avión *tenía que* traquetear, tenía casi que hacerse añicos. Con las leyes del universo hechas de nuevo, me eché hacia atrás en el asiento y miré cómo nos abríamos paso a través de una montaña tras otra.

Por lo que se refiere a las palabras, posees menos que las monedas que ahorras de las propinas del salón de manicura en el recipiente de la leche de debajo del armario de la cocina. A menudo señalabas un pájaro, o una flor, o unas cortinas de encaje de Walmart o alguna otra cosa y decías que era hermosa.

—*De.p quá!* —exclamaste un día, mostrándome un colibrí que aleteaba sobre la orquídea color crema del jardín del vecino—. ¡Qué hermoso!

Me preguntaste cómo se llamaba y te respondí en inglés, la única lengua en la que podía decirlo. Tú asentiste con la mirada vacía.

Al día siguiente ya habías olvidado el nombre, las sílabas se te caían de la lengua. Pero más tarde, cuando llegué a casa del colegio, vi el comedero para pájaros en nuestro jardín delantero, la esfera de cristal llena de un néctar diáfano y dulce, rodeada de flores de plástico de colores con agujeros pequeños para que pudieran meter el pico. Cuando te pregunté por ello, sacaste la caja de cartón arrugada del cubo de la basura, señalaste el colibrí, las alas desdibujadas y el pico de aguja, un pájaro cuyo nombre no sabías pero sí podías reconocer...

—*De.p quá* —dijiste—. *De.p quá...*

Cuando llegaste a casa aquella noche, después de que Lan y yo hubiéramos cenado nuestra ración de arroz al té, salimos todos a andar los cuarenta minutos que se tardan hasta la tienda C-Town de New Britain Avenue. Era casi la hora de cierre y los pasillos estaban vacíos. Querías comprar rabo de buey para hacer *bún bò huế* para la fría semana de invierno que nos esperaba.

Lan y yo estábamos detrás de ti en el mostrador de la carnicería, cogidos de la mano, mientras tú buscabas entre los cortes de carne veteadas del expositor de cristal. Al no ver el rabo de buey, le hiciste un gesto al carnicero. Cuando este te preguntó si podía ayudarte, guardaste un silencio largo antes de decir, en vietnamita:

—*Đuôi bò. Anh có đuôi bò không?*

Sus ojos se pasearon por nuestras tres caras y volvió a preguntar, inclinándose un poco más hacia nosotros. La mano de Lan me apretaba, crispada. Entre titubeos, te pusiste el dedo índice en

la zona lumbar, y te volviste un poco para que el hombre pudiera ver dónde señalabas, y luego meneaste el dedo mientras emitías unos sonidos que querían ser mugidos. Con dos dedos de la otra mano, simulaste un par de cuernos encima de la cabeza. Te moviste, volviéndote con cuidado para que el carnicero pudiera identificar cada pieza que le ibas mostrando: cuernos, rabo, buey. Pero él solo se reía, con la mano tapándose la boca al principio, y luego con más fuerza, con grandes risotadas. El sudor de tu frente reflejaba la luz fluorescente. Una mujer de edad mediana, con una caja de cereales Lucky Charms, pasó por nuestro lado reprimiendo una sonrisa. Te pasaste la lengua por una muela, y se te abultó la mejilla. Parecías ahogarte en el aire. Lo intentaste en francés, con las frases que te quedaban de la infancia.

—*Derrière de vache!* —gritaste, con las venas del cuello muy marcadas.

Como respuesta, el hombre llamó a la trastienda, de donde salió un hombre más bajo y de rasgos más oscuros que te habló en español. Lan me soltó la mano y fue en tu ayuda: madre e hija girando y mugiendo en círculos, y la madre sin dejar de soltar risitas en ningún momento.

Los hombres rugían, daban palmadas en el mostrador, mostrando los dientes enormes y blancos. Te volviste hacia mí, con la cara húmeda, suplicante:

—Díselo tú. Diles lo que necesitamos.

Yo no sabía que rabo de buey se decía «rabo de buey». Negué con la cabeza, cada vez más avergonzado. Los hombres me miraban fijamente; sus risas habían pasado a ser de preocupación y desconcierto. La tienda estaba cerrando. Uno de ellos preguntó otra vez, con la cabeza baja, y muy sincero. Pero le dimos la espalda. Desistimos del rabo de buey, del *bún bò hué*. Cogiste pan de molde Wonder Bread y un bote de mayonesa. Ninguno de nosotros habló mientras esperábamos en la caja; de pronto nuestras palabras nos parecieron erróneas en todas partes, incluso en los labios.

En la cola, entre las barras de chocolate y las revistas, había una bandeja de anillos de estado de ánimo. Levantaste uno entre los dedos y, después de mirar el precio, cogiste tres, uno para cada uno.

—*De.p quá* —dijiste al cabo de un rato, con voz apenas audible—. *De.p quá*.

«Ningún objeto está en relación constante con el placer», escribió Barthes. «Para el escritor, sin embargo, hay uno: la lengua materna.» Pero ¿y si la lengua materna está atrofiada? ¿Y si esa lengua no es solo el símbolo de un vacío sino un vacío en sí mismo? ¿Y si la lengua está amputada? ¿Puede uno obtener placer de una pérdida sin perderse a sí mismo totalmente? El vietnamita que yo poseo es el que tú me diste, el vietnamita cuya dicción y sintaxis llega apenas a los primeros años de primaria.

De niña viste, desde un platanar, cómo se derrumbaba tu escuela tras un ataque norteamericano con napalm. A los cinco años, nunca volviste a pisar un aula. Nuestra lengua materna, por tanto, no es madre en absoluto: es huérfana. Nuestra lengua vietnamita es una cápsula del tiempo, una marca del momento en que tu educación llegó a su fin, reducida a cenizas. Mamá, hablar en nuestra lengua materna es hablar en vietnamita solo en parte, pero enteramente «en guerra».

Aquella noche me prometí a mí mismo que nunca me quedaría sin palabras cuando necesitaras que hablara por ti. Así que empecé mi carrera como intérprete oficial de nuestra familia. De allí en adelante, llenaría todas nuestras lagunas, nuestros silencios y tartamudeos, siempre que me fuera posible. Cambié el código. Me quité nuestra lengua y llevé el inglés como una máscara, para que los demás vieran mi cara, y por tanto la vuestra.

Cuando trabajaste un año en la fábrica de relojes, llamé a tu jefe y le dije, con mi lenguaje más cortés, que mi madre quería una reducción de jornada. ¿Por qué? Porque estaba agotada, porque

se quedaba dormida en la bañera cuando volvía del trabajo y porque yo, su hijo, tenía miedo de que pudiera ahogarse. Una semana después, te concedieron la reducción de jornada. O las veces, las innumerables veces, que llamaba al número de venta por catálogo de Victoria's Secret para pedir sujetadores, lencería, *leggings*. Y cómo a las telefonistas, tras los primeros momentos de confusión al oír la voz prepubescente al otro extremo de la línea, les encantaba que un chico de esa edad le comprara la ropa interior a su madre. Lanzaban exclamaciones de entusiasmo y a menudo no nos cobraban los portes. Y solían preguntarme por el colegio, los dibujos animados que veía en la televisión, y me contaban cosas de sus hijos, y me decían que tú, mamá, debías de estar muy contenta.

No sé si estabas contenta, mamá. Nunca te lo pregunté.

De vuelta en el apartamento, no teníamos rabo de buey. Pero *sí* teníamos tres anillos de estado de ánimo que rutilaban en cada dedo. Estabas echada boca abajo en una manta extendida en el suelo, y Lan a horcajadas sobre tu espalda, amasándote los nudos y ligamentos rígidos de los hombros. Con la luz verdosa del televisor parecía que estuviéramos todos bajo el agua. Lan mascullaba otro monólogo de una de sus vidas, y cada frase era una remezcla de la anterior, y se interrumpía solo para preguntarte dónde te dolía.

Dos lenguas se cancelan entre sí, sugiere Barthes, y atraen a una tercera. A veces nuestras palabras son pocas y hay mucha distancia entre ellas, o sencillamente parece que las dice otro. En tales casos, la mano, aunque limitada por las fronteras de piel y cartílago, puede ser esa tercera lengua que cobra vida cuando la lengua flaquea.

Es cierto que, en vietnamita, raramente decimos «te quiero», y que cuando lo hacemos es casi siempre en inglés. El cuidado y el amor, para nosotros, se pronuncian más claramente a través del servicio: quitar canas, apretarte contra tu hijo para absorber la turbulencia en un avión, y, por tanto, su miedo. O ahora, cuando Lan me llama:

—Perro Pequeño, ven a ayudarme con tu madre.

Nos arrodillamos cada uno a un lado de tu cuerpo, y te masajeamos los ligamentos endurecidos de la parte alta de los brazos; luego bajamos hasta las muñecas, hasta los dedos. Durante un momento casi demasiado breve para que importe, esto tuvo sentido, que tres personas en el suelo, conectadas una a otra por el tacto, formen algo parecido a la palabra «familia».

Gemiste con alivio cuando conseguimos desanudarte los músculos, desenredarte, sin otra cosa que nuestro peso. Levantaste un dedo y, hablando dentro de la manta, dijiste:

—¿Soy feliz?

Hasta que vi el anillo de estado de ánimo no caí en la cuenta de lo que me estabas pidiendo una vez más: que interpretase otra porción de Norteamérica. Antes de que pudiera responder, Lan me puso bruscamente la mano delante de la nariz y dijo:

—Míramelo a mí también, Perro Pequeño... ¿Soy feliz?

Al escribirte a ti aquí, podría ser que estuviese escribiendo a todo el mundo, porque ¿cómo puede haber un espacio privado si no existe un espacio seguro, si el nombre de un chico puede a un tiempo protegerlo y convertirlo en animal?

—Sí. Las dos sois felices —respondí sin entender nada—. Las dos sois felices, mamá. Sí —repetí. Porque los disparos, las mentiras y el rabo de buey (o el nombre que quieras darle a tu dios) dirían «Sí» una y otra vez, en ciclos, en espirales, sin otra razón que la de oírse existir.

Porque el amor, en su plenitud, se repite. ¿O no debería ser así?

—¡Soy feliz! —Lan lanzó los brazos al aire—. Soy feliz en mi barca. Mi barca, ¿lo ves?

Señaló con un gesto tus brazos extendidos como remos, y ella estaba a un lado y yo al otro. Miré y lo vi, las tablas del entarimado pardo amarillento arremolinándose y formando corrientes enlodadas. Vi el débil remolino espesándose con grasa y hierba muerta. No estábamos remando, sino a la deriva. Estábamos aferrándonos a una madre del tamaño de una balsa hasta que la madre que teníamos debajo se puso rígida con el sueño. Y al poco callamos y la balsa nos llevó a los tres por el gran río color castaño llamado Norteamérica, felices al fin.

Es un país hermoso según dónde mires. Según dónde mires podrás ver a una mujer esperando en el arcén de un camino de tierra, con una niña pequeña envuelta en un chal azul celeste en los brazos. Balancea las caderas, abarca la cabeza de la niña con una mano ahuecada. «Naciste», piensa la mujer, «porque no venía nadie más.» Porque nadie más va a venir, se pone a tararear...

Una mujer, que aún no ha cumplido los treinta, abraza con fuerza a su hija en el arcén de una carretera de tierra, en un país hermoso donde dos hombres, con sendos M-16 en las manos, se acercan a ella. Está en un punto de control, una entrada hecha de concertinas y de inspección armada. A su espalda, los campos han empezado a incendiarse. Una trenza de humo surca un cielo que es una página en blanco. Uno de los hombres tiene el pelo negro, el otro un bigote amarillo como una cicatriz de luz. Los uniformes de campaña despiden un fuerte olor a gasolina. Los fusiles oscilan a medida que avanzan hacia ella, y los pernos metálicos parpadean al sol de la tarde.

Una mujer, una niña, un fusil. Es una vieja historia, una historia que todos pueden contar. Un tropo en una película de la que podrías irte si no la tuvieras ya aquí, si no estuviera ya escrita.

Ha empezado a llover; la tierra en torno a los pies desnudos de la mujer está salpicada de comillas de un castaño rojizo: su cuerpo es algo con lo que habla. La camisa blanca se le pega a los hombros huesudos a causa del sudor. La hierba de alrededor está aplastada, como si Dios la hubiera apretado con la mano y reservado un espacio para un octavo día. Es un país hermoso, le han dicho, según quién seas.

No es un dios, por supuesto, sino un helicóptero. Un Huey, otro señor cuyo poder de generar viento es tal que, a una distancia de varios metros, hace que una curruca gris como la pelusa pierda la estabilidad en la alta hierba, incapaz de seguir el vuelo.

Los ojos de la niña se llenan del helicóptero que surca el cielo, y su cara es un melocotón caído. Su chal azul se hace visible al fin con una tinta negra, como esta.

En alguna parte, en lo hondo de este país hermoso, al fondo de un garaje iluminado por una hilera de tubos fluorescentes, como dice la leyenda, cinco hombres se han congregado en torno a una mesa. Bajo sus pies con sandalias, los charcos de aceite de motor no reflejan nada. En un extremo de la mesa hay unas cuantas botellas. El vodka de su interior brilla tenuemente a la luz áspera mientras los hombres charlan, y sus codos se mueven con impaciencia. Callan cada vez que uno de ellos mira hacia la puerta. Está a punto de abrirse en cualquier momento. La luz vacila una vez, y sigue encendida.

El vodka se sirve en vasos pequeños, algunos de ellos orlados de óxido por haber estado en una caja metálica de munición de la guerra anterior. El peso de los vasos resuena con golpes secos en la mesa, la quemazón engullida se desliza hasta una oscuridad inventada por la sed.

Si digo la mujer. Si digo que la mujer está acercándose, con la espalda agachada bajo esta tormenta creada por el hombre, ¿la verías? Desde donde estás de pie, a unos centímetros, es decir años, desde esta página, ¿verías la tira del chal azul revoloteando sobre sus clavículas, el lunar en la comisura externa del ojo izquierdo cuando bizquea ante los hombres, que ahora están lo bastante cerca para que ella se dé cuenta de que no son hombres siquiera, sino jovencitos:

dieciocho, veinte años como máximo? ¿Puedes oír el sonido del helicóptero, su disgregación del aire con un ruido atronador que ahoga todos los gritos de abajo? El viento, áspero por el humo, y algo más, algo quemado y empapado de sudor, con una extraña acritud que sopla desde una cabaña, en una linde del campo. Una cabaña que, instantes antes, estaba llena de voces humanas.

La niña, con la oreja pegada al pecho de la mujer, escucha como si estuviera espionando detrás de una puerta. Hay algo fluyendo dentro de la mujer, un comienzo, o, mejor, un reordenamiento de la sintaxis. Tiene los ojos cerrados, y busca, con la lengua en el barranco de una frase.

El chico tiene venas verdes en las muñecas, y levanta el M-16 con un vello rubio sudoroso y teñido de castaño a lo largo de los brazos. Los hombres beben y ríen, y sus dientes separados parecen puñados de dados. El chico tiene los labios torcidos hacia un lado, y los ojos verdes con una película rosada. Es un soldado raso. Los hombres están listos para olvidar; unos cuantos aún tienen en los dedos la fragancia del maquillaje de sus esposas. El chico abre y cierra la boca con rapidez. Está haciendo una pregunta, o unas preguntas; y convierte en tiempo atmosférico el aire que rodea sus palabras. ¿Hay alguna lengua para salirse de la lengua? Un fognazo de dientes, un dedo en el gatillo; el chico dice:

—No, no. Atrás, atrás.

El rectángulo de tela verde aceituna cosido al pecho del chico enmarca una palabra. Aunque la mujer no sabe leerla, sabe que designa un nombre, algo otorgado por una madre o un padre, algo sin peso pero que se llevará siempre, como los latidos del corazón. Sabe que la primera letra del nombre es C. Como la C de Go Cong, el nombre del mercado al aire libre que había visitado hacía dos días, con su marquesina de neón zumbando en la entrada. Fue para comprar un chal nuevo para la niña. La tela le había costado más de lo que tenía pensado gastar, pero cuando la vio, luminosa como el día entre las bobinas de tela grises y marrones, miró al cielo, aunque era ya el atardecer, y pagó el precio sabiendo que no iba a quedarle dinero para comer. Azul celeste.

Cuando la puerta se abre, los hombres dejan los vasos, algunos después de apurarlos al máximo rápidamente. Un hombre encorvado y con el pelo blanco bien peinado lleva un macaco con collar y correa, del tamaño de un perro. Nadie dice nada. Los diez ojos se fijan en el mono cuando lo ven entrar en el garaje tambaleante, con el pelo rojo y chamuscado apestando a alcohol y heces, después de haberse pasado toda la mañana en la jaula ingiriendo vodka a la fuerza y recibiendo chutes de morfina.

Los tubos fluorescentes zumban sobre sus cabezas, como si la escena fuera un sueño que está teniendo la luz.

Una mujer está en el arcén de una carretera de tierra suplicando, en una lengua que el fuego de las armas ha hecho obsoleta, para poder entrar en el pueblo donde está su hogar, donde ha estado durante décadas. Es una historia humana. Cualquiera puede contarla. ¿Tú puedes? ¿Puedes contar que la lluvia ha arreciado, y que su martilleo salpimienta de negro el chal azul?

La voz enérgica del soldado hace que la mujer retroceda. Vacila, agita un brazo; luego recupera el equilibrio, apretándose la niña contra el pecho.

Una madre y una hija. Un yo y un tú. Es una vieja historia.

El hombre encorvado guía al macaco hasta debajo de la mesa; hace que meta la cabeza por un agujero abierto en el centro. Alguien abre otra botella. El tapón de rosca hace clic y los hombres alcanzan sus vasos.

Atan al macaco a un travesaño debajo de la mesa. Se remueve, inquieto. Con la boca tapada

con una correa de cuero, sus chillidos se asemejan más al ruido del carrete de una caña de pescar lanzada hacia el centro de un estanque.

Al ver las letras en el pecho del chico, la mujer recuerda su propio nombre. La posesión de un nombre es, al fin y al cabo, lo único que comparten.

—Lan —dice—. *Tên tòi là Lan*. Me llamo Lan.

Lan significa «Orquídea». Lan es el nombre que se dio a sí misma, pues había nacido sin nombre. Ya que su madre la llamaba simplemente Siete, por el orden en el que había venido al mundo tras sus hermanos.

Solo después de huir, a los diecisiete años, del matrimonio concertado con un hombre que le triplicaba la edad, se dio a sí misma el nombre de Lan. Una noche le hizo a su marido un puchero de té en el que echó una pizca de raíz de loto para que durmiera más profundamente y esperó hasta que las hojas de palma de las paredes se estremecieran con sus ronquidos. A través de la noche plana y negra, se alejó abriéndose paso entre las ramas bajas.

Horas después, llamó a la puerta de la casa de su madre.

—Siete —dijo su madre por la rendija de la puerta—, una chica que deja a su marido es lo podrido de una cosecha, ya lo sabes. ¿Cómo no vas a saberlo?

Y la puerta se cerró, pero no antes de que una mano nudosa como madera le apretase unos pendientes de perlas contra la palma de la suya. La cara pálida de la madre se borró al cerrarse la puerta y hacer clic el cerrojo.

Los grillos cantaban con estridencia cuando Lan se dirigió dando tumbos hacia la farola más cercana; luego fue pasando de luz en luz hasta el alba, cuando la ciudad surgió de la oscuridad manchada de niebla.

Un vendedor de pasteles de arroz la vio pasar, con el camisón sucio y roto por el cuello, y le ofreció una porción de humeante arroz dulce sobre una hoja de plátano. Lan se dejó caer al suelo y masticó el arroz, con los ojos fijos en la tierra entre sus pies ennegrecidos por el carbón.

—¿De dónde eres? —le preguntó el hombre—. Una jovencita como tú vagando a estas horas de la mañana... ¿Cómo te llamas?

Su boca se llenó de aquel sonido exuberante, cuya tonalidad se formaba a través del arroz masticado antes de que la vocal se alzase, aquella «a» larga, pronunciada Laang. Orquídea, decidió, sin saber por qué.

—Lan —dijo, mientras el arroz se le caía de los labios, como una luz hecha añicos—. *Tên tòi là Lan*.

Alrededor del chico soldado y la mujer y la niña se extiende la frondosa persistencia de la tierra. Pero ¿qué tierra? ¿Qué frontera traspasada y borrada, dividida y remodelada?

Tiene veintiocho años ahora, y ha dado a luz a una niña que envuelve en un retazo de cielo robado al día claro.

A veces, de noche, mientras la niña duerme, Lan mira fijamente la oscuridad, y piensa en otro mundo, un mundo en el que una mujer tiene a su bebé en brazos en el arcén de una carretera, y la luna es una lúnula colgada en el aire diáfano. Un mundo en el que no hay soldados ni Hueys, y la mujer solo sale a dar un paseo al anochecer cálido de la primavera, y le habla con voz muy suave a su hija, y le cuenta la historia de una chica que huyó de su juventud sin rostro solo para ponerse el nombre de una flor que se abre como algo hecho pedazos.

Dada su omnipresencia y su tamaño minúsculo, los macacos son los primates que más se cazan en el Sudeste Asiático.

El hombre de pelo blanco levanta el vaso y hace un brindis, y sonrío de oreja a oreja. Otros cinco vasos se alzan para unirse a él, la luz se atenúa en cada trago porque la ley lo dice así. Los vasos los alzan brazos de hombres que pronto abrirán con un escalpelo el cráneo del macaco, del mismo modo que se levanta la tapa de un tarro. Los hombres se turnarán para comerse el cerebro, empapado de alcohol o con dientes de ajo que hay en un plato de porcelana, todo ello mientras el macaco lanza patadas a sus pies. La caña de pescar lanza una y otra vez el sedal, pero el anzuelo nunca alcanza el agua. Los hombres creen que esos sesos les librarán de la impotencia, que cuanto más rabie el macaco más completa será la cura. Hacen esto por el futuro de sus genes, por el bien de sus hijos e hijas.

Se limpian la boca con servilletas con motivos de girasoles que pronto se volverán marrones, y luego, empapadas, empezarán a desgarrarse.

Después, por la noche, los hombres volverán a casa renovados, con el estómago lleno, y se apretarán contra sus esposas y amantes. Aroma a maquillaje floral..., mejilla contra mejilla.

Ahora un sonido de goteo. Un calor líquido resbala por el dobladillo de los pantalones negros de la mujer. Un olor acre a amoníaco. Lan se hace pis delante de los dos chicos, y se pega más a la niña contra el pecho. Alrededor de sus pies, un círculo de calor mojado. El cerebro del macaco es, de todos los mamíferos, el más parecido al de los humanos.

Las gotas de lluvia se oscurecen al deslizarse por las mejillas sucias de tierra del soldado rubio, y se van reuniendo en forma de elipses a lo largo de la mandíbula.

—*Yoo Et Aye numbuh won*—dice, mientras la orina sigue resbalándole por los tobillos. Lo repite, más fuerte—: *Yoo Et Aye numbuh won*. No bang bang. —Levanta la mano libre hacia el cielo, como para que alguien la alce hasta él—. No bang bang. *Yoo Et Aye numbuh won*.

Un tic en el ojo izquierdo del chico. Una hoja verde que cae en un estanque verde.

Se queda mirando a la niña, su piel demasiado rosada. La niña cuyo nombre es Hong, o Rosa. Porque por qué no otra flor... Hong..., una sílaba que la boca debe tragarse entera al instante. Orquídea y Rosa, una al lado de la otra en esa carretera blanca como el aliento. Una madre con una hija en brazos. Una rosa que crece del tallo de una orquídea.

Él se percató del pelo de Rosa, de su errante tinte canela con su orla rubia alrededor de las sienes. Al ver los ojos del soldado en su hija, Lan se aprieta la cara de la niña contra el pecho, protegiéndola. El chico soldado observa a la niña, la blancura patente de su cuerpo amarillo. Él podría ser su padre, piensa, cae en la cuenta. Alguien que conoce podría ser su padre: su sargento, su jefe de escuadrón, su compañero de pelotón, Michael, George, Thomas, Raymond, Jackson. Considera las posibilidades, con el fusil bien sujeto, y mirando a la niña de sangre norteamericana que está delante del arma norteamericana.

—No bang bang... *Yoo Et Aye...*—susurra ahora Lan—. *Yoo Et Aye...*

Los macacos son capaces de dudar de sí mismos y de introspección, rasgos un día atribuidos solo a los humanos. Algunas especies han mostrado conductas reveladoras del uso del raciocinio, la creatividad e incluso el lenguaje. Son capaces de recordar imágenes del pasado y aplicarlas a la resolución de problemas actuales. Los macacos, dicho de otro modo, utilizan la memoria para sobrevivir.

Los hombres comerán hasta vaciar al animal; el macaco va quedando inmóvil a medida que ellos comen, y sus miembros se vuelven pesados y apáticos. Cuando no queda nada, cuando todos sus recuerdos se diluyen en las corrientes sanguíneas de los hombres, el macaco muere. Y abrirán otra botella.

¿Quién se perderá en la historia que nos contamos? ¿Quién se perderá en nosotros mismos? Una historia, después de todo, es una especie de deglución. Abrir la boca, en el habla, es dejar solo los huesos que quedan sin relatar. Es un país hermoso porque sigues respirando.

Yoo Et Aye numbuh won. Manos arriba. No dispares. Yoo Et Aye numbuh won. Manos arriba. No bang bang.

Sigue lloviendo, porque el alimento también es una fuerza. El primer soldado retrocede. El segundo mueve una barrera de madera y le hace un gesto con la mano a la mujer para que avance. Las casas de detrás de ella son ahora hogueras. Cuando el Huey vuelve al cielo, las espigas de arroz se yerguen solas, apenas un tanto despeinadas. El chal, empapado de sudor y de lluvia, tiene ahora una tonalidad añil.

En el garaje, en una pared desprovista de pintura del garaje, con ladrillos manchados debajo, cuelga una repisa que hace de altar improvisado. Sobre ella hay fotografías enmarcadas desde las que santos, dictadores y mártires, los muertos —una madre y un padre— miran con ojos vacíos, sin pestañear. En los cristales de los cuadros, el reflejo de hijos retrepados en las sillas. Uno de ellos sirve lo que queda de la botella sobre la mesa pringosa y la limpia con un trapo. Un paño blanco tapa el cráneo ahuecado del macaco. La luz, en el garaje, vacila una vez, y sigue encendida.

La mujer está de pie en el redondel de su propia orina. No, está de pie en el período de por vida de su propia sentencia, viva. El chico soldado se vuelve, retrocede hasta su puesto en el punto de control. El otro chico soldado se da un golpecito en el casco y hace un gesto con la cabeza hacia la mujer; ella se fija en que aún tiene el dedo en el gatillo. Es un país hermoso porque tú aún estás en él. Porque tu nombre es Rosa y eres mi madre y es 1968, el Año del Mono.

La mujer avanza unos pasos. Pasa por delante del guardia, mira una vez más el fusil. Se da cuenta de que la boca no es más oscura que la de su hija. La luz vacila una vez y se queda encendida.

Me despierta el sonido de un animal doliente. La pieza es tan oscura que no puedo siquiera saber si tengo los ojos abiertos. Entra una brisa a través de la ventana rota, y con ella una noche de agosto, dulce pero contaminada por el olor a lejía de los productos químicos que se utilizan para el césped —el olor de los jardines residenciales bien cuidados—, y caigo en la cuenta de que no estoy en mi casa.

Me siento en el borde de la cama y aguzo el oído. Tal vez es un gato herido en una escaramuza con un mapache. Me levanto y mantengo el equilibrio en el aire negro y me dirijo hacia el pasillo. Al fondo veo un haz de luz roja a través de la grieta de una puerta. El animal está dentro de la casa. Palpo la pared, que, con la humedad, tiene un tacto de piel mojada. Voy hacia la puerta y oigo, en mitad del gimoteo, el respirar del animal, mucho más pesado ahora, de unos pulmones enormes, de algo mucho más grande que un gato. Miro a través de la grieta roja de la puerta, y entonces lo veo: un hombre doblado hacia delante en la silla de lectura; su piel blanca y su pelo aún más blanco tienen una tonalidad rosada, cruda bajo la luz de la tulipa escarlata. Y en ese instante caigo en la cuenta: estoy en Virginia, en las vacaciones de verano. Tengo nueve años. El hombre se llama Paul. Es mi abuelo..., y está llorando. Una polaroid arrugada tiembla entre sus dedos.

Empujo la puerta. El haz rojo se agranda. Mi abuelo levanta la mirada, perdido... Es un hombre blanco de ojos llorosos. Aquí no hay más animales que nosotros.

Paul conoció a Lan en 1967 mientras estaba destacado en la bahía de Cam Ranh con la marina norteamericana. Fue en un bar de Saigón; se conocieron, quedaron para otro día, se enamoraron y, un año después, se casaron en el juzgado central de la ciudad. Durante toda mi niñez su foto de bodas colgó de una pared de la sala. En ella, un granjero delgado de Virginia con ojos de color de cierva, que no ha cumplido aún los veintitrés años, está radiante y mira, desde un poco más arriba, a la recién casada, cinco años mayor que él: una granjera, casualmente, de Go Cong y madre de Mai, una niña de doce años fruto de su anterior matrimonio concertado. Mientras jugaba con mis muñecas y soldaditos, esa foto estaba suspendida sobre mí, como icono de un epicentro que me conduciría a mi vida. Por las sonrisas esperanzadas de la pareja, cuesta imaginar que la fotografía date de uno de los años más brutales de la guerra. Cuando se tomó, con la mano de Lan en el pecho de Paul, con el anillo nupcial de perla irradiando luz, tú tenías ya un año, y esperabas en un cochecito de bebé a unos metros de distancia, justo detrás del fotógrafo que en ese momento disparaba el flash.

Lan me contó un día, mientras le quitaba las canas del pelo, que cuando llegó por primera vez a Saigón, después de huir de un primer matrimonio destinado al fracaso, y de no conseguir ningún empleo, acabó haciendo de trabajadora sexual para los soldados rasos norteamericanos de permiso. Con aguerrido orgullo, como si estuviera defendiéndose ante un jurado, dijo:

—Hice lo que cualquier madre habría hecho, encontrar el modo de comer. ¿Quién puede juzgarme por eso, eh? ¿Quién?

Sacó la barbilla, levantó la cabeza muy alto hacia alguna persona invisible del otro extremo de la sala. Solo entonces, cuando le oí hablar así, caí en la cuenta de que se estaba dirigiendo a

alguien: su madre.

—Nunca quise hacerlo, mamá. Lo que yo quería era ir a casa contigo... —Se echó hacia delante. Las pinzas se me escaparon de los dedos y cayeron con ruido metálico sobre la madera del suelo—. Yo nunca quise ser puta —sollozó—. Una chica que deja a su marido es lo podrido de la cosecha... —repitió el dicho popular con que su madre la había rechazado—. Una chica que deja...

Se bamboleaba de un lado a otro, con los ojos cerrados, con la cara alzada hacia el techo, como si tuviera de nuevo diecisiete años.

Al principio pensé que estaba contando otra de sus historias medio inventadas, pero los detalles se iban haciendo más y más claros a medida que su voz farfullaba sus énfasis en los momentos extraños pero idiosincrásicos del relato. Cómo los soldados olían a una mezcla de alquitrán, humo y chicles de menta, cómo el olor de la batalla se les metía en la carne tan dentro que seguía en ellos aun después de haberse duchado a conciencia. Dejaba a su hija Mai al cuidado de su hermana en el pueblo, y recibía a los soldados en el cuarto sin ventana que le había alquilado a un pescador en la orilla del río. Cómo el pescador, que vivía debajo de ella, la espía a través de un agujero de la pared. Y lo pesadas que eran las botas de los soldados, y cómo cuando se las quitaban de golpe para echarse en la cama sonaban como cuerpos que se desplomaran, mientras ella daba un respingo al sentir las manos que la buscaban.

Lan se tensaba al hablar, y el tono de su voz se crispaba al internarse en el reino de la segunda mente. Se volvía luego hacia mí, con un dedo sobre los labios.

—Chsss... No se lo cuentes a tu madre.

Luego me dio un capirotazo en la nariz, con los ojos brillantes y una sonrisa de loca.

Pero Paul, tímido y manso, que a menudo hablaba con las manos en el regazo, no era uno de sus clientes, y por eso congeniaron tanto. Según Lan, se conocieron en un bar. Cuando Lan entró en ese bar era tarde, casi medianoche. Había acabado su jornada y se disponía a tomarse una copa antes de acostarse cuando vio al «chico perdido», como dio en llamarlo, sentado en la barra, solo. Aquella noche había una fiesta para los soldados en uno de los hoteles lujosos de la ciudad, y Paul esperaba a alguien con quien se había citado y que nunca llegó a presentarse.

Charlaron mientras bebían y vieron que tenían muchas cosas en común en sus infancias rurales; los dos habían crecido en pueblos remotos de sus países respectivos. Aquellos dos rústicos debieron de encontrar una especie de dialecto inteligible que salvó el abismo entre sus lenguas vernáculas. Pese a sus trayectorias enormemente diferentes, se sentían trasplantados en una ciudad decadente, sin norte, asediada por los bombardeos aéreos. En aquella causalidad conocida, hallaron refugio el uno en el otro.

Una noche, dos meses después de conocerse, Lan y Paul estaban escondidos en un apartamento de una habitación de Saigón. La ciudad soportaba un ataque masivo norvietnamita que se conocería más tarde como la infausta Ofensiva del Tet. Lan se pasó la noche tendida en la cama en posición fetal, con la espalda contra la pared, y Paul, a su lado, con la pistola de 9 mm reglamentaria apuntando hacia la puerta. La ciudad se desgarraba fuera entre sirenas y fuego de mortero.

Aunque son solo las tres de la madrugada, la pantalla de la lámpara hace que el cuarto parezca los momentos finales de un ocaso siniestro. Bajo el zumbido de la bombilla eléctrica, Paul y yo nos miramos a través del umbral. Él se limpia los ojos con la palma de una mano y me hace un

gesto para que me acerque con la otra. Se mete la foto en el bolsillo interior de la chaqueta y se pone las gafas, parpadeando sin parar. Ahora estoy sentado en el sillón de madera de cerezo, a su lado.

—¿Estás bien, abuelo? —digo, aún confuso por el sueño.

Su sonrisa esconde una mueca. Digo que me vuelvo a la cama, que todavía es muy pronto, pero él sacude la cabeza.

—No pasa nada. —Aspira ruidosamente y se endereza en el sillón, muy serio—. Es que... Bueno, estaba pensando en esa canción que has cantado antes, la de...

Mira al suelo de soslayo.

—*Ca trù* —le ayudo—. Las canciones folclóricas..., las que solía cantar la abuela.

—Eso es. —Asiente enérgicamente con la cabeza—. *Ca trù*. Estaba allí tumbado en esa maldita oscuridad, y juro que seguía oyéndola. Hace tanto tiempo que no oigo ese sonido. —Me mira, indagando, y luego mira el suelo—. Debo de estar volviéndome loco.

Horas antes, después de la cena, había cantado para Paul unas cuantas canciones de nuestro folclore. Se había interesado por lo que había aprendido durante el curso escolar, y, ya de lleno en el verano y viendo que no se me ocurría nada más, me ofrecí a cantar unas canciones que recordaba de la abuela. Canté lo mejor que pude una canción de cuna clásica que Lan solía cantar. Originalmente interpretada por el famoso Khánh Ly, cuenta que una mujer cantaba entre los cadáveres diseminados en las laderas de unas colinas frondosas. Buscando la cara de los muertos, la cantante pregunta en el estribillo: «¿Y quién de vosotras, quién de vosotras es mi hermana?»

¿Recuerdas, mamá, que Lan se ponía a cantarla de repente? ¿Que una vez la cantó en la fiesta de cumpleaños de mi amigo Junior, con la cara roja como carne picada de haberse tomado una sola Heineken? La sacudiste por el hombro, diciéndole que se callara, pero ella siguió cantando, balanceándose de un lado a otro y con los ojos cerrados. Junior y su familia no entendían vietnamita, a Dios gracias. Para ellos era solo la chiflada de mi abuela canturreando otra vez. Pero tú y yo la podíamos oír y entender. Al final dejaste tu trozo de tarta de piña, sin tocar, y las copas chocaban mientras los cadáveres, encarnados por la boca de Lan, se iban apilando a nuestro alrededor.

Entre los platos vacíos y sucios del ziti al horno, canté esa canción mientras Paul me escuchaba. Luego me aplaudió, sencillamente, y luego fregamos. Había olvidado que Paul entendía el vietnamita porque lo había aprendido en la guerra.

—Lo siento —digo, mirándole la charca de luz roja de debajo de los ojos—. Es una canción muy tonta.

Fuera, el viento corre a través de los arcos, y las hojas escurridas golpean contra las paredes de tablas.

—Vamos a prepararnos un café o algo, abuelo.

—Vale. —Calla unos instantes, dándole vueltas a algo, y al cabo se levanta—. Deja que me ponga las zapatillas. Por la mañana siempre tengo frío. Seguro que me pasa algo. Eso es hacerse viejo. El calor del cuerpo se repliega hacia el centro, hasta que un día los pies se te han vuelto hielo.

Casi ríe, pero en lugar de hacerlo se frota la barbilla; luego levanta el brazo, como para asestar un golpe a algo que tuviera enfrente. Y luego el clic, y la luz se va y la sala se ve envuelta en una quietud violeta. Desde las sombras, oigo su voz:

—Me alegro de que estés aquí, Perro Pequeño.

—¿Por qué dicen «negro»? —preguntaste hace semanas, de vuelta en Hartford, señalando a Tiger Woods en la pantalla del televisor. Observaste la bola blanca colocada en el *tee*—. Su madre es taiwanesa, le he visto la cara. Pero siempre le llaman negro. ¿No tendrían que decir medio amarillo, al menos? —Doblaste la bolsa de Doritos, y te la pusiste bajo el brazo—. ¿Cómo es posible? —Ladeaste la cabeza, esperando mi respuesta.

Cuando dije que no lo sabía, arqueaste las cejas.

—¿Qué quieres decir? —Cogiste el mando y subiste el volumen—. Escucha atentamente, y dínos por qué ese hombre no es taiwanés —dijiste, pasándote la mano por el pelo. Seguiste con los ojos a Woods, que se desplazaba de un lado a otro de la pantalla y de cuando en cuando se agachaba para calibrar el golpe. No se hizo mención, en ese momento, de sus características étnicas, y la respuesta que querías nunca llegó. Te estiraste un mechón de pelo delante de la cara, y lo examinaste con cuidado—. Necesito más rizadoros.

Lan, que estaba sentada en el suelo a nuestro lado, dijo, sin levantar la vista de la manzana que estaba pelando:

—Ese chico a mí no me parece taiwanés. Parece puertorriqueño.

Me dirigiste una mirada, te echaste hacia atrás y suspiraste.

—Todo lo bueno es siempre de cualquier otra parte —dijiste al cabo de un rato, y cambiaste de canal.

Cuando llegamos a Norteamérica en 1990, el color fue una de las primeras cosas de las que fuimos conscientes y de las que aún no teníamos la menor idea. Una vez que entramos en nuestro apartamento de un dormitorio en el barrio predominantemente latino de Franklin Avenue aquel invierno, las reglas del color, y con ellas las de nuestra cara, cambiaron. Lan, a quien en Vietnam se la consideraba oscura, de repente tenía la piel más clara. Y tú, mamá, que tenías la piel tan clara que «pasarías por» blanca, como aquella vez que estábamos en Sears y la dependienta rubia, agachándose para acariciarme el pelo, te preguntó si era tuyo o «adoptado». Solo cuando balbuciste, con tu inglés embarullado, en vía muerta, y bajaste la cabeza se dio ella cuenta de su error. Aun cuando pasaras la criba del color, la lengua te delataba.

Al parecer, en los Estados Unidos uno no recibe «el visto bueno» sin el inglés.

—No, señora —le dije a la mujer con mi inglés de «segunda lengua»—. Es mi madre. Le salí por el culo y la quiero muchísimo. Tengo siete años. El año que viene tendré ocho. Voy muy bien. Me siento estupendamente, ¿y usted? Feliz Navidad y próspero Año Nuevo.

La parrafada correspondía exactamente al ochenta por ciento de la lengua que yo sabía entonces, y me estremecí de puro deleite cuando las palabras me fluyeron de dentro.

Tú creías, como muchas madres vietnamitas, que hablar de los genitales femeninos, sobre todo entre madres e hijos, era tabú, así que cuando hablabas de haberme dado a luz siempre decías que te había salido por el ano. Me dabas un golpecito juguetón en la cabeza y decías: «¡Este cabezón por poco me rompe el culo!»

Sobresaltada, con la permanente palpitándole, la dependienta se dio la vuelta y se alejó con un golpeteo de tacones. Tú me miraste desde tu altura.

—¿Qué diablos le has dicho?

En 1966, entre sus dos destinos en Vietnam, Earl Dennison Woods, teniente coronel del ejército de los Estados Unidos, estaba destacado en Tailandia. Allí conoció a Kultida Punsawad, tailandesa de nacimiento y secretaria de la Oficina del Ejército Norteamericano en Bangkok. Después de salir juntos durante un año, Earl y Kultida se mudaron a Brooklyn, Nueva York, donde se casaron en 1969. Earl tuvo que volver a Vietnam para su último período de servicio, de 1970 a 1971, justo antes de que la intervención norteamericana en el conflicto empezara a declinar. Cuando cayó Saigón, Earl se retiró oficialmente del servicio militar para empezar una nueva vida, y, más importante aún, criar a su hijo nacido apenas seis meses después de que el último helicóptero norteamericano se alzara en el aire desde la embajada de Estados Unidos en Saigón.

El niño, según un reportaje de la ESPN que leí hace un tiempo, recibió el nombre de Eldrick Tont Woods. Su nombre de pila empezaba con la primera letra de Earl y terminaba con la primera letra de Kultida. Sus padres, cuya casa en Brooklyn fue objeto de ataques vandálicos a causa de su matrimonio interracial, decidieron plantarse a ambos lados del nombre de su hijo, como pilares. El segundo nombre de Eldrick, Tont, es un nombre tradicional tailandés que le puso su madre. Sin embargo, poco después de su nacimiento, el chico recibiría un apodo que pronto se haría famoso en todo el mundo.

Eldrick «Tiger» (Tigre) Woods, uno de los más grandes golfistas del planeta, es, como tú, mamá, un producto directo de la guerra de Vietnam.

Paul y yo estamos en el jardín cortando un poco de albahaca fresca para una receta de pesto que prometió enseñarme. Logramos evitar hablar del pasado, aunque hemos tratado ese tema esta misma mañana temprano. Hablamos, en cambio, de los huevos de gallinas que viven en libertad. Deja de cortar albahaca unos instantes, se baja la gorra hacia la frente y me instruye, con una intensidad férrea, sobre cómo los antibióticos causan infecciones en las gallinas criadas en jaulas, y cómo las abejas están muriendo, y cómo, sin ellas, el país perdería totalmente su fuente de alimentos en menos de tres meses, y cómo debe cocinarse el aceite de oliva a fuego lento porque si se quema desprende radicales libres que producen cáncer.

Nos soslayamos a nosotros mismos a fin de seguir hacia delante.

En el jardín contiguo, un vecino pone en funcionamiento el soplador de hojas. Las hojas revolotean y caen en la calle con una serie de sonidos livianos. Cuando Paul se agacha para tirar de una espiga de ambrosía, se le cae la fotografía que lleva en el bolsillo del pantalón y queda boca arriba en la hierba. Es una polaroid en blanco y negro, un poco más grande que una caja de cerillas, y muestra a un grupo de jóvenes con las caras deformadas por la risa. Pese a que Paul es rápido y se la mete de nuevo en el bolsillo en cuanto toca el suelo, distingo dos caras que conozco bien: Paul y Lan, abrazados, con los ojos encendidos con una exultación tan poco común que parece impostada.

En la cocina, Paul me pone un bol de cereales Raisin Bran con agua, tal como a mí me gusta. Se deja caer en una silla de la mesa, se quita la gorra y alarga la mano para coger uno de los porros ya liados que tiene alineados, como bolsitas de azúcar alargadas y delgadas, dentro de una taza de té de porcelana. Tres años atrás, a Paul le diagnosticaron un cáncer, algo que, según él, habría contraído al haber estado en contacto con el agente naranja durante sus destinos bélicos. El tumor estaba localizado en la nuca, justo encima de la médula espinal. Por fortuna, los médicos lo detectaron a tiempo, antes de que le invadiera el cerebro. Al cabo de un año de quimioterapia

infructuosa, decidieron operarle. El proceso entero, desde el diagnóstico hasta la remisión, duró dos años.

Echándose hacia atrás en la silla, Paul protege la llama con la palma y la va pasando por el porro. Aspira, y la punta se enrojece vivamente mientras miro. Fuma como se fuma después de un funeral. En la pared de la cocina, a su espalda, hay unos dibujos coloreados de los generales de la Guerra de Secesión que hice para un trabajo del colegio. Se los mandaste tú hace unos meses. El humo fluctúa sobre el perfil de colores primarios de Stonewall Jackson, y luego se esfuma.

Antes de que me trajeras a casa de Paul, me sentaste en tu cama allá en Hartford, diste una larga chupada al cigarrillo y lo dijiste sin más:

—Escucha. No, mírame bien, te estoy hablando muy en serio. Escucha. —Me pusiste las manos sobre los hombros, mientras el humo se hacía más denso a nuestro alrededor—. No es tu abuelo, ¿de acuerdo?

Las palabras entraron en mí como por una vena.

—Lo que quiere decir que tampoco es mi padre. ¿Lo entiendes? Mírame.

Cuando tienes nueve años, sabes cuándo callarte la boca, y eso hice, pensando que solo estabas enfadada, que seguramente todas las hijas les decían eso a sus padres en algún momento. Pero tú seguiste hablando con voz suave y calma, palabra tras palabra, como si colocaras piedras en hileras, una a una, hasta levantar una muralla. Dijiste que cuando Lan conoció a Paul aquella noche en el bar de Saigón, ella ya estaba embarazada de cuatro meses. El padre, el verdadero, era otro norteamericano: sin cara, sin nombre, sin... Pero estás tú. Todo lo que queda de él eres tú, soy yo.

—Tu abuelo no es nadie.

Te echaste hacia atrás, y el cigarrillo volvió a tus labios.

Hasta ese momento siempre había pensado que tenía, al menos, un nexo con este país: un abuelo, con cara, con identidad; un hombre que sabía leer y escribir, que me llamaba el día de mi cumpleaños, de quien me sentía parte, y cuyo nombre norteamericano corría por mis venas. Ahora ese lazo estaba roto. Con la cara y el pelo hechos un desastre, te levantas y tiras la colilla del Marlboro en el fregadero.

—Todo lo bueno está en otra parte, cariño. Te lo aviso. Todo.

Ahora, inclinado sobre la mesa, con la foto a salvo en el bolsillo de la camisa, Paul empieza a contarme lo que yo ya sé:

—Oye —dice, con los ojos vidriosos por la marihuana—. No soy el que soy. Quiero decir que... —Mete el porro en el vaso medio lleno de agua. El porro sisea. Mi Raisin Bran, intacto, cruje en el bol de arcilla roja—. No soy quien tu madre dice que soy.

Baja la mirada mientras te lo cuenta, interrumpiendo el ritmo con pausas extrañas; de cuando en cuando cae casi en el suspiro, como un hombre que limpiara su fusil al alba mientras habla consigo mismo. Y yo le dejo que controle su mente. Y le dejo vaciarse. No le detengo porque cuando tienes nueve años no puedes detener nada.

Una noche, en su última misión en Vietnam, Earl Woods se vio inmovilizado por el fuego enemigo. La base de artillería norteamericana en la que servía estaba a punto de ser invadida por un contingente de norvietnamitas y hombres del Vietcong. La mayoría de los soldados norteamericanos ya habían sido evacuados. Woods no estaba solo; a su lado, encogido en su

caravana de dos jeeps, estaba el teniente coronel Vuong Dang Phong. Phong, según lo describía Woods, era un fiero piloto y comandante, con un ojo implacable para el detalle. Y también un gran amigo. Cuando el enemigo cayó sobre la base abandonada, Phong le aseguró a Woods que vivirían para contarlo.

Durante las cuatro horas siguientes los dos amigos siguieron en los jeeps, con el uniforme oliva oscurecido por el sudor. Woods apretaba con fuerza su lanzagranadas M79 mientras Phong estaba en su puesto en la torreta de ametralladoras de los jeeps. Así, ambos sobrevivieron a aquella noche. Después, los dos compartieron unos tragos en el cuarto de Phong en el campamento base; y rieron, y hablaron de béisbol, de jazz y de filosofía.

Durante todo el servicio de Woods en Vietnam, Phong fue su confidente. Quizá estos fuertes vínculos son inevitables entre hombres que ponen constantemente la vida en manos de sus compañeros. Quizá fue su mutua otredad lo que unió estrechamente a aquellos dos soldados: Woods, mitad negro y mitad indio norteamericano, criado en el Sur segregacionista; Phong, enemigo jurado de la mitad de sus compatriotas en un ejército cuya cúpula la integran un grupo de generales norteamericanos blancos. Sea como fuere, los dos juraron verse antes de que Woods dejara Vietnam, cuando los helicópteros y los bombarderos se hubieran ido y el napalm hubiera desaparecido de Vietnam. Ninguno de los dos sabía que aquella sería la última vez que se verían.

Siendo como era un coronel de alto rango, Phong fue capturado por las autoridades norvietnamitas treinta y nueve días después de la caída de Saigón. Lo enviaron a un campo de reeducación donde fue torturado, pasó hambre y fue condenado a trabajos forzados.

Un año más tarde, a la edad de cuarenta y siete años, Phong murió durante su cautiverio. Su tumba no se encontraría hasta una década después, y sus hijos desenterraron sus huesos para darles sepultura cerca de su provincia natal, en una tumba cuya lápida rezaba: «Vuong Dang Phong».

Pero para Earl Woods su amigo seguía siendo «Tiger Phong», o simplemente «Tiger», apodo que se había ganado por su fiereza en el combate.

El 30 de diciembre de 1975, un año antes de la muerte de Tiger Phong y a todo un mundo de distancia de su celda en Vietnam, Earl estaba en Cypress, California, acunando en los brazos a un recién nacido. El bebé se llamaba ya Eldrick, pero Earl, su padre, se quedó mirándole fijamente a los ojos y supo que tenía que llamarse como su mejor amigo: Tiger. «Algún día, mi viejo amigo lo verá en la televisión y dirá: “Ese debe de ser hijo de Woody”, y volveremos a encontrarnos», diría Earl en una entrevista.

Tiger Phong murió de un fallo cardíaco, muy probablemente debido a la mala alimentación y a la extenuación en el campo de cautiverio. Pero, durante un breve espacio de tiempo de ocho meses entre 1975 y 1976, los dos Tigers más importantes en la vida de Earl Woods se hallaban ambos con vida, compartían el mismo planeta, uno en el frágil final de una historia brutal, el otro justo en el comienzo de su propio legado. El nombre «Tiger», aunque también la persona de Earl, había hecho de puente entre ambos.

Cuando por fin Earl supo que Tiger Phong había muerto, Tiger Woods había ganado ya su primer Masters.

—Chico, es algo que duele de veras —dijo Earl—. Tengo esa vieja sensación en el estómago, esa sensación del combate.

Recuerdo el día que fuiste por primera vez a un servicio religioso. El padre de Junior era un

dominicano de piel clara, y su madre una cubana negra, y eran feligreses de la iglesia baptista de Prospect Avenue, donde nadie les preguntaba por qué pronunciaban así las erres o de dónde eran oriundos *realmente*. Yo había ido a la iglesia con los Ramírez montones de veces, cuando me quedaba a dormir en su casa algún sábado y al poco me despertaba en la iglesia con ropa de domingo de Junior. Aquel día, invitada por Dionne, decidiste ir; por cortesía, pero también porque la iglesia distribuía artículos a punto de caducar donados por los supermercados locales.

Tú y yo éramos las dos únicas caras amarillas de la iglesia. Pero cuando Dionne y Miguel nos presentaron a sus amigos, todos nos acogieron con sonrisas afectuosas.

—Bienvenidos a la casa de nuestro padre —nos decían.

Y me recuerdo preguntándome cómo podían ser todos parientes, cómo podían venir todos del mismo padre.

Yo me quedé fascinado por el brío, las inflexiones, el tono de voz del pastor, y por su sermón sobre el arca de Noé, lleno de vacilaciones, preguntas retóricas amplificadas por largos silencios que intensificaban los efectos de la historia. Me encantaba la forma en que el pastor movía las manos: fluían, como si las frases tuvieran que desprenderse de él para llegar a nosotros. Era, para mí, una forma nueva de personificación, algo parecido a la magia, algo que yo solo había vislumbrado en parte en las historias de Lan.

Pero aquel día, fue la *canción* la que me brindó un ángulo nuevo desde el que ver el mundo, o, dicho de otro modo, desde el que verte a ti. En cuanto el piano y el órgano atronaron al acometer los primeros acordes de «His Eye Is on the Sparrow», todos los feligreses se pusieron en pie e hicieron ondear los brazos por encima de las cabezas, y algunos se pusieron a describir círculos. Centenares de botas y tacones martilleaban el suelo de madera. En las rotaciones vagas, los abrigos y bufandas en remolino, sentí un pellizco en la muñeca. Tus uñas se pusieron blancas al clavarse en mi piel. Tu cara, alzada hacia lo alto con los ojos cerrados, le decía algo al fresco de ángeles del techo.

Al principio no pude oírlo en medio de aquel estruendo de gritos y aplausos. Era un caleidoscopio de color y movimiento: el órgano y la trompeta de la banda atronaban entre los bancos. Logré liberar mi brazo de tu presa. Cuando me incliné oí tus palabras detrás del canto: le hablabas a tu padre. A tu padre de verdad. Con lágrimas en las mejillas, casi gritabas: «¿Dónde estás, *ba?*», preguntabas en vietnamita, cambiando el peso de un pie a otro. «¿Dónde diablos estás? ¡Ven a por mí! ¡Sácame de aquí! ¡Vuelve a por mí!» Debió de ser la primera vez que se habló vietnamita en aquella iglesia. Pero nadie te miró airadamente, con interrogantes en los ojos. Nadie tuvo que mirar dos veces a aquella mujer amarilla y blanca que estaba hablando en su lengua. La gente de los bancos también gritaba presa de la exaltación, la alegría, la cólera o la exasperación. Y era ahí, dentro del cántico, donde se te permitía perderte sin transgredir norma alguna.

Me quedé mirando la estatuilla de escayola de Jesús, del tamaño de un bebé real, que colgaba de un lado del púlpito. Su piel parecía vibrar con el rítmico golpear de los pies de los feligreses contra el suelo. Se miraba los dedos petrificados de los pies con una expresión de fatigado desconcierto, como si acabara de despertar de un profundo sueño y se viera clavado a este mundo de forma cruenta y para siempre. Lo estudié durante tanto tiempo que cuando volví la vista a tus zapatillas blancas casi esperaba ver un charco de sangre bajo tus pies.

Días después, oí que sonaba «His Eye Is on the Sparrow» en la cocina. Estabas en la mesa, practicando tus técnicas de manicura en unas manos de maniquí de goma. Dionne te había regalado

una cinta de espirituales negros, y tú los tarareabas mientras trabajabas, mientras las manos sin cuerpo, los dedos barnizados en tonos pastel, descansaban sobre las encimeras de la cocina con las palmas abiertas, como las que habíamos visto en la iglesia. Pero, a diferencia de las manos más oscuras de la congregación de los Ramírez, las de tu cocina eran rosas y beis, los únicos tonos en que se comercializaban.

1964: cuando lanzó su campaña de bombardeo masivo contra Vietnam del Norte, el general Curtis LeMay, a la sazón jefe de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos, dijo que planeaba bombardear a los vietnamitas hasta hacerlos «volver a la Edad de Piedra». Destruir un pueblo, entonces, es hacerle retroceder en el tiempo. Los militares estadounidenses acabarían por lanzar diez mil toneladas de bombas en un país no mayor que California, superando el número de bombas lanzadas en toda la Segunda Guerra Mundial.

1997: Tiger Woods gana el Masters de Augusta, su primer gran torneo del golf profesional.

1998: Vietnam abre su primer campo de golf profesional, diseñado en un arrozal bombardeado por las fuerzas aéreas de los Estados Unidos durante la guerra de Vietnam. El terreno de uno de los hoyos se hizo rellenando el cráter de una bomba.

Paul termina su retazo de la historia. Y yo quiero contarle. Quiero decirle que su hija —que no es su hija— era una niña medio blanca en Go Cong, lo que significaba que los niños la llamaban niña-fantasma, y a Lan la llamaban traidora y puta por acostarse con el enemigo. Cómo le raparon el pelo teñido de caoba cuando volvía a casa del mercado, cargada con cestas de plátanos y calabacines, y cómo, cuando llegó a casa, apenas le quedaban unos mechones en lo alto de la frente. Cómo, cuando se quedó sin pelo, le mancharon la cara y los hombros con mierda de búfalo para que *volviera a ser oscura*, como si nacer con la piel un poco más clara fuera un defecto que pudiera corregirse. Tal vez es esa la razón, ahora caigo en la cuenta, de que para ti fuera tan importante lo que dijeran de Tiger Woods en televisión, y cuánto necesitas que el color sea un hecho fijo e inviolable.

—Quizá no deberías seguir llamándome abuelo. —Las mejillas de Paul se le encogen al dar una larga chupada al segundo porro, apurándolo—. Esa palabra puede sonar un poco rara ahora, ¿no?

Pienso en ello unos instantes. Un retrato de Ulysses Grant hecho con lápices de colores se agita por la brisa que entra por la ventana en penumbra.

—No —digo al cabo de un momento—. No tengo más abuelos. Así que quiero seguir llamándote así.

Paul asiente con la cabeza, con la frente pálida y el pelo blanco tintados por la luz crepuscular.

—Por supuesto. Por supuesto —dice mientras la colilla del porro se hunde en el vaso con un chisporroteo, dejando una estela de humo en espiral, como una vena fantasmal que le ascendiera por el brazo. Me quedo mirando la masa marrón del bol que tengo delante, ya apelmazado.

Hay tantas cosas que quiero contarte, mamá. Hubo un tiempo en que fui tan necio que creía que el conocimiento lo clarificaría todo, pero algunas cosas están tan veladas tras capas de sintaxis y semántica, tras días y horas, tras nombres olvidados, rescatados y superados, que el mero saber que la herida existe no ayuda en absoluto a sacarla al exterior.

No sé lo que digo. Supongo que lo que quiero decir es que a veces no sé lo que somos o quiénes somos. Hay días en que me siento un ser humano, y otros en que me siento más un sonido. Toco el mundo no como yo mismo sino como un eco de quien fui. ¿Puedes oírme? ¿Puedes leerme?

Cuando empecé a escribir, me odiaba por ser tan indeciso con respecto a las imágenes, las oraciones, las ideas, e incluso odiaba la pluma o el diario que utilizaba. Todo lo que escribía empezaba con «quizá» y «tal vez», y acababa con «pienso» o «creo». Pero la duda está en todas partes, mamá. Hasta cuando sé que algo es cierto con absoluta certeza temo que el conocimiento se disuelva, que al final no siga siendo real pese a mi escritura. Estoy volviendo a separarnos para así poder llevarnos a algún lugar distinto; no estoy seguro de adónde exactamente. Lo mismo que no estoy seguro de cómo llamarte: ¿blanca, asiática, huérfana, norteamericana, madre...?

A veces solo se te presentan dos opciones. Mientras hacía un trabajo de investigación, leí un artículo en un ejemplar de *El Paso Daily Times* de 1884, en el que se decía que un obrero blanco del ferrocarril estaba ante un tribunal por haber dado muerte a un chino anónimo. El caso acabó archivándose. El juez, Roy Bean, argüía que la ley de Texas, si bien prohibía dar muerte a seres humanos, consideraba seres humanos únicamente a blancos, afroamericanos y mexicanos. El cuerpo amarillo y sin nombre del chino no se consideraba humano porque no figuraba en una casilla de una hoja de papel. A veces te borran antes de que tengas la posibilidad de manifestar quién eres.

Ser o no ser. Esa es la cuestión.

Cuando eras niña, en Vietnam, los niños del vecindario solían acercarte cucharas a los brazos y gritarte: «¡Quitadle el blanco de la piel, quitadle el blanco de la piel!» Al final aprendiste a nadar. Te metías muy hondo en el río cenagoso, donde nadie podía alcanzarte, nadie podía rechazarte a rasponazos. Te convertías en una isla durante horas. Al volver a casa, los dientes te castañeteaban de frío, y en los brazos tenías rasponazos y ampollas..., pero seguían blancos.

Cuando le preguntaron cómo definiría sus raíces, Tiger Woods se catalogó a sí mismo como «*cablinasian*», una palabra compuesta que inventó para designar su mezcla de chino, tailandés, negro, holandés e indio norteamericano.

Ser o no ser. Esa es la cuestión. Una cuestión, sí, pero no una elección.

—Recuerdo una vez que vine a visitaros a todos a Hartford, debió de ser un año o dos después de que llegais de Vietnam. —Paul posa la barbilla en una de las palmas y se queda con la mirada fija más allá de la ventana, donde un colibrí revolotea sobre el comedero de plástico—. Entré en el apartamento y te encontré llorando debajo de la mesa. No había nadie en casa, o quizá estaba tu madre, pero en el cuarto de baño, vete a saber... —Se calla, y deja que la memoria siga llegándole—. Me agaché y te pregunté qué te pasaba, y ¿sabes qué me dijiste? —Esboza una gran sonrisa—. Me dijiste que los demás chicos vivían más que tú. Para desternillarse. —Sacude la cabeza—. ¡Qué respuesta! Nunca se me olvidará. —Su molar de oro lanzó un destello con la luz—. «¡Viven más, viven más!», gritaste. ¿Quién diablos te había metido esa idea en la cabeza? Solo tenías cinco años, por el amor de Dios...

Fuera, el aleteo del colibrí suena casi como la respiración de un ser humano. Hunde el pico en el cuenco de agua azucarada que hay en la base del comedero. Qué vida más terrible, pienso ahora, tener que moverse tan rápido solo para mantenerse en el mismo sitio.

Luego salimos de paseo. El beagle con manchas marrones de Paul juguetea entre los dos. Se acaba de poner el sol, y el aire está denso por la marihuana y rebosante del blanco y el magenta de

las lilas tardías en los céspedes impecables. Nos desviamos hacia el último recodo cuando una señora poco agraciada y de mediana edad, con una coleta rubia, se nos acerca. Dice, dirigiéndose solo a Paul:

—Veo que por fin ha encontrado un chiquillo para cuidar al perro. ¡Bravo, Paul!

Paul se detiene y se sube las gafas, pero enseguida se le vuelven a deslizar por la nariz. Se vuelve hacia mí y dice:

—Bien-ve-ni-do-al-ba-rrio.

Su cabeza sube y baja con cada sílaba.

Sujeto con fuerza la correa del beagle y retrocedo un paso, ofreciéndole una sonrisa.

—No —dice Paul, con la mano alzada con desmaña, como si apartara telarañas—. Es mi nieto. —Deja que la palabra flote entre nosotros, hasta que se solidifica lo bastante, como si fuera un instrumento, y la repite, asintiendo con la cabeza, no sé si para sí mismo o para la mujer—. Mi nieto.

La mujer sonrío de inmediato. Con sonrisa exagerada.

—Por favor, recuérdelo —dice Paul.

La mujer se echa a reír, hace un gesto desdeñoso y, ahora que mi cuerpo es «legible», me tiende la mano.

Dejo que me la estreche.

—Bien, soy Carol. Bienvenido al barrio. Eso quería decir. —Y reanuda su paseo.

Volvemos. No hablamos. Tras una hilera de casas adosadas blancas, una columna de abetos se alza inmóvil contra el cielo rojizo. Las uñas del beagle golpetean el asfalto, la correa se tensa cuando el animal tira de nosotros hacia casa. Pero lo único que puedo oír es la voz de Paul en mi cabeza. «Mi nieto. Es mi nieto.»

Dos mujeres me arrastran dentro de un agujero más oscuro que la noche que me envuelve. Solo cuando una de ellas grita sé quién soy. Les veo la cabeza, el pelo negro desgreñado por el suelo en el que duermen. El aire es áspero por el delirio químico y se revuelven en la confusión del habitáculo del coche. Mis ojos, aún espesos por el sueño, tratan de distinguir las formas: un reposacabezas, un mono de fieltro del tamaño de un pulgar que baila colgado del retrovisor, un objeto de metal que resplandece y luego se apaga. El coche acelera y abandona el camino de entrada, y estoy seguro, por el olor a acetona y a esmalte de uñas, de que es tu Toyota castaño cobrizo. Lan y tú vais delante, vociferando por algo que no sale a relucir. Las luces pasan golpeando vuestras caras como si fueran puñetazos.

—Va a matarla, mamá. Esta vez va a hacerlo —dices sin aliento.

—Ya vamos. Vamos tan rápido como en helicóptero. —Lan está absorta en sí misma, encendida y ensimismada por la obsesión—. ¿Adónde vamos?

Agarra el retrovisor abatible con las dos manos. Por su voz sé que está sonriendo, o al menos apretando los dientes.

—Va a matar a mi hermana, mamá. —Suenas como si estuvieras debatiéndote contra la corriente de un río—. Conozco a Carl. Esta vez va en serio. ¿Me oyes? ¡Mamá!

Lan se balancea de un lado a otro del retrovisor, emitiendo una especie de silbidos.

—Nos vamos de aquí, eh... ¡Tenemos que irnos lejos, Perro Pequeño!

Fuera, la noche emerge a nuestro alrededor como una gravedad lateral. Los números verdes del salpicadero dicen: 3.04. ¿Quién me ha puesto las manos en la cara? Los neumáticos chirrían en cada viraje. Las calles están vacías y es como si un universo, un *todo* se lanzara a través de la oscuridad cósmica mientras, en los asientos delanteros, las mujeres que me han criado están perdiendo la cabeza. Entre mis dedos, la noche es papel negro de manualidades. Solo las cabezas agotadas de las dos mujeres de delante se distinguen con cierta claridad al bambolearse.

—Tranquila, Mai. —Ahora te hablas a ti misma. Con la cara tan pegada al parabrisas que dibuja un anillo de vaho en el cristal que se expande conforme hablas—. Ya voy. Ya vamos.

Al rato nos desviamos y bajamos por una calle flanqueada por Continentals. El coche frena y se para delante de una casa gris de tablillas de madera.

—Mai —dices, tirando del freno de mano—. Va a matar a Mai.

Lan, que ha estado todo el tiempo sacudiendo la cabeza de un lado a otro, deja de hacerlo como si las palabras hubieran pulsado al fin un botoncito en su interior.

—¿Qué? ¿Quién mata a quién? ¿Quién se muere esta vez?

—¡Quedaos los dos en el coche!

Te sueltas el cinturón de seguridad, te bajas de un brinco y vas arrastrando los pies hacia la casa adosada; te has dejado la puerta del coche abierta.

Hay una historia que cuenta Lan, la de Lady Triêu, la mítica mujer guerrera que lideró un ejército de hombres y repelió la invasión china del antiguo Vietnam. Y pienso en ella al verte. En que, según cuenta la leyenda, armada con dos espadas, se echaba los dos pechos de un metro de largo a la espalda y rajaba a los invasores por docenas. En que fue una mujer quien nos salvó.

—¿Quién se muere? —Lan vuelve hacia mí la cara, tétrica por la luz de arriba, crispada por lo que acaba de saber—. ¿Quién va a morir, Perro Pequeño? —Mueve la mano de un lado a otro, como si abriera la puerta, para indicar vacío—. ¿Alguien te mata? ¿Por qué?

Pero no la estoy escuchando. Estoy bajando la ventanilla, con los brazos doloridos con cada vuelta de manivela. Se cuele dentro del coche el aire frío de noviembre. El estómago se me encoge al verte subir las escaleras de la entrada con el machete —reluciente, de veintitantos centímetros de hoja— en la mano. Llamas a la puerta, gritando:

—¡Sal, Carl! —dices en vietnamita—. ¡Sal, cabrón! Me la llevo a casa para siempre. Puedes quedarte con el coche, yo me llevo a mi hermana.

Con la palabra «hermana», la voz se te quiebra en un sollozo corto, incompleto, y luego recupera el control. Golpeas la puerta con el mango de madera del machete.

El porche se ilumina, tu camión rosa se vuelve súbitamente gris bajo la luz fluorescente. La puerta se abre.

Retrocedes.

Aparece un hombre. Casi se lanza hacia delante desde el umbral cuando tú retrocedes escaleras abajo. La hoja, a un costado, como clavada en su sitio.

—Tiene un arma. —dice Lan con un susurro-grito desde el coche, ya lúcida—. ¡Rosa! Tiene una escopeta. De las que disparan dos tiros a la vez. Y te arranca los pulmones del pecho. Díselo, Perro Pequeño.

Tus manos se mueven sobre tu cabeza, y el metal choca con ruido contra el suelo del camino de entrada. El hombre, enorme, con los hombros caídos bajo una sudadera gris de los Yankees, se acerca a ti, dice unas palabras entre dientes, aparta el machete de una patada, y la hoja desaparece con un vivo destello entre la hierba. Tú mascullas algo, te empequeñeces, ahuecas las manos bajo la barbilla, el gesto que exhibes cuando te dan una propina en el salón de manicura. El hombre baja el arma mientras tú retrocedes temblando escaleras abajo, hacia el coche.

—No merece la pena, Rosa —dice Lan, tapándose la boca con las dos manos—. No puedes hacer nada contra una pistola. No puedes. Vuelve, vuelve al helicóptero.

—Mamá —me oigo decir, con la voz quebrada—. Mamá, venga...

Subes despacio al asiento del conductor, te vuelves hacia mí con una mirada asqueada. Hay un silencio largo. Creo que estás a punto de reír, pero instantes después tus ojos se anegan de lágrimas. Así que aparto la mirada y la dirijo al hombre que nos observa detenidamente, con la mano en la cadera, la escopeta encajada bajo la axila, apuntando a tierra, protegiendo a su familia.

Cuando empiezas a hablar, tu voz está como rasgada. Solo capto trozos de lo que dices. No es la casa de Mai, explicas, manipulando las llaves con torpeza. O, mejor dicho, Mai ya no vive ahí. El novio, Carl, que la agredía golpeándole la cabeza contra la pared, tampoco vive ya ahí. Es otra persona, un hombre blanco calvo con una escopeta. Ha sido un error, le estás diciendo a Lan. Un accidente.

—Pero si Mai no vive aquí desde hace cinco años —dice Lan con repentina ternura—. Rosa... —Aunque no puedo verlo, sé que te está alisando el pelo detrás de las orejas—. Mai se mudó a Florida, ¿no te acuerdas? Para abrir su propio salón. —Lan está serena; tiene los hombros relajados; alguien se ha metido dentro de ella y empieza a moverle los miembros, los labios...—. Vamos a casa. Necesitas dormir, Rosa.

El motor arranca, el coche da unos bandazos y cambia de sentido. Cuando nos alejamos, un

chico no mayor que yo nos apunta con una pistola de juguete desde el porche. La pistola brinca con los estampidos que imita con la boca. Su padre se da la vuelta y le grita. El chico dispara una vez, otras dos veces. Desde la ventanilla de mi helicóptero, le miro. Le miro directamente a los ojos y hago lo que tú haces. Me niego a morir.

II

La memoria es una elección. Lo dijiste tú una vez, dándome la espalda, como lo habría dicho un dios. Pero si fueras un dios los verías. Mirarías hacia aquel bosquecillo de pinos, hacia las puntas frescas que resplandecían en las copas, tiernas y húmedas en su tardío arrebató de otoño. Mirarías más allá de las ramas, más allá de la luz aherrumbrada y astillada entre las zarzas, de las agujas que caían, una a una, mientras tú ponías tus ojos de dios en ellos. Seguirías la trayectoria de las agujas que dejaban ya atrás la rama más baja, y se precipitaban hacia el suelo fresco del bosque, para acabar en los dos chicos que yacen uno junto a otro, con la sangre ya seca en sus mejillas.

Aunque está en las caras de los dos, es sangre del chico alto, el de los ojos gris oscuro como la sombra de una persona en un río. Lo que queda de noviembre penetra a través de los vaqueros de ambos, de los jerséis finos de punto. Si fueras un dios, te darías cuenta de que te miran fijamente desde abajo. Están dando palmadas y cantando «This Little Light of Mine», la versión de Ralph Stanley que han escuchado antes, esta misma tarde, en el equipo de música del chico alto. Era la canción preferida de su padre, le había dicho el chico alto. Y así, ahora, sus cabezas se balancean de un lado a otro mientras los dientes les brillan entre las notas, y la sangre coagulada se desmenuza y se les desprende de las mandíbulas, moteándoles las pálidas gargantas al dejarles la canción en medio de vaharadas de humo. «Esta pequeña luz mía, voy a dejarla brillar. Esta pequeña luz mía, voy a dejarla brillar... En toda la casa, voy a dejarla brillar.» Las agujas de pino giran y chisporrotean a su alrededor por el levísimo viento que crea el movimiento de sus miembros. El corte de debajo del ojo del chico alto se le ha vuelto a abrir al cantar, y ahora hay una línea roja oscura que parte de la oreja izquierda, describe una curva en el cuello y desaparece en el suelo. El chico más pequeño mira a su amigo, al terrible bulto del ojo, e intenta olvidar.

Si fueras un dios les dirías que dejaran de dar palmadas. Les dirías que lo más útil que uno puede hacer en la vida con las manos vacías es quedarse quieto. Pero no eres un dios.

Eres una mujer. Una madre, y tu hijo está echado debajo de los pinos mientras tú estás sentada a la mesa de la cocina al otro lado de la ciudad, de nuevo esperando. Has recalentado, por tercera vez, la sartén de tallarines y cebolletas. Tu aliento empaña el vaso mientras miras por la ventana, esperando a que la chaqueta de chándal anaranjada de los Knicks de Nueva York del chico cruce rauda por el marco de la ventana, porque es muy tarde y tendría que venir corriendo.

Pero tu hijo sigue bajo los árboles, al lado de ese chico que tú nunca llegarás a conocer. Están a unos metros del paso elevado cerrado, donde una bolsa de plástico golpea contra la alambreada flanqueada de cientos de minibotellas de licor. Los chicos empiezan a temblar, y sus palmadas se hacen más lentas y casi inaudibles. Sus voces se ahogan cuando el viento se agolpa fieramente sobre sus cabezas, y las agujas de pino chasquean como manecillas de relojes aplastados.

Hay veces en que tu hijo se despierta a altas horas de la madrugada creyendo que tiene una bala alojada dentro de él. Siente que flota en el lado derecho del pecho, entre las costillas. «La bala siempre ha estado aquí», piensa el chico; es más vieja incluso que él mismo, y sus huesos, tendones y venas no hacen sino envolver el objeto metálico, sellándolo en su interior. «No era yo», piensa el chico, «quien estaba en el vientre de mi madre, sino esta bala, esta semilla que he hecho florecer.» Incluso ahora, cuando el frío acecha, siente que quiere salirse del pecho y le ahueca ligeramente el jersey. Se palpa la protuberancia, pero, como de costumbre, no encuentra

nada. «Se ha echado atrás», piensa. «Quiere quedarse ahí dentro. Sin mí no es nada.» Porque una bala sin un cuerpo es una canción sin oídos.

Al otro lado de la ciudad, de cara a la ventana, te planteas si debes recalentar los tallarines una vez más. Te echas en la mano trocitos de la servilleta de papel que has hecho trizas, y te levantas y los tiras. Vuelves a la silla, esperas. Esa ventana, la misma ante la cual tu hijo se había parado una noche antes de entrar en casa, con aquel marco de luz que lo iluminaba mientras te observaba y tú mirabas fuera. La noche había convertido el cristal en un espejo y no lo veías, solo las arrugas marcadas en tus mejillas y tu frente, una cara devastada por la inmovilidad. El chico mira cómo su madre no mira nada, todo su ser está dentro del óvalo imaginario de la cara de ella, invisible.

La canción ha cesado hace tiempo, y el frío es un velo que les entumece los nervios. Bajo la ropa se les pone la carne de gallina y se les eriza el vello fino, traslúcido, que luego se dobla al tocar la tela de la camisa.

—Eh, Trev —dice tu hijo, con la sangre de su amigo formando una costra en la mejilla—, cuéntame un secreto.

Viento, agujas de pino, segundos.

—¿De qué tipo?

—De..., bueno... Un secreto normal. No tiene que ser nada horrible.

—Uno normal. —El silencio del pensamiento, la respiración pausada. Las estrellas, por encima de sus cabezas, son una vasta mancha en una pizarra borrada con precipitación—. ¿Puedes contarme tú uno primero?

En la mesa, al otro lado de la ciudad, tus dedos dejan de tamborilear sobre la formica.

—Muy bien. ¿Estás preparado?

—Sí.

Apartas la silla, coges las llaves, sales por la puerta.

—Ya no me da miedo morirme.

(Una pausa, luego risas.)

El frío, como el agua de un río, se les sube a la garganta.

Mamá. Una vez me dijiste que la memoria es una elección. Pero si fueras un dios, sabrías que es una riada.

Porque soy tu hijo, lo que sé del trabajo lo sé igualmente de la pérdida. Y lo que sé de ambas cosas lo sé de tus manos. Sus contornos, que un día fueron flexibles y que nunca llegué a sentir; las palmas, ya encallecidas y llenas de ampollas mucho antes de que yo naciera, y más tarde estropeadas por tres décadas de fábricas y salones de manicura. Tus manos son horrendas, y odio todo lo que ha hecho que hayan llegado a ser así. Odio que sean la ruina y el saldo de un sueño. Odio cómo llegabas a casa, noche tras noche, te dejabas caer en el sofá y te quedabas dormida en menos de un minuto. Cuando volvía con un vaso de agua para ti, tú ya estabas roncando, con las manos en el regazo como dos peces parcialmente descamados.

Lo que sé es que el salón de manicura es más que un lugar de trabajo y un taller de belleza; es también un lugar donde se crían nuestros hijos, algunos de los cuales, como el primo Víctor, contraerán asma tras años y años de respirar vapores tóxicos con unos pulmones aún en desarrollo. El salón es también una cocina donde, en los huecos de la trastienda, nuestras mujeres se sientan en el suelo en torno a enormes woks que borbotan y crepitan sobre quemadores eléctricos, y de calderos de *phŌ* que hierven a fuego lento y llenan las exiguas piezas de vaho y aromas de clavo de olor, canela, jengibre, menta y cardamomo mezclados con formaldehído, tolueno, acetona, Pine-Sol y lejía. Un lugar donde el folclore, los rumores, las leyendas fantásticas y las bromas de los países que quedaron atrás se cuentan, se propagan, con explosiones de risa, en piezas no más grandes que los vestidores de los ricos y que enseguida se sumen en un silencio extraño, impoluto. Llegamos a un aula improvisada, recién desembarcados del barco, del avión, de las profundidades, esperando que esa aula sea una parada temporal —hasta que empecemos a desenvolvernos, o, mejor, hasta que nuestras mandíbulas suavicen las sílabas del inglés—, nos encorvamos sobre cuadernos de ejercicios en mesas de manicura, y hacemos los deberes para las clases nocturnas de inglés que nos cuestan la cuarta parte de nuestros salarios.

«No estaré aquí mucho tiempo», decíamos. «Conseguiré un buen trabajo pronto.» Pero muy a menudo, a veces en cuestión de meses, incluso de semanas, volvíamos a la tienda con la cabeza gacha, con los útiles de manicura en bolsas de papel encajadas bajo el brazo, y pedíamos que nos dieran de nuevo el trabajo. Y con frecuencia el dueño, por piedad o comprensión, o por ambas cosas, se limitaba a hacer un gesto con la cabeza hacia una mesa vacía, porque siempre hay una mesa de trabajo vacía. Porque nadie se queda lo bastante y siempre hay alguien que se acaba de ir. Porque no hay salarios, ni seguro sanitario, ni contrato, y el cuerpo es el único material con el que se trabaja y para el que se trabaja. Al no tener nada, se convierte en su propio contrato, en testimonio de presencia. Haremos esto durante décadas, hasta que nuestros pulmones ya no puedan respirar sin hincharse, y nuestros hígados se resequen por los productos químicos, y nuestras articulaciones se quiebren y se inflamen por la artritis, y moldearemos así nuestra forma de vida. Un nuevo emigrante, en el curso de dos años, llegará a saber que el salón es, a la postre, un lugar donde los sueños se convierten en conciencia calcificada de lo que significa estar despierto en unos huesos norteamericanos —con o sin nacionalidad—, dolorido, tóxico, mal pagado.

Odio y amo tus manos vapuleadas por lo que no podrán ser jamás.

Es domingo. Tengo diez años. Abres la puerta del salón y la acetona de las manicuras de ayer

me asalta de inmediato los orificios nasales. Pero nuestras narices pronto se habitúan, como siempre hacen. No eres la propietaria del salón, pero tienes que hacerte cargo de él todos los sábados, el día más lento de la semana. En su interior, enciendes las luces, conectas los sillones automatizados de las pedicuras, y el agua borbotea en las tuberías bajo los asientos mientras yo voy a hacer café instantáneo al cuarto de descanso.

Dices mi nombre sin levantar la vista, y sé que debo ir hasta la puerta, descorrer el cerrojo, dar la vuelta al letrero y dejar cara a la calle el lado de «Abierto».

Entonces la veo. De unos setenta años, con el pelo blanco y desordenado por el viento sobre una cara de ojos azules consumidos, y la mirada fija de quien ha ido más allá de donde necesitaba ir y sin embargo ha seguido caminando. Mira dentro del local, apretando con las dos manos un bolso de cocodrilo color burdeos. Abro la puerta y entra, cojeando un poco. El viento le ha desplazado la bufanda verde oliva del cuello, y ahora le cuelga de un hombro, y roza el cuello. Tú te pones de pie, sonrías.

—¿En qué puedo servirla? —le preguntas en inglés.

—Una pedicura, por favor.

Su voz es fina, como entrecortada por la estática.

La ayudo a quitarse el abrigo, lo cuelgo en el perchero, la conduzco hasta el sillón de pedicura mientras tú activas los chorros de aire en la bañera de pies, aderezas el agua burbujeante con sales y disolventes. El aroma a espliego sintético llena el salón. La cojo del brazo y la ayudo a sentarse en el sillón. Huele a sudor seco mezclado con el fuerte dulzor de los perfumes de drugstore. Su muñeca palpita en mi tacto cuando se agacha para sentarse. Es incluso más frágil de lo que parece. Una vez que se acomoda en el sillón de cuero, se vuelve hacia mí. No puedo oírla por culpa de los chorros de agua, pero leyéndole los labios sé que me está diciendo: «Gracias.»

Cuando los chorros han cumplido su cometido, y el agua templada es de un verde esmeralda veteadado de jabonaduras blancas, le pides que meta los pies en la bañera.

La mujer no se mueve. Tiene los ojos cerrados.

—Señora... —le dices.

El salón, normalmente lleno de clientas bulliciosas o de música o de la televisión con Oprah o las noticias, está ahora silencioso. Solo las luces zumban sobre nuestras cabezas. Al cabo de un momento, la mujer abre los ojos, orlados de rosa y humedad, y se agacha para manipularse la pernera derecha. Retrocedo un paso. Tu taburete cruje al cambiar el peso, y fijas la mirada en sus dedos. Las venas pálidas de las manos tiemblan cuando se enrolla hacia arriba la pernera. La piel es lustrosa, como si estuviera metida en un horno. Se agacha aún más, se agarra el tobillo y, de un tirón, se quita la pierna hasta la rodilla.

Una prótesis.

A media altura de la tibia hay una protuberancia parduzca, suave y redondeada como la punta de una baguette... o de lo que es: una pierna amputada. Te miro, a la espera de una respuesta. Sin pensártelo dos veces, sacas la lima y te pones a restregarle el único pie, mientras el nudo arrugado al lado se agita al aire con tu trajín. La mujer coloca la prótesis a un lado, y pone el brazo sobre la pantorrilla con ademán protector, y luego se echa hacia atrás, espirando.

—Gracias —vuelve a decir, más alto, sobre tu coronilla.

Yo me siento en la moqueta y espero a que me pidas la toalla caliente del cajón de caldear paños. A lo largo de toda la pedicura, la mujer balancea la cabeza de un lado a otro, con los ojos

medio cerrados. Gime con alivio cuando le masajeas la única pantorrilla.

Cuando terminas, volviéndote hacia mí para que te pase la toalla, la mujer se inclina hacia delante, hace un gesto hacia la pierna derecha, con el muñón en el aire, sobre el agua, seco por completo. Dice:

—¿Le importaría...? —Tose en el brazo—. También en este. Si no es pedir demasiado.

Calla. Fija la mirada en la ventana, y luego la baja a su regazo.

De nuevo no dices nada; pero te vuelves, casi imperceptiblemente, hacia su pierna derecha, le haces una mesurada caricia a lo largo del muñón, antes de rociar con agua templada el extremo y de que los finos raudales se entrecrucen sobre la piel curtida. Pequeñas gotas de agua. Cuando estás casi aclarando el jabón, la mujer te pide, muy amablemente, casi rogándotelo, que vayas más abajo.

—Si es el mismo precio... —dice—. Aún puedo sentir ahí abajo. Es una tontería, pero puedo. De verdad.

Haces una pausa; un destello te surca el semblante.

Luego, con las patas de gallo de los ojos solo un poco más sombrías, rodeas con los dedos en el aire el lugar donde debería estar su pantorrilla, y masajeas el vacío, como si estuviera allí toda entera. Continúas bajando por su pie invisible, frotas su parte superior huesuda antes de ceñirle el talón ahuecando tu otra mano, y de pellizcarle el tendón de Aquiles, y luego estirándole los tendones rígidos de la parte inferior de los tobillos.

Cuando te vuelves hacia mí una vez más, corro a coger una toalla del calentador de paños. Sin decir ni una palabra, colocas la toalla bajo el miembro inexistente y acolchas el aire; la memoria muscular de tus brazos desencadena los movimientos familiares y efectivos, y revelan lo que no está allí, al igual que los movimientos de un director de orquesta hacen la música más real.

Una vez seco el pie, la mujer se encaja la prótesis, se baja la pernera y se levanta del sillón. Descuelgo su abrigo y la ayudo a ponérselo. Tú te diriges hacia la caja registradora y la mujer te detiene, te introduce un billete de cien dólares doblado en la palma de la mano.

—Que el Señor te guarde —dice con los ojos bajos, y sale cojeando del salón; la campanilla tintinea dos veces al cerrarse la puerta. Tú te quedas allí quieta, mirando al vacío.

Con la cara de Ben Franklin oscureciéndose en tus dedos aún mojados, te deslizas el billete dentro del sujetador, no en la caja, y te vuelves a recoger el pelo.

Aquella noche, tumbada boca arriba en el suelo de madera, con la cara apoyada en una almohada, me pediste que te rascara la espalda. Me arrodillé a tu lado, te subí la camiseta negra por encima de los hombros, te solté el sujetador... Como lo había hecho cientos de veces, mis manos se movían solas. Cuando los tirantes caen a ambos costados, te coges el sujetador, te lo sacas de debajo y lo tiras hacia un lado. Pesado por el sudor de todo un día de trabajo, cae al suelo con un sonido sordo similar al de una rodillera.

De tu piel emana el vaho de los productos químicos del salón de manicura. Me hurgué en el bolsillo y saqué un cuarto de dólar, y lo metí en el frasco de Vicks VapoRub. El intenso efluvio de eucalipto llenó el aire, y empezaste a relajarte. Empapé la moneda, que quedó recubierta del ungüento oleoso, y te unté generosamente con él todo el espinazo. Cuando la piel te quedó reluciente, te coloqué la moneda en la base del cuello y te la fui pasando por los omóplatos. Te raspé y raspé a conciencia, frotando constantemente, como me habías enseñado, hasta que te

afloraron unas estrías rojizas en la piel blanca, unos verdugones que se volvían violetas en la espalda, como costillas nuevas que expulsaran de tu cuerpo los malos vientos. Y estas magulladuras minuciosas conseguían curarte.

Vuelvo a pensar en Barthes. «Un escritor es alguien que juega con el cuerpo de su madre», dice tras la muerte de su propia madre, «a fin de embellecerlo, de glorificarlo.»

Cómo deseo que esto sea cierto.

Y sin embargo, incluso aquí, al escribirte, el hecho físico de tu cuerpo se resiste a mi manipulación. Incluso en estas frases, pongo mis manos en tu espalda y veo lo oscuras que son estas sobre el inmutable telón de fondo de tu piel blanca. Incluso ahora, veo los pliegues de tu cintura y caderas mientras fricciono tus tensiones, los huesos menudos que jalonan tu columna, una hilera de elipses que ningún silencio traduce. Incluso después de todos estos años, el contraste entre nuestras pieles me sorprende, del mismo modo en que una página en blanco me sorprende cuando mi mano empuña una pluma y empieza a moverse por ese campo espacial tratando de actuar sobre su realidad sin estropearla. Pero al escribir la arruino. Te cambio, te embellezco y te preservo, todo a un tiempo.

Gemiste en la almohada cuando te presioné sobre los hombros; luego fui bajando, trabajando los nudos tercos.

—Qué bien me sienta... Qué bien...

Al cabo de un rato tu respiración se hace más profunda, acompasada, y los brazos se te aflojan, y estás dormida.

El verano que cumplí catorce años conseguí mi primer trabajo en un campo de tabaco de las afueras de Hartford. La mayoría de la gente no sabe que el tabaco puede cultivarse tan al norte, pero si se pone cualquier cosa cerca del agua verdecerá y alcanzará la altura de un pequeño ejército. Sin embargo es extraño el modo en que se hacen realidad algunas cosas. Cultivado por primera vez en Agawam, el tabaco de hoja ancha lo plantaron muy pronto con fines comerciales los colonos blancos que expulsaron de sus tierras a los pobladores nativos. Y quienes los cosechan en la actualidad son en su mayoría inmigrantes sin papeles.

Yo sabía que no me dejarías recorrer en bicicleta los trece kilómetros que había de casa hasta el campo, así que te dije que hacía trabajos de jardinería en una iglesia de las afueras de la ciudad. De acuerdo con el folleto colgado en la entrada de la YMCA local, pagaban nueve dólares la hora, casi dos dólares más que el salario mínimo de entonces. Y dado que era demasiado joven para estar empleado legalmente, me pagaban en negro y en efectivo.

Era el verano de 2003, y Bush ya había declarado la guerra a Irak, alegando la existencia de unas armas de destrucción masiva que jamás llegaron a materializarse; eran días en que «Where Is the Love?», de los Black Eyed Peas, sonaba en todas las emisoras de radio, pero *sobre todo* en PWR 98,6, y podías oír el tema en casi todos los coches de la manzana si dormías con la ventana abierta, con la cadencia subrayada por el sonido de las botellas de cerveza que se abrían en la cancha de baloncesto del otro lado de la calle, donde los adictos al crack lanzaban los envases vacíos a lo alto, solo para ver cómo la luz de las farolas hacía que las cosas rotas parecieran tocadas por la magia, y los cristales desperdigados destellaran como purpurina en la calzada al alba. Era el verano en que Tiger Woods recibiría el premio de Golfista del Año de la PGA por quinta vez consecutiva, y los Marlins derrotarían a los Yankees (no es que a mí me importara, o siquiera lo entendiera), y dos años antes de Facebook y cuatro años antes del primer iPhone; Steve

Jobs aún vivía, y tus pesadillas acababan de empezar a empeorar, y te encontraba a la mesa de la cocina a alguna hora endiablada, desnuda, sudando y contando las propinas para comprar «un búnker secreto» por si, decías, se producía un ataque terrorista en Hartford. Era el año en que el *Pioneer 10* envió la última señal a la NASA antes de perder definitivamente el contacto a más de doce mil millones de kilómetros de la Tierra.

Me levantaba a las seis de la mañana cinco días a la semana, y recorría en bici la hora que tardaba en llegar al campo de tabaco; cruzaba el río Connecticut, y dejaba atrás las zonas residenciales con sus céspedes tan immaculados que era como para suicidarse, y llegaba a las zonas más recónditas. A medida que me iba acercando a la plantación de tabaco, los campos se desplegaban a mi alrededor a ambos costados, con los cables telefónicos que se combaban por el peso de los cuervos, los esporádicos almendros blancos en plena floración, las acequias donde más de una decena de conejos se ahogarán antes del final del verano, llenando el aire caliente de pestilencia. Frondosas ringleras de tabaco, algunas de las cuales me llegaban hasta el hombro, se extendían hasta tan lejos que los árboles de las lindes parecían simples arbustos. En medio de todo ello, alineados uno tras otro, se alzaban tres enormes graneros sin pintar.

Enfilé el camino de tierra en dirección al primero de ellos, y entré a pie empujando la bicicleta por la puerta abierta. Mientras me habituaba a la fresca oscuridad, distinguí una fila de hombres sentados a lo largo de la pared, moviendo las caras oscuras sobre platos de papel con huevos muy poco hechos, y hablando entre ellos en español. Uno de ellos, al verme, me hizo una seña para que me acercara mientras decía algo que no pude entender. Cuando le dije que no hablaba español, pareció sorprenderse. Luego hizo un gesto de comprensión y se le iluminó la cara:

—¡Ah! —Me señaló con un dedo y asintió con la cabeza—. *Chinito. ¡Chinito!*

Siendo como era mi primer día, decidí no corregirle. Le hice el gesto del pulgar para indicar que había acertado.

—¡Sí! —dije sonriendo—. *Chinito.*

Se llamaba Manny, dijo, y me señaló la mesa donde una gran sartén con huevos fritos descansaba sobre el quemador de una pequeña bombona de butano, al lado de un tarro de cristal con café a temperatura ambiente. Me senté entre ellos, y comí en silencio. Había, aparte de mí, veintidós jornaleros, la mayoría de ellos inmigrantes indocumentados de México y Centroamérica, salvo uno, Nico, que era de la República Dominicana. También estaba un tal Rick, un blanco de veintitantos años, de Colchester, que, se decía, estaba en la lista de delincuentes sexuales y la recogida de tabaco era el único empleo estable que podía conseguir. Muchos de ellos eran temporeros, y en la época de las cosechas se trasladaban de campo en campo por todo el país, a medida que maduraban lo suficiente. En este, los hombres dormían en un campamento de cuatro remolques situados más allá de la línea de árboles de la linde, ocultos a la vista desde la carretera.

Las vigas del granero, donde colgaban el tabaco escogido para que se secara, estaban ahora vacías. Para finales de septiembre, y por segunda vez, habría casi dos toneladas de tabaco en cada granero. Entre bocados de huevos poco hechos, examiné la estructura. Para acelerar el secado, se levantaban tabloneros alternos de la pared del granero, a modo de costillar, para crear hendiduras por las que entraba el aire, el aliento caliente del día que ahora me rozaba el cuello y traía el aroma agridulce del tabaco y el hierro de la tierra roja. Los hombres también olían a los campos. Antes de que sus botas hollaran la tierra, sus cuerpos, aun después de la ducha matutina, exudaban

la sal y el olor quemado por el sol del trabajo del día anterior. Un olor que pronto me rezumaría por los poros.

Se acercó un Ford Bronco verde bosque por el camino de entrada. Los hombres se levantaron todos a un tiempo y echaron platos y tazas al cesto de los desperdicios. Se pusieron los guantes, y algunos mojaron trapos y se los pusieron bajo las gorras.

El señor Buford entró en el granero. Era un hombre blanco alto, desgarrado, de unos setenta años, y llevaba una gorra de los Red Sox bien calada sobre unas gafas de aviador, y sonreía abiertamente. Con los brazos en jarras, me recordó a aquel sargento maníaco de *La chaqueta metálica* al que uno de sus soldados rasos le vuela la cabeza por imbécil. Pero Buford estaba alegre, encantador incluso, si bien un poco forzado. Sonrió, con un diente de oro centelleándole entre los labios, y dijo:

—¿Cómo van mis Naciones Unidas esta mañana? ¿*Bueno*?

Me acerqué a él y me presenté. Le di la mano, y la suya era áspera y curtida, lo cual me sorprendió. Me dio unos golpecitos en el hombro y dijo que me las arreglaría bien siempre que siguiera las instrucciones de Manny, el capataz.

Los hombres y yo subimos a la trasera de las tres camionetas y salimos hacia el primer campo, donde las plantas estaban más crecidas, y con las pesadas cabezas a punto de empezar a ladearse. Nos seguían dos tractores, donde se cargarían las hojas. Cuando llegamos ya había un grupo de diez hombres agachados sobre las primeras cinco hileras de tabaco. Era la cuadrilla de corte. Armados de machetes afilados con la primera luz del día, nos precederían un centenar de metros e irían cortando los tallos con barridos rápidos y certeros. A veces, cuando trabajábamos muy rápido, los alcanzábamos, y el sonido de los filos era más y más fuerte, hasta que podíamos oír cómo bombeaban sus pulmones al cortar los tallos, que caían como brillantes chapoteos verdes alrededor de sus espaldas dobladas. Se oía el agua del interior de las hojas cuando el acero abría las membranas, y la tierra se oscurecía con la sangre vegetal.

Yo estaba en el equipo de lanza, el de los jornaleros más bajos. Nuestra tarea consistía en recoger las plantas caídas, las hojas que se marchitaban ya al sol. Nos dividíamos en equipos de tres cosechadores: dos recogedores y un «clavador». Lo único que tenían que hacer los «clavadores» era ponerse al lado del «caballo de lancear», un carro con una lanza desmontable ensamblada en él, y ensartar las hojas en la lanza hasta que el colgador se llenaba. Luego se quitaba el extremo de la lanza, y uno de los recogedores llevaba el colgador lleno a un tractor al ralentí, donde un operario lo descargaba. El «clavador» cogía entonces otro colgador de un contenedor, le encajaba el extremo de la lanza de acero y empezaba a llenar el colgador siguiente.

Cuando el tractor estaba lleno, lo conducían a los graneros, donde decenas de hombres, normalmente los más altos, se iban pasando los colgadores para subirlos hasta las vigas, uno a uno, para su secado. Como alguien podría caerse desde una altura de más de diez metros, los graneros eran el lugar donde se realizaba el trabajo más peligroso. Se contaban historias de otros campos: cómo el sonido sordo de un cuerpo contra el suelo se negaba a abandonar los oídos de los hombres... Alguien tarareaba o hablaba del tiempo o se quejaba de una mujer, o del precio de la gasolina en Modesto, y de pronto se hacía un silencio brusco, mientras las hojas se desperdigaban allí donde había estado la voz.

Aquel primer día rechacé estúpidamente los guantes que me ofrecía Manny. Eran demasiado grandes y me llegaban casi hasta los codos. A las cinco de la tarde tenía las manos tan gruesas y negras de la savia, la tierra, los guijarros y las astillas que parecían el fondo de una cazuela de

arroz quemado. Los cuervos surcaban el aire rizado del campo mientras nosotros apurábamos las horas de la jornada, y sus sombras caían en picado sobre la tierra como cosas que cayeran del mismo cielo. Las liebres entraban y salían de las hileras, y de cuando en cuando un machete caía sobre alguna de ellas y oíamos, por encima del ruido del acero, el grito estridente de una criatura que abandonaba la tierra que pisábamos.

Pero el trabajo, de algún modo, suturó una fractura dentro de mí. Una labor de colaboración y de vínculos inquebrantables; cada planta se cortaba, se recogía, se subía y se llevaba de un contenedor a otro en una armonía tal que ninguno de sus tallos, una vez desgajado de la tierra, volvía nunca a tocar el suelo. En aquella labor de comunicaciones innumeradas aprendí a hablar con los hombres no en mi lengua, allí inútil, sino con sonrisas, gestos de la mano, incluso silencios, vacilaciones. Creaba gente, verbos, abstracciones, ideas con los dedos, con los brazos, con dibujos en la tierra.

Manny, con la frente fruncida, y el bigote casi gris por el sudor seco, asintió con la cabeza cuando ahuequé las manos en torno a una flor para decirle tu nombre: Rosa.

La expresión más común oída en el salón de manicura era «lo siento». Era el estribillo que denotaba lo que era trabajar al servicio de la belleza. Una y otra vez, oía cómo las esteticistas, encorvadas sobre la mano o el pie de una cliente, a veces hasta una niña de siete años, decían: «Lo siento. Lo siento. Lo siento...», sin que hubieran cometido error alguno. He visto a trabajadoras, tú incluida, disculpándose docenas de veces durante una manicura de cuarenta y cinco minutos, con la esperanza de conseguir el último empuje para una meta concreta: la propina; si bien diciendo «lo siento» de todas formas cuando no la conseguían.

En el salón de manicura, «lo siento» es una herramienta que se utiliza para complacer hasta tal punto que la expresión misma se convierte en moneda de cambio. No es un mero «disculpe», sino una insistencia, un recordatorio: «estoy aquí, aquí mismo, a su servicio». Es el rebajarse de uno mismo para que la cliente se sienta bien, superior y caritativa. En el salón de manicura, la definición que uno da por válida de «lo siento» se desvirtúa para convertirse en una expresión enteramente nueva, una expresión cargada y reutilizada a un tiempo como poder y como deformación. Sentirlo compensa, incluso, o sobre todo, cuando no se tiene culpa alguna, merece cada sílaba de desaprobación de uno mismo que a uno le permita la boca. Porque la boca ha de comer.

Pero no es solo en el salón de manicura, mamá. En los campos de tabaco también lo decimos: «*Lo siento*», dice Manny mientras camina dentro del campo visual del señor Buford. «*Lo siento*», susurra Rigo al alargar la mano para devolver el machete a su sitio en la pared donde Buford está sentado anotando números en una tabla de pinzas. «*Lo siento*», le digo yo al patrón después de faltar un día cuando Lan acababa de tener otro brote de esquizofrenia y había metido toda su ropa en el horno, diciendo que tenía que librarse de todas las «pruebas». «*Lo siento*», decimos cuando un día, al llegar la noche, nos vemos ante un campo a medio cosechar, y un tractor con el motor reventado en medio de la quieta oscuridad. «*Lo siento, señor*», decimos todos al pasar por delante de la camioneta en la que Buford está sentado con Hank Williams sonando a todo trapo y la mirada fija en su cosecha agostada, amén de una fotografía de un palmo de Ronald Reagan pegada al salpicadero. Y del mismo modo al día siguiente empezamos la jornada no con un «Buenos días» sino con un «*Lo siento*». Y la frase es como el sonido de una bota hundiéndose, y emergiendo acto seguido, del barro. Un barro resbaladizo que nos moja la lengua al volver a pedir

disculpas a fin de salvaguardar nuestro sustento. Una y otra vez, te escribo lamentando mi lengua.

Pienso en esos hombres que sudaban, que bromeaban y cantaban a mi lado en medio del tabaco interminable. En cómo a George le faltaban solo mil dólares, unos dos meses de trabajo, para comprarle a su madre una casa en las afueras de Guadalajara. En cómo Brandon iba a mandar a su hija Lucinda, de dieciséis años, a estudiar para dentista en la Universidad de Ciudad de México, tal como ella siempre había deseado. Manny volvería al pueblo costero de El Salvador, y acariciaría con los dedos la cicatriz que su madre tenía en la clavícula, donde le habían extirpado un tumor gracias al salario que él ganaba recogiendo tabaco en la tierra de Connecticut. En cómo compraría, con el resto de los ahorros, una embarcación con la que probaría suerte en la pesca de peces aguja. «Lo siento», para estos hombres, era el pasaporte para seguir existiendo.

Una vez concluida la jornada, tenía la camiseta blanca sin mangas tan sucia de tierra y sudor que cuando salía del granero con la bicicleta era como si no llevase nada encima. Con los dedos pegajosos y en carne viva sobre el manillar, pedaleaba en mi Huffy plateada por la calle azotada por el polvo, dejaba atrás las vastas y ahora vacías extensiones donde un día se irguieron las plantas, mientras el sol descendía sobre la línea de árboles. Y las oía a mi espalda, voces tan claras como emisoras de radio: «¡Hasta mañana, Chinito!», «¡Adiós, muchacho!» Y yo sabía qué voces eran las de uno y otro. Sin mirar, sabía que Manny me decía adiós con la mano, como hacía día tras día, con su mano de tres dedos y medio recortada en negro contra la última luz.

Lo que yo quería decirles, cuando me alejaba en la bicicleta, y a la mañana siguiente, y todas las mañanas, es lo que quiero decirte a ti ahora: «Lo siento.» Siento que aún tuviera que pasar mucho tiempo para que volvieran a ver a sus seres queridos, que algunos no logran regresar con vida a través de la frontera del desierto, víctimas de la deshidratación, de que los capturaran o asesinaran los cárteles de la droga o las milicias de ultraderecha del crack en Texas y Arizona. «Lo siento», eso querría decirles. Pero no podía. Porque para entonces mi «lo siento» había cambiado y se había vuelto algo distinto. Se había convertido en parte de mi propio nombre, inarticulable sin fraudulencia.

Y por esa razón, cuando el chico vino a mí una tarde, el chico que cambiaría lo que yo sabía del verano, lo radicalmente que comienza una estación cuando te niegas a seguir sus días, dije «Lo siento». El chico de quien aprendí que hay algo aún más brutal y total que el trabajo: el deseo. Aquel agosto, en los campos, fue él quien entró en mi campo visual. Hacia el final del día, sentía a otro jornalero a mi lado, pero, atrapado en el ritmo de la cosecha, no pude detenerme para fijarme en él. Llevábamos recogiendo unos diez minutos, y su presencia se iba haciendo más intensa en mi visión periférica, hasta que se plantó delante de mí cuando me acerqué a recoger del suelo un tallo marchito. Levanté la vista y lo miré; era mucho más alto que yo, me sacaba una cabeza; su cara de finos huesos estaba manchada de tierra bajo un casco metálico del ejército, ligeramente echado hacia atrás, como si acabara de salir de una de las historias de Lan y se hubiera plantado en mi momento presente, y como sonriendo.

—Trevor —dijo enderezándose—. Me llamo Trevor.

Solo más tarde sabría que era nieto de Buford, y que trabajaba en los campos para mantenerse lejos de su viejo, un tipo que se pasaba el día bebiendo vodka. Y porque soy hijo tuyo, mamá, dije: «Lo siento.» Porque soy hijo tuyo mi petición de disculpas era ya, para entonces, una extensión de mí mismo. Era mi «Hola».

Aquel primer día, después de conocerle en el campo, volví a encontrarme con Trevor en el granero. La luz del crepúsculo había bañado el interior de un fulgor azulado. Fuera, las hachas de los jornaleros tintineaban contra las correas de los cinturones cuando subían por la loma de tierra de vuelta hacia los remolques de la linde del bosque. El aire era fresco, teñido de la clorofila del tabaco recién cortado y ahora colgado de las vigas, en lo alto, algunas de las cuales aún goteaban y dejaban minúsculos remolinos de polvo en el suelo del granero.

No sé por qué me rezagué con la bicicleta, tomándome mi tiempo para comprobar los radios. Trevor estaba sentado en uno de los bancos alineados contra la pared, tragando con ruido un Gatorade amarillo neón.

Había algo en su forma de mirar cuando se hallaba perdido en sus pensamientos; fruncía el ceño con los ojos entrecerrados, y aquello otorgaba a su cara juvenil la expresión dura y afligida de quien ve cómo se va a sacrificar antes de tiempo a su perro preferido. El modo en que su presencia polvorienta y embarrada se yuxtaponía a aquella boca redondeada de labios atrevidos y sellados en un puchero ruboroso y femenino. ¿Quién eres?, pensé para mí, mientras comprobaba los frenos.

Lo que sentí entonces, sin embargo, no fue deseo, sino la carga en tensión de su posibilidad, un sentimiento que generaba, al parecer, su propia gravedad y me mantenía en mi sitio. El modo en que me devolvía la mirada en los campos, cuando nos tocaba trabajar brevemente codo con codo, rozándonos los brazos mientras las plantas se abatían en una bruma verde ante mis pies, y sus ojos seguían mirándome aún unos instantes, y se apartaban al encontrarse con los míos. Alguien me veía, a mí, a quien muy raras veces había visto alguien. A mí, a quien tú habías enseñado a ser invisible para estar a salvo, a quien en primaria habían castigado al rincón de pensar y en quien nadie había reparado hasta horas después, cuando todo el mundo se había ido hacia tiempo y la señora Harding, almorzando en su escritorio, había alzado la mirada por encima de la ensalada de macarrones y exclamado: «¡Dios mío! ¡Dios mío, se me olvidó que estabas ahí! ¿Qué haces todavía ahí?»

Trevor y yo charlamos sobre los campos mientras la luz se iba apagando en el granero: qué más había que hacer, cómo la cosecha era para cigarros exportados a África y Asia oriental, donde fumar seguía teniendo un aura promisoría. Pero lo cierto, dijo Trevor, era que aquel tabaco era de baja calidad, y tenía un sabor amargo en la garganta, acre.

—Esta cosecha ni siquiera es legal —dijo. Su voz reverberó en lo alto de las vigas. Eché un vistazo por encima del hombro, y capté su mirada—. Hay agujeros de gusanos por todas partes. Tuvimos un par de años buenos, puede que tres, y luego... —Se pasó una mano por la nuez, como si fuera una cuchilla—. Se acabó.

Se quedó callado. Sentí su mirada mientras me dirigía hacia la bicicleta. Y quería sentirla, porque quería que su mirada me fijara a un mundo en el que yo solo me sentía integrado a medias.

Cuando engrané la cadena en el plato, oí el silbido del Gatorade en la botella, y luego cómo dejaba la botella en el banco. Al cabo de un momento, Trevor dijo, en voz muy baja:

—Odio a mi puto padre.

Hasta entonces nunca se me había ocurrido pensar que un chico blanco pudiera odiar algo de su vida. Yo quería conocerlo totalmente, a través de aquel mismo odio. Porque eso es lo que le das a cualquiera que te ve, razonaba yo. Tomas su odio frontalmente, y lo cruzas, como un puente, para encararte con él, para penetrarlo.

—Yo también odio a mi padre —les dije a mis manos, ahora quietas y ennegrecidas por la grasa de la cadena.

Cuando me volví, Trevor sonreía hacia el techo. Me vio, saltó del reborde del asiento y vino hacia mí, mientras se echaba sobre los ojos el casco militar y la sonrisa se le apagaba para transformarse en algo diferente. El logotipo negro de Adidas se movía en su camiseta blanca a medida que se iba acercando. Aquel verano yo había cursado primer año, y Trevor había terminado ya el tercero. Aunque casi imposible de apreciar a la luz del sol, en el interior del granero, y de cerca, el fino bigote se le hacía más tupido: una línea rubia oscurecida por el sudor. Y, más arriba, los ojos: unos iris grises salpicados de pizcas castañas y ámbar, de forma que, al mirarlos, casi podías ver, justo detrás de ti, algo que ardía bajo el cielo encapotado. Era como si Trevor siempre estuviera viendo cómo un avión se incendiaba en el cielo. Eso es lo que vi aquel día primero. Y aunque sabía que nada ardía a mi espalda, me di la vuelta y vi el arremolinado aire estival, barbotando calor y alzándose sobre los campos cercenados.

El niño tiene seis años y no lleva más que unos calzoncillos blancos con montones de Supermanes. Ya conoces la historia. Acaba de dejar de llorar y ahora está entrando en ese estado en el que la mandíbula le tiembla para calmarse y cerrarse. Tiene la nariz llena de mocos, sal en los labios y en la lengua. Y está en casa. Su madre, ¿te acuerdas?, lo ha encerrado en el sótano porque ha vuelto a mojar la cama: los cuatro o cinco Supermanes de cerca de la entrepierna están empapados y oscurecidos. Ella lo ha sacado de la cama arrastrándolo del brazo, y luego le ha hecho bajar las escaleras mientras el niño gritaba, suplicándole: «¡No lo haré más, mamá. No lo haré más!» Es el tipo de sótano al que nadie baja; todo a su alrededor es tufo a malsano, a tierra húmeda, a tuberías oxidadas y atascadas por las telarañas, y su propio pis sigue cayéndole por la pierna y mojándole los dedos de los pies. Se pisa un pie con el otro, como si al tocar menos tierra del sótano estuviera menos encerrado en él. Cierra los ojos. Es mi superpoder, piensa: hacer una oscuridad aún más oscura que la que me rodea. Deja de llorar.

El verano estaba a punto de terminarse, y estábamos sentados en el tejado del cobertizo de las herramientas, junto a la linde del campo; pero el calor no había cesado, y las camisas se nos pegaban al cuerpo como pieles sin mudar. El tejado de hojalata, con el calor de todo el día, seguía caliente bajo mis pantalones cortos. El sol, que ya empezaba a ponerse, debía de sentirse con más fuerza en algún punto del oeste, pensé, como Ohio, aún dorado para algún chico que jamás conoceré.

Pensé en ese chico, en lo lejos de mí que estaba sin dejar de ser norteamericano.

El viento era fresco y espeso dentro de las perneras de mis pantalones cortos.

Estábamos hablando, tal como hacíamos después del trabajo los días en que el agotamiento nos impedía irnos a casa de inmediato. Hablábamos de sus armas, del instituto, de que quizá dejara los estudios, de que la fábrica Colt de Windsor posiblemente volvería a contratar gente ahora que habían pasado ya tres meses desde las últimas matanzas y se veían ya como algo del pasado. Hablábamos del último juego de la Xbox, de su viejo, de lo mucho que bebía su viejo, hablábamos de los girasoles, de lo estúpidos que parecían: eran como caricaturas, dijo Trevor,

pero reales. Hablábamos de ti, de tus pesadillas, de cómo se te iba la cabeza, y la cara se le entristecía al oírlo, y los labios se le fruncían con más fuerza.

Se hizo un silencio largo. Luego Trevor sacó el móvil, hizo una foto de los colores del cielo en la lejanía, y se lo volvió a meter en el bolsillo sin mirar el resultado. Nuestros ojos se encontraron. Esbozó una sonrisa de vergüenza, y apartó la mirada y empezó a sacarse una espinilla de la barbilla.

—Cleopatra —dijo al cabo de unos instantes.

—¿Qué?

—Cleopatra vio el mismo atardecer. ¿No es de locos? Que todos los que han vivido alguna vez no hayan visto más que un sol. —Hizo un gesto como de abarcar toda la ciudad, aunque éramos los únicos humanos hasta donde alcanzaba la vista—. No es de extrañar que antiguamente pensarán que el sol era dios en persona.

—¿Quién lo decía?

—La gente. —Se mordió el labio durante un momento—. A veces quiero seguir así para siempre. —Hizo un gesto con la barbilla hacia más allá de los sicómoros—. Así mismo, *yeaaa...*

Estudié el brazo que tenía acoplado a su espalda, los finos y ágiles músculos, tonificados por los campos y nutridos con hamburguesas, que se movían mientras hablaba.

Lancé al aire la última monda del pomelo que estaba pelando en el tejado. ¿Qué pasa con nuestros esqueletos?, tenía ganas de preguntar; cómo librarnos de ellos... Pero me lo pensé mejor.

—Pero qué horrible ser el sol —dije, tendiéndole la mitad rosada del pomelo.

Se la metió entera en la boca.

—¿Y?

—Deja de mascar, animal.

Hizo girar los ojos hacia atrás y bamboleó juguetonamente la cabeza, como si estuviera poseído, y el zumo se le deslizaba por la barbilla y el cuello y le satinaba el hueco de la nuez, no mayor que una huella de pulgar. Tragó, se limpió la boca con el dorso del brazo.

—¿A qué te refieres? —repitió, serio.

—A que si eres el sol nunca te ves. Ni siquiera sabes dónde estás en el cielo.

Me puse un gajo en la lengua, dejé que el ácido me quemara la parte interior de la mejilla donde me había estado mordiendo toda la semana sin razón alguna.

Me miró con aire pensativo, dio vueltas a la idea en la cabeza, con los labios mojados de zumo.

—Lo mismo que no sabes si eres redondo o cuadrado o si eres feo o no —continuó. Quería que sonara a importante, acuciante..., pero no tenía ni idea de si creía en lo que decía—. Lo mismo que solo puedes ver lo que *le haces* a la tierra, los colores y demás, pero no quién eres.

Le dirigí una mirada.

Se tocó un agujero de las zapatillas Vans blancas manchadas de hierba. Raspó la piel con una uña y agrandó el agujero.

Hasta entonces no me había dado cuenta del canto de los grillos. El día se apagaba a nuestro alrededor.

Trevor dijo:

—Yo creo que es horrible ser el sol porque está ardiendo. —Oí lo que me pareció otro grillo, más cerca. Como un golpeteo sordo. Pero Trevor, aún sentado, con las piernas abiertas, se había

sacado el pene, blando y rosado, por un lado del pantalón corto, y se había puesto a mear. El chorro martilleaba el tejado inclinado de metal antes de caer por el borde y dar en el suelo de tierra—. Y yo estoy apagando el fuego —dijo, con los labios fruncidos en una mueca de concentración.

Aparté la vista, pero seguí viéndole, no a Trevor sino al chico de Ohio a quien pronto encontrarían, a la hora que yo acababa de pasar, sano y salvo. Juntos, sin nada que decir, fuimos escupiendo, una tras otra, las pepitas de pomelo que aún teníamos en la boca. Cayeron en el tejado de hojalata como grandes gotas de agua y se fueron azulando a medida que el sol se ocultaba tras los árboles.

Un día, después de las horas extraordinarias en la fábrica de relojes, la madre del chico volvió a casa y se encontró con cientos de soldaditos de plástico desperdigados como desechos por las baldosas de la cocina. El chico, normalmente, lo limpiaba y ordenaba todo antes de que llegara su madre. Pero aquel día estaba ensimismado en la historia que había inventado para sus figuritas de juguete. Los hombres estaban a punto de liberar a un Mickey Mouse de quince centímetros cautivo en una prisión de cintas de VHS.

Cuando la puerta se abrió, el chico se puso de pie de un brinco, pero era demasiado tarde. Antes de que pudiera ver la cara de su madre, el dorso de su mano le alcanzó un lado de la cabeza, y luego lo alcanzó otro golpe, y luego otro. Una lluvia de golpes. Una madre tormenta. La abuela del chico, al oír los gritos, entró apresuradamente y, como por instinto, se puso a cuatro patas sobre el chico, armando con su cuerpo un pequeño y frágil cobijo. En su interior, el chico se hizo un ovillo dentro de la ropa y esperó a que su madre se calmara. A través de los trémulos brazos de su abuela, vio que las cintas se habían derrumbado, y que Mickey Mouse estaba libre.

Unos días después del tejado del cobertizo de las herramientas, y del pomelo, me vi sentado de copiloto en la camioneta de Trevor. Sacó el paquete de Black & Mild del bolsillo de la camiseta y lo dejó con cuidado encima de las rodillas. Luego sacó la cuchilla del otro bolsillo y dio un tajo a lo largo del cigarrillo y tiró por la ventanilla el contenido.

—Abre la guantera —dijo—. Sí. No, debajo de los papeles del seguro. Sí, ahí mismo.

Saqué las dos bolsitas de droga, una medio llena de hierba y la otra con coca, y se las pasé. Abrió la de hierba, ya picada, y fue metiéndola en el cigarrillo vacío hasta llenarlo. Tiró la bolsa por la ventanilla, abrió la otra y cubrió con polvo blanco el montoncito alargado de marihuana.

—¡Como montañas nevadas! —dijo, sonriendo de oreja a oreja.

Con la excitación, dejó que la segunda bolsita se le cayera al suelo entre las piernas. Pasó la lengua por el borde del Black & Mild y lo pegó al otro borde hasta formar un porro compacto, y luego sopló encima de la «costura» pegada, y movió el porro en el aire, entre los dedos, para que se secara la saliva. Se quedó mirándolo, extasiado, y luego se lo puso entre los labios y lo encendió. Seguimos allí sentados, pasándonos el porro hasta que la cabeza perdió peso y se vació de cráneo.

Al cabo de lo que me parecieron horas, acabamos en el granero, tumbados de cualquier manera sobre el suelo polvoriento. Debía de ser tarde, o al menos estar lo bastante oscuro para que el interior del granero se me antojara inmenso, como el casco de un barco varado en la playa.

—No hagas cosas raras —dijo Trevor, incorporándose.

Cogió el casco militar de la Segunda Guerra Mundial del suelo y se lo puso de nuevo; era el mismo que llevaba el día en que le conocí. Sigo viendo ese casco, pero no puede ser verdad.

Aquel chico tan rematadamente norteamericano y vivo representando la imagen de un soldado muerto. Es demasiado nítido; es un símbolo tan claro que debo de habérmelo inventado. E incluso ahora, en todas las fotografías que miro, no lo veo nunca con él puesto. Y sin embargo ahí estaba, ocultándole los ojos, haciéndole parecer anónimo y fácil de observar. Estudié a Trevor como si se tratara de una palabra nueva. Sus labios rojizos le sobresalían bajo la visera del casco. Su nariz, inusualmente pequeña, no era sino un temblor en una línea trazada por un artista cansado. Había suficiente oscuridad para que mis ojos pudieran engullirlo todo entero sin verlo nunca con claridad. Como comer con las luces apagadas: alimenta igual, aunque no puedas saber dónde acaba tu cuerpo.

—No hagas cosas raras.

—No te estaba mirando —dije, apartando la mirada—. Estaba pensando.

—Escucha. La radio funciona de nuevo.

Jugó con el botón de la radio portátil que tenía en el regazo, y la estática se hizo más intensa, y una voz gruesa y apremiante llenó el espacio que nos separaba: «Cuarto intento y gol a falta de veintisiete segundos y los Patriots se alinean para el saque...»

—¡Bien! ¡Hemos vuelto!

Se golpeó la palma con el puño, con los dientes apretados: un destello grisáceo bajo el casco.

Había levantado la mirada, y visualizaba el juego, el campo, sus Patriots azul-grises. Mis ojos se dilataron; lo integré más profundamente, el pálido tramo de la mandíbula, la garganta, las finas cuerdas adolescentes recorriéndola. No tenía puesta la camisa porque era verano. Porque no importaba. Tenía dos dedos de tierra en la clavícula, del trabajo de aquella tarde, horas antes, cuando plantamos el manzano en el patio trasero de Buford.

—¿Estamos cerca? —pregunté, sin saber lo que quería decir.

Las voces atronaron, haciéndose oír a través de la crepitación de las ondas.

—Sí. Creo que lo tenemos. —Se tendió hacia atrás, a mi lado, con la tierra crujiendo bajo su peso—. Bueno, el cuarto intento significa, básicamente, que es nuestra última oportunidad..., ¿me sigues?

—Ajá.

—Entonces, ¿por qué estás mirando el techo?

—Te sigo. —Apoyé la cabeza en la palma de la mano y lo miré de frente; su torso era un débil fulgor en la penumbra—. Estoy contigo, Trev. Cuarto intento.

—No me llames así. Me llamo Trevor. Entero, ¿de acuerdo?

—Perdón.

—Está bien. «Cuarto intento» significa todo o nada.

Sobre nuestras espaldas, con los hombros casi tocándose, se iba formando entre nuestras pieles una fina película de calor mientras el aire se hacía más denso con las voces de los hombres, los vítores corrosivos de la multitud.

—Lo tenemos. Lo tenemos —dijo su voz.

Sus labios se movían, imaginé, como lo harían en los rezos. Parecía que podía ver a través del techo, el cielo sin estrellas; la luna, aquella noche, era un hueso roído en lo alto de los campos. No sé si fue él o fui yo quien se desplazó. Pero el espacio entre ambos se fue haciendo más y más pequeño a medida que proseguía el fragor del partido, y la parte superior del brazo se nos humedeció, y ambos se tocaron de forma tan liviana que ninguno de los dos fue consciente de que

estaba sucediendo. Y quizá fue allí en el granero donde por vez primera vi lo que siempre vería cuando la carne se presiona contra la oscuridad. Cómo las aristas más afiladas de su cuerpo — hombros, codos, barbilla, nariz— traspasaron la negrura, un cuerpo a medias dentro, o fuera, de la superficie de un río.

Los Patriots ascendieron a las alturas con su victorioso *touchdown*. Los grillos redoblaron su canto en la hierba baja que se mecía en torno al granero. Cuando me volví hacia él, sentí sus patitas dentadas a través de las tablas debajo de nosotros y pronuncié su nombre, entero. Lo dije tan bajo que las sílabas no sobrevivieron al paso por mi boca. Me acerqué aún más hacia el calor húmedo y salado de su mejilla. Emitió un sonido casi de placer, o quizá solo lo imaginé. Seguí; le lamí el pecho, las costillas, la llamarada de vello del vientre pálido. Y luego el pesado clac del casco al caer hacia atrás, mientras el gentío bramaba.

En el cuarto de baño de paredes de color verde impreciso, la abuela hace rodar un huevo duro recién hervido por la cara del chico, contra la que hace unos minutos la madre ha lanzado una tetera de cerámica que se ha roto contra la mejilla del chico.

El huevo es cálido como mis entrañas, piensa el chico. Es un viejo remedio. «El huevo cura hasta las peores magulladuras», dice su abuela. Dedicar una atención especial al bulto brillante de color violeta, parecido a una ciruela, de la cara del chico. El huevo, al rodar, ejerce una suave presión sobre el hematoma, y el chico observa bajo el párpado hinchado cómo su abuela frunce los labios mientras centra su atención en lo que está haciendo. Años después, ya adulto, el chico recordará esos labios fruncidos al partir un huevo duro en su escritorio una noche de invierno en Nueva York. Como iba corto de dinero, tenía que cenar huevos duros casi toda la semana. Su tacto no era caliente sino frío en la palma; había hervido una docena esa mañana.

En su escritorio, divagando, se pasaba el huevo húmedo por la mejilla. Sin hablar, decía «Gracias». Y seguía diciéndolo hasta que el huevo se volvía cálido.

—Gracias, abuela —dice el chico, entornando los ojos.

—Ahora ya estás bien, Perro Pequeño. —La abuela levanta el óvalo color de perla y lo pone suavemente en los labios del chico—. Come —dice—. Traga. Ahora tienes las contusiones dentro. Traga y dejará de dolerte.

Así que el chico se come el huevo. Y aún sigue comiéndolo.

Había colores, mamá. Sí, colores que yo sentía cuando estaba con él. No palabras, sino tonalidades, penumbras.

Una vez paramos la camioneta en el arcén de un camino de tierra y nos sentamos pegados a la puerta del conductor, mirando la pradera. Pronto nuestras sombras recortadas contra el exterior rojo se desplazaron y se abrieron como un grafiti púrpura. Dos hamburguesas con doble de queso se calentaban encima del capó, y sus envolturas de pergamino crujían. ¿Te has sentido alguna vez tremendamente turbado cuando un chico te ha encontrado con su boca? ¿Y si el cuerpo, en su plenitud, no es más que un *anhelo* de cuerpo? La sangre corre hacia el corazón solo para ser devuelta a la corriente, a llenar las rutas, los canales antes vacíos, los kilómetros que hemos de cubrir para llegar los unos a los otros. ¿Por qué me sentía más yo mismo mientras tendía la mano hacia él, a medio camino en el aire, que cuando ya lo había tocado?

Su lengua rastreando mi oreja: el verde brotando de una hoja de hierba.

Las hamburguesas empezaban a humear. Y dejamos que lo hicieran.

A partir de entonces trabajaría en los campos de tabaco otros dos veranos más, pero seguiría con Trevor todas las demás estaciones intermedias. Era un 16 de octubre, jueves. Un día parcialmente nublado, con las hojas ya secas pero aún en sus ramas.

Teníamos para cenar huevos salteados sobre dados de tomate y arroz con salsa de pescado. Yo llevaba una camisa escocesa gris y roja de L.L.Bean. Tú estabas en la cocina fregando, tarareando. La televisión estaba encendida; ponían una reposición de *Rugrats*, y Lan aplaudía el episodio de dibujos animados. Una de las bombillas del cuarto de baño emitió un zumbido: el enchufe estaba soportando un exceso de vatios. Tú querías ir a comprar unas nuevas al drugstore, pero decidiste esperar a cobrar en el salón de manicura para así comprar también una caja de Ensure para Lan. Ese día estabas bien. Incluso sonreíste un par de veces a través del humo del cigarrillo. Lo recuerdo. Lo recuerdo porque ¿cómo olvidar algún detalle del día en que por primera vez te viste bello?

Cerré el grifo de la ducha y, en lugar de secarme y vestirme antes de que se disipase el vaho del espejo de la puerta, como normalmente hacía, esperé. Fue un accidente: se me reveló mi belleza. Estaba soñando despierto, pensando en el día anterior, en Trevor y en mí detrás de la Chevy, y me había quedado de pie en la bañera con el grifo cerrado demasiado tiempo. Cuando salí de ella, el chico reflejado en el espejo me dejó pasmado.

¿Quién era? Le toqué la cara, las mejillas de un tono amarillento. Me palpé el cuello, la trenza de músculos que descendían hasta las clavículas, sobresalientes como cerros austeros. Las costillas restregadas, hundidas donde la piel pugnaba por llenar sus irregulares huecos, el pequeño y triste corazón retorciéndose bajo ella como un pez atrapado. Los ojos, que no casaban: uno demasiado abierto, el otro aturdido, ligeramente entornado, receloso de toda luz que pudiera llegarle. De todo eso era de lo que yo me escondía, todo lo que me hacía desear ser un sol, lo único que conocía que carecía de sombra. Y, sin embargo, seguí allí. Dejé que el espejo afirmara esos defectos, porque, por una vez, mientras me secaba, no eran para mí defectos sino algo deseado, buscado y hallado en un paisaje tan enorme como aquel en el que había estado perdido hasta entonces. Porque lo que sucede con la belleza es que solo es bella fuera de sí misma. Visto a través de un espejo, mi cuerpo era el de otro, un chico que estaba a un metro de distancia, de expresión impassible, que arrostraba el que la piel siguiera como estaba, como si el sol, al ponerse, no estuviera ya en algún otro lugar, como si no estuviera en Ohio.

Tenía lo que quería: un chico que nadaba hacia mí. Salvo que yo no era una orilla, mamá. Yo era un madero a la deriva que trataba de recordar aquello con lo que había roto para llegar aquí.

Volviendo a aquella primera noche en que nos tocamos en el granero, la radio retransmitía el descanso del partido de los Patriots, y le oí. El aire era espeso o fino, o no había aire. Puede que hasta nos quedáramos un poco traspuestos. Estaban en los anuncios: crepitaban o zumbaban a través del receptor, pero le oí. Mirábamos fijamente las vigas, y entonces dijo, despreocupadamente, como si nombrara un país en un mapa:

—¿Por qué he nacido?

Sus rasgos estaban sombríos, la luz iba menguando.

Fingí no haberle oído.

Pero él lo repitió:

—¿Por qué he nacido siquiera, Perro Pequeño?

La radio silbaba bajo su voz. Y yo le hablé al aire. Dije:

—Odio el Kentucky Fried Chicken. —Era una respuesta premeditada al anuncio.

—Yo también —dijo él al instante.

Y nos echamos a reír. A carcajadas. Y nos separamos así, partiéndonos de risa.

Trevor y su padre vivían solos en una casa móvil amarilla, detrás de la interestatal. Aquella tarde su viejo estaba fuera, colocando aceras de ladrillo en un parque comercial de Chesterfield. Los marcos blancos de las puertas de la casa móvil estaban llenos de huellas de dedos rosadas: una casa coloreada por el trabajo, una casa coloreada por el agotamiento, por el mal estado. Habían quitado la alfombra («para no tener que limpiarla»), y la madera del piso jamás se había encerado, y podías sentir las cabezas de los clavos a través de los calcetines. Las puertas del armario las habían arrancado «para facilitar las cosas». Debajo del fregadero había un bloque de hormigón que sujetaba las tuberías. En la pared de encima del sofá, pegado con cinta adhesiva, había un póster de Neil Young con una guitarra en la mano, haciendo una mueca y cantando una canción que yo nunca había escuchado.

En su cuarto, Trevor encendió una radio de coche, una Sony, estereofónica, conectada a unos altavoces que había sobre una cómoda, y se puso a mover la cabeza al son de un ritmo hip-hop potenciado por el amplificador. Los compases estaban salpicados de grabaciones de disparos, hombres gritando, un coche arrancando y pisando a fondo el acelerador...

—¿Has oído esto antes? Es ese tipo nuevo, 50 Cent —dijo Trevor, sonriendo—. Genial, ¿no?

Un pájaro cruzó el marco de la ventana y fue como si parpadeara el cuarto.

—No me suena —mentí, no sé muy bien por qué.

Quizá porque quería cederle el poder que aquel pequeño conocimiento le otorgaba sobre mí. Pero sí había oído hablar de él, y muchas veces: aquel año sonaba interminablemente en los coches que pasaban y a través de las ventanas abiertas de los apartamentos de Hartford. El álbum, *Get Rich or Die Tryin'*, se copiaba entero en centenares de CD comprados baratos en paquetes de cuarenta en Walmart o Target, así que toda la zona norte resonaba con una especie de himno con la voz de Curtis Jackson entrando y saliendo de la inteligibilidad mientras ibas por las calles en bici.

«Voy andando por la manzana con los bolsillos llenos», recitaba, con las manos gesticulando enfrente de él y con los dedos abiertos. «Me han dado en lo humilde, meneo la navaja cuando peleo, enséñale a tu culo lo que hace mi pistola.»

Se paseaba por el cuarto rapeando con determinación, con gusto, frunciendo el ceño y rociando el aire con saliva, que caía fresca en mi mejilla.

—Venga, tío. Me encanta este trozo.

Articulaba con cuidado las palabras, mirándome con fijeza como si yo fuera el cámara de un vídeo musical. Yo seguí sus labios hasta que acabamos cantando juntos el estribillo, y yo hacía oscilar los hombros al ritmo de la canción. «Muchos hombres, muchos, muchos, muchos, muchos hombres me desean la muerte. Señor, ya no lloro más, ya no miro al cielo más. Ten piedad de mí.»

En aquel cuarto, entre el póster de *La guerra de las galaxias (El Imperio contraataca)* medio descolgado encima de la cama sin hacer y las latas vacías de cerveza de raíces, la pesa de diez kilos, la mitad de un monopatín roto, la mesa llena de monedas sueltas, paquetitos de chicle, recibos de gasolineras, restos de marihuana, parches de fentanilo y bolsas de diez dólares de hierba vacías, tazas de café con cercos pardos de agua sucia y colillas de porro, un ejemplar de

De ratones y hombres, casquillos de Smith & Wesson..., no se hicieron preguntas. Bajo las mantas, hubo fricciones de uno contra otro y ficciones de todo lo demás. Él se había afeitado la cabeza aquel mismo día en el lavabo, y los pelos sueltos nos picaban por todas partes al movernos, y los dedos se nos perdían en las hebillas de los cinturones. Del codo le colgaba una tirita despegada por el sudor y el calor, y su banda de plástico me raspó las costillas cuando se montó encima de mí, tanteando. Bajo mis dedos, las estrías de encima de sus rodillas, de los hombros y de la base de la columna tenían un brillo nuevo y plata. Era un chico abriéndose al exterior y a sí mismo a un tiempo. Eso es lo que yo quería, no el mero cuerpo, por deseable que fuera, sino su voluntad de acceder al mundo mismo que rechazaba su anhelo. Y aún quería más: su aroma, su atmósfera, el sabor a patatas fritas y a mantequilla de cacahuete de debajo del bálsamo de su lengua, la sal de su cuello —de sus trayectos de dos horas a ninguna parte— y el Burger King de la linde del condado, un día de charla tensa con su viejo, el metal oxidado de la maquinilla de afeitar eléctrica que compartía con su viejo, que yo siempre encontraba en el lavabo dentro de su triste funda de plástico, el tabaco, la hierba, la cocaína en sus dedos, todo ello mezclado con aceite de motor, todo ello sumado al olor residual a humo de madera adherido y embebido en su pelo, como si, al venir a mí, su boca mojada y famélica viniera de un lugar en llamas, un lugar al que jamás podría regresar.

¿Y qué haces con un chico como ese sino convertirte en un umbral, en un lugar por el que él pueda pasar una y otra vez para entrar siempre en la misma pieza? Sí, yo lo quería todo. Llevé mi cara a la suya como si la introdujera en un clima, en la autobiografía de una estación. Hasta que me quedé entumecido.

—Cierra los ojos —dijo, trémulo—. No quiero que me veas así.

Pero yo los mantuve abiertos, sabiendo que en la penumbra todo parecía lo mismo. Como si siguieras dormido. Pero, con el apresuramiento, nuestros dientes chocaron. Por el ruido que hicieron parecía que le había hecho daño, y, de repente avergonzado, se dio la vuelta. Antes de que pudiera preguntarle si estaba bien, él volvió a lo anterior, con los ojos entreabiertos cuando nos enlazamos de nuevo, ahora con suavidad y soltura, y más estrechamente. Luego más abajo, en la resistencia de la pretina elástica, el clic que no llegaba, el roce de la tela en mis tobillos, mi verga y la perla de humedad en la punta como la cosa más fría entre nosotros.

Emergiendo de debajo de las sábanas, su cara brilló a través de la máscara húmeda que habíamos hecho de nuestro rastreo. Él era blanco, nunca lo olvidaba. Él siempre era blanco. Y yo sabía que esa era la razón por la que existía un espacio para los dos: una granja, un campo, un granero, una casa, una hora, dos. Un espacio que jamás había encontrado en la ciudad, donde las casas de pisos en las que vivíamos estaban tan abarrotadas que uno sabía cuándo a un vecino le asaltaba una gastroenteritis en mitad de la madrugada. Escondernos allí, en un cuarto de una casa móvil destartada, era, en cierto modo, un privilegio, una oportunidad. Él era blanco. Yo era amarillo. En la oscuridad, nuestros hechos nos iluminaban y nuestros actos nos definían.

Pero cómo contarte lo de ese chico sin decirte lo de las drogas que pronto lo echaron todo a perder, la oxicodona y la coca, y de qué manera hicieron que el mundo ardiera por los costados... Y luego la Chevy roja herrumbrosa. La que Buford le regaló a su hijo, el viejo de Trevor, cuando cumplió veinticuatro años, y que su viejo apreciaba tanto: la había reparado y renovado con tantos repuestos como para haber montado cuatro camionetas enteras al cabo de los años. Las ventanillas estaban ya rayadas de azul y las cubiertas lisas como la piel humana cuando atravesamos los

maizales a casi cien kilómetros por hora, y Trevor gritaba como un loco, con un parche de fentanilo en el brazo cuyo líquido rezumaba por los bordes y se le deslizaba por el bíceps como savia enferma. Cocaína en las narices, en los pulmones; nos reíamos, en cierta forma. Y luego el viraje, un estallido de amarillo, el choque, el cristal saltando por los aires, el capó destrozado y humeante bajo el roble muerto. A Trevor se le deslizaba por la mejilla un hilillo rojo, que se hacía más ancho en la mandíbula. Luego, su viejo que llamaba desde casa, y su grito de rabia que nos hizo saltar de los asientos.

Mientras el motor humeaba, nos palpamos las costillas por si teníamos algún hueso roto; luego saltamos de la cabina, que apestaba a gasolina, y cruzamos el resto de los maizales de detrás de la casa de Trevor, y pasamos por delante del tractor John Deere sin ruedas, sobre bloques de hormigón, y del gallinero vacío con los herrumbrosos cerrojos cerrados, y de la pequeña valla blanca de plástico invisible bajo la maraña de zarzas, y luego por entre la cizaña y por debajo del paso elevado de la autopista, hacia los pinos. Las hojas secas crujían bajo nuestros pies. El viejo de Trevor corría hacia la camioneta accidentada, el único vehículo que poseían, y ninguno de nosotros dos teníamos agallas para mirar hacia atrás.

¿Cómo voy a hablarte de Trevor sin contarte, otra vez, lo de aquellos pinos? Contarte cómo fue una hora después de lo de la Chevy cuando nos tendimos allí, con el frío del suelo del bosque calándonos las entrañas. Cómo cantamos «This Little Light of Mine» hasta que la sangre de la cara se nos pegó en torno a los labios y se fue endureciendo hasta que nos callamos.

La primera vez que follamos, no follamos en absoluto. Solo me atrevo a contarte lo que viene después porque la posibilidad de que esta carta llegue a ti es más bien escasa; de hecho, la certeza absoluta de que no puedes leerla es lo que hace que pueda contártelo.

En el pasillo de la casa móvil de Trevor había una pintura de un bol con melocotones que atraía mi atención siempre que la veía. El pasillo era tan estrecho que solo podía verla desde unos centímetros de distancia: más efecto que arte. Tenía que ponerme un poco de lado para verla entera. Cada vez que pasaba por delante lo hacía más despacio, y trataba de aprehender mejor lo que veía. Era una estampa de Family Dollar, de fabricación en serie y con vagas evocaciones de impresionismo. Cuando examiné las pinceladas vi que no eran en absoluto pintadas, sino impresas y con cierto falso relieve moteado que sugería una mano sin que hubiera habido ninguna. Las «pinceladas» de relieve no casaban con sus matices. Un fraude. Una engañifa. Y por eso me encantaba. Los materiales nunca insinuaron autenticidad, sino más bien una uniformidad discreta, un deseo de ser considerados arte solo tras un vistazo superficial. Colgaba de la pared, medio oculto en el sombrío pasillo que llevaba al cuarto de Trevor. Nunca pregunté quién lo puso allí. Melocotones. Melocotones rosados.

Bajo las sábanas húmedas, apretó su polla contra el interior de mis piernas. Me escupí en la mano, la eché hacia atrás y agarré con fuerza su mazo ardiente, remedando una masturbación, mientras él empujaba. Miré hacia atrás y capté en sus ojos la excitación traviesa. Aunque se trataba de un intento simulado, un pene en un puño en lugar de un interior personal, por espacio de un instante fue real. Fue real porque no teníamos que mirar, como si folláramos y dejáramos de follar a cierta distancia de nuestros cuerpos, aunque aún dentro de la sensación, como en un recuerdo.

Hicimos lo que habíamos visto en el porno. Le rodeé el cuello con el brazo libre, y mi boca buscó y tomó las partes de él que tenía más cerca, y Trevor hizo lo mismo, mientras me apretaba la nariz contra el hueco del cuello. Su lengua, sus lenguas. Y sus brazos, calientes a todo lo largo

de los tensos músculos, me recordaron la casa del vecino en Franklin Avenue la mañana después de incendiarse. En medio de aquella ruina, yo había levantado un trozo del marco de una ventana, aún caliente, y mis dedos se hundían en la madera blanda, húmeda por el agua de la boca de riego, de la misma forma que hoy se hundían en el bíceps de Trevor. Me pareció oír que salía de él como un silbido de vapor, pero era solo octubre que azotaba fuera, el viento componiendo un lexicón de hojas.

No hablamos.

Me folló la mano hasta que se estremeció, húmedo, como el silenciador de un camión que arranca bajo la lluvia. Hasta que mi palma se volvió resbaladiza y él dijo: «No, oh no...», como si fuera sangre, y no semen, lo que estaba saliendo de él.

Cuando hubimos terminado ambos, nos quedamos allí echados durante un rato, mientras la cara se nos refrescaba al irse secando.

Ahora, siempre que visito un museo, vacilo antes de acercarme demasiado a una pintura por miedo a lo que pudiera encontrar o no encontrar en ella. Al igual que la mancha rosada de los melocotones de la estampa de Trevor, prefiero contemplarla detenidamente, con las manos a la espalda, de lejos, a veces incluso desde el umbral de la sala, donde todo es aún posible porque nada es evidente.

Después, tendido a mi lado con la cara vuelta hacia un lado, lloró diestramente en la oscuridad. Como lo hacen los chicos. La primera vez que follamos, no follamos en absoluto.

El niño está de pie en una cocina amarilla minúscula, en Hartford. Aún es un infante, y ríe creyendo que están bailando. Se acuerda de esto porque ¿quién puede olvidar el primer recuerdo de sus padres? Y solo cuando la sangre manó de la nariz de su madre, tiñéndole la blusa blanca del color del Elmo que había visto en *Barrio Sésamo*, se puso a gritar. Entonces su abuela irrumpió en la cocina, agarró al niño y pasó corriendo por delante de su hija sangrante mientras el hombre le gritaba, salió a la galería y bajó las escaleras traseras, gritando en vietnamita:

—¡Está matando a mi hija! ¡Dios, Dios! ¡La está matando!

La gente corrió hacia allí de todas partes, de sus porches de más allá de la manzana hasta el tercer piso de la casa: Tony, el mecánico del brazo lisiado de la acera de enfrente, el padre de Junior, Miguel y Roger, que vivía encima de la tienda de comestibles. Todos llegaron corriendo y apartaron al padre de la madre.

Llegaron las ambulancias, y el niño, aupado a la cadera de su abuela, vio cómo los agentes se dirigían hacia su padre pistola en mano, y cómo su padre agitaba al aire un billete de veinte dólares manchado de sangre, tal como hacía en Saigón, donde los policías cogían el dinero, le decían a la madre que se calmara y se diera un paseo y se iban como si tal cosa. El niño vio cómo los policías norteamericanos sujetaban a su padre; el billete, en el revuelo, resbalaba y caía a la acera iluminada por las luces de sulfuro. Con la vista fija en el billete-hoja verde castaño tirado en la acera, quizá con la esperanza de verlo alzarse al aire y volver a encaramarse en un árbol de invierno, el niño no vio cómo esposaban a su padre, lo levantaban bruscamente y lo metían en el coche patrulla. No veía más que el billete arrugado, hasta que una niña del barrio con coletas lo recogió del suelo cuando nadie la veía. El niño levantó la vista y vio que se estaban llevando a su madre en la ambulancia: su cara rota pasó junto a él en la camilla, como flotando.

En su patio trasero, un campo de tierra vacío colindante con un paso elevado de la autopista,

vi cómo Trevor apuntaba su Winchester calibre 32 a unas latas de pintura alineadas sobre un viejo banco de parque. Yo entonces no sabía lo que ahora sé: pasar de ser un chico norteamericano a un chico norteamericano con un arma es pasar de un extremo a otro de una jaula.

Se tiró de la visera de la gorra de los Red Sox, y frunció los labios. La luz de un porche reflejaba en el cañón una pequeña estrella blanca de la oscuridad lejana, que subía y bajaba cuando él apuntaba. Eso es lo que hacíamos en noches como aquella, un sábado sin un solo sonido en kilómetros a la redonda. Yo estaba sentado en un cajón de envases de leche tomándome un Dr Pepper y mirando cómo Trevor vaciaba un cartucho tras otro en el metal de las latas. Su camiseta verde de los Whalers estaba muy arrugada donde la culata del rifle retrocedía contra el hombro y le mortificaba a cada disparo.

Las latas saltaban del banco una tras otra. Yo lo miraba todo, y recordaba una historia que el señor Buford nos había contado en el campo de tabaco. Años atrás, cazando en Montana, Buford encontró un alce atrapado en una trampa. Un macho. Lo contaba despacio, frotándose la barba blanca de varios días, describiendo cómo la trampa le había seccionado una pata trasera —con un sonido parecido al de un palo mojado al casarse—, aunque no totalmente, pues seguía unida por un puñado de hebras de ligamentos rosados. El animal gemía, quejándose de su cuerpo, que, sangrante y desgarrado, se había convertido de pronto en una prisión. Bramaba, y su lengua gruesa lanzaba una voz.

—Casi como la de un hombre —dijo Buford—, un hombre como tú y como yo.

Miró a su nieto, y luego al suelo, con el plato de judías salpicado de hormigas.

Dejó el rifle, prosiguió, sacó la escopeta de dos cañones que llevaba enfundada a la espalda y se tranquilizó. Pero el alce macho le vio y cargó contra él, desgajando por completo la pata seccionada. Fue directamente hacia él antes de que él pudiera apuntarle con la escopeta, pero al final viró hacia un claro y se internó entre los árboles, cojeando sobre lo que quedaba de sus cuartos traseros.

Como tú y como yo, dije sin dirigirme a nadie.

—Tuve suerte —dijo Buford—. Con tres patas, maldita sea... Esos bichos pueden matarte.

En el patio trasero, Trevor y yo nos sentábamos en la hierba, y nos pasábamos el porro espolvoreado de oxicodona triturada. El banco, con el respaldo arrancado, eran cuatro patas sin cuerpo.

Una semana después de la primera vez, volvimos a hacerlo. Con su polla ya en mi mano, empezamos. Aumenté la presión alrededor de la parte cubierta. Y la inercia de su piel, tensa y húmeda contra la mía, nos transmitía la sensación de que lo que hacíamos no era meramente follar, sino seguir y seguir haciéndolo. La parte interior de su mejilla, donde la carne era más blanda, sabía a chicle de canela y a piedra mojada. Bajé la mano y palpé la abertura del glande. Cuando froté el globo caliente, se estremeció. De repente me agarró del pelo, y me tiró de la cabeza hacia atrás. Dejé escapar un aullido entrecortado, y se detuvo, y dejó que su mano fluctuara junto a mi cara, titubeante.

—Sigue —dije, y me eché hacia atrás, ofreciéndosela entera—. Agárrala.

No consigo entender lo que sentí. La fuerza y la torsión, el dolor agolpándose hacia un punto de ruptura, una sensación que jamás imaginé que fuera parte del sexo. Algo se apoderó de mí, y le dije que lo hiciera con más fuerza. Y lo hizo. Me alzó hasta casi fuera de la cama por las raíces de los folículos. Con cada tirón, se encendía y apagaba una luz en mi interior. Titilé como una bombilla en una tormenta, buscándome en sus evoluciones. Me soltó el pelo, aunque solo para

pasar el brazo bajo mi cuello. Mis labios se restregaron contra su antebrazo, y pude probar la sal concentrada en su piel. El reconocimiento dio un respingo dentro de él. Y así es como lo haríamos a partir de entonces.

¿Qué dirías de un animal que, al encontrarse con el cazador, se ofreciera para que se lo comiesen? ¿Que es un mártir? ¿Un pusilánime? No, un animal que se arroga la facultad de parar. Sí, el punto en una frase: es lo que nos hace humanos, mamá, lo juro. Nos permite parar para poder seguir adelante.

Porque la sumisión, pronto aprendería, era también una forma de poder. Para acceder al placer, Trevor me necesitaba a mí. Yo tenía una posibilidad de elección, y una destreza; que él se elevara o descendiera dependía de mi voluntad de hacerle un sitio, porque uno no puede elevarse sin tener algo sobre lo cual hacerlo. La sumisión no requiere elevación para lograr el control. Soy yo el que se rebaja. Lo pongo a él en mi boca, ahí en la base, y miro hacia arriba para verle, y mis ojos son un lugar donde él podría florecer. Al cabo de un rato, es quien mama la polla el que se mueve. Y él sigue, cuando yo me muevo, él hace una finta. Y yo alzo los ojos para mirarle como quien mira una cometa, y su cuerpo entero está atado al oscilante mundo de mi cabeza.

Me ama, no me ama, se nos enseña a decir mientras arrancamos los pétalos de una flor. Llegar al amor, entonces, es llegar a él a través de la obliteración. Destripame, queremos decir, y te diré la verdad. Diré sí.

—Sigue —rogué—. Jódeme, jódeme...

Para entonces, la violencia era ya algo normal para mí; era lo que conocía, a la postre, del amor. Jódeme. Era muy grato poder nombrar lo que llevaba sucediéndome toda mi vida. Por fin me estaban jodiendo por elección propia. Tenía algo que decir en cómo me tomaba Trevor. Así que dije:

—Más fuerte. Más fuerte...

Y seguí diciéndolo hasta que le oí jadear, como si emergiera de una pesadilla que los dos sentíamos real.

Después de correrse, cuando trató de sujetarme, con los labios en mi hombro, lo aparté de mí, me puse los bóxers y fui a enjuagarme la boca.

A veces, que te ofrezcan ternura lo sientes como la prueba fehaciente de que te han dejado maltrecho.

Luego, una tarde, inesperadamente, me pidió que le penetrara, de la forma en que lo veníamos haciendo y que ahora llamábamos «falso follar». Se echó de costado. Me escupí la palma de la mano y me acurruqué contra él. De pie, yo le llegaba hasta el cuello, pero tumbados, en la postura de la cuchara, nuestras cabezas coincidieron. Le besé los hombros, busqué su cuello, donde acababa el pelo; lo llevaba como suelen llevarlo algunos chicos, recortado en pico y terminado en una coleta de un par de centímetros en la nuca. Era la parte que brillaba como puntas de trigo bañadas por el sol, mientras que el resto de la cabeza, con pelo más denso, era de color castaño oscuro. Le metí la lengua debajo. ¿Cómo un chico de contextura tan tosca podía poseer algo tan delicado, compuesto enteramente de picos y puntas? Entre mis labios, un capullo brotado de su interior. Esta es la parte buena de Trevor, pensé. No la del que mata ardillas con el rifle. No la del que usa el hacha para reducir a astillas lo que queda del banco de parque tiroteado. No la del que, en un acceso de furia cuya causa no consigo recordar, me tiró de un empujón contra una pila de

nieve cuando volvíamos de la tienda de la esquina. Esta parte, la de esa mecha de pelo, era la que le hacía parar la camioneta en medio del tráfico para quedarse mirando con la boca laxa un girasol de casi dos metros que había a un lado de la carretera. La parte de quien me dijo que los girasoles eran sus flores preferidas porque podían hacerse más altos que la gente. La parte que acariciaba el tallo con tanta delicadeza que me hacía pensar que lo que latía en su interior era sangre roja.

Pero todo terminó antes de empezar. Antes de que la punta de mi polla se frotara contra su palma lubricada, Trevor se puso tenso, y su espalda se volvió un muro. Me echó hacia atrás, y se incorporó.

—Joder...

Se quedó con la mirada fija en el otro extremo del cuarto.

—No puedo. Me... O sea... —Le hablaba a la pared—. No sé, no quiero sentirme como una chica. Como una zorra. No puedo, tío. Lo siento, no es por mí... —Calló. Se limpió la nariz—. Es por ti. ¿Vale?

Me subí las mantas hasta la barbilla.

Yo pensaba que el sexo era internarse en un nuevo territorio, pese al miedo; que, mientras el mundo no nos viera, sus reglas no regían para nosotros. Pero me equivocaba.

Las reglas ya estaban dentro de nosotros.

Pronto entró en escena la Super Nintendo. Los hombros de Trevor se sacudían mientras manipulaba el mando.

—Eh. Oye, Perro Pequeño —dijo al rato. Luego, suavemente, aún absorto en el juego—. Lo siento. ¿Vale?

En la pantalla, un diminuto Mario rojo saltaba de plataforma en plataforma. Si Mario caía, tendría que empezar de nuevo el nivel, desde el principio. A esto se le llamaba también morir.

Una noche, el chico se escapó de casa. Se fue sin ningún plan. En la mochila llevaba una bolsa de Cheerios sin la caja, unos calcetines y dos libros de bolsillo de la colección *Pesadillas*. Aunque aún no era capaz de leer libros solo con texto sabía hasta dónde podía llevarle una historia, y tener esos dos libros implicaba la existencia de al menos dos mundos a los que al cabo podría tener acceso. Pero, como tenía diez años, no llegó más que al terreno de juegos de detrás de su escuela primaria, a unos escasos veinte minutos de su casa.

Después de pasar un rato sentado en los columpios, en penumbra y con el chirriar de las cadenas como único sonido, se subió a uno de los arcos cercanos. Las ramas frondosas se alborotaban a su alrededor a medida que trepaba. A mitad del ascenso, se detuvo y prestó atención al barrio, a una canción que salía de la ventana de un apartamento de enfrente del terreno, al tráfico de la autopista cercana, a una mujer llamando a un perro o a un niño.

Entonces el chico oyó pisadas en las hojas secas. Se encogió y se abrazó al tronco. Inmóvil, miró hacia abajo, cauteloso, a través del ramaje, polvoriento y gris por el humo y la niebla urbanos. Era su abuela. Se había quedado quieta, y miraba hacia arriba con un ojo, buscando. Estaba demasiado oscuro para poder verle. Parecía tan pequeña, una muñeca fuera de lugar, parpadeando, meciéndose.

—Perro Pequeño —dijo en un susurro-grito—. ¿Estás ahí arriba, Perro Pequeño? —Estiró el cuello, y luego miró hacia la autopista a lo lejos—. Tu madre. No normal, cierto. Ella dolor. Ella

duele. Pero te quiere, nos necesita. —Se agitó en el sitio. Las hojas crujieron—. Te quiere, Perro Pequeño. Pero ella enferma. Enferma como yo. Del cerebro.

Se examinó la mano, como para comprobar que la seguía teniendo. Y luego la dejó caer.

El chico, al oírla, apretó los labios contra la corteza fría, para no llorar.

Ella dolor, pensó el chico, meditando sobre las palabras de su abuela. ¿Cómo alguien puede ser un sentimiento?, pensó. Y no dijo nada.

—No tengas miedo, Perro Pequeño. Eres más listo que yo. —Algo se arrugó. Llevaba en brazos, como a un bebé, una bolsa de Doritos Cool Ranch. En la otra mano llevaba una botella de agua Poland Spring llena de té de jazmín caliente. Siguió mascullando cosas para sí misma—. No tienes que tener miedo. No necesidad.

Luego calló y enfiló los ojos hacia él.

Se miraron por entre las hojas trémulas. Ella pestañeó una vez. Las ramas entrechocaron una y otra vez. Luego cesó el golpeteo.

¿Te acuerdas del día más feliz de tu vida? ¿Y qué dirías del más triste? ¿Te preguntas alguna vez si la tristeza y la felicidad pueden combinarse, a fin de componer un hondo sentimiento purpúreo que no sea bueno ni malo sino insólito, sencillamente porque no tendrías que vivir en un lado o en el otro?

Main Street estaba vacía la noche en que Trevor y yo llegamos en bicicleta carretera abajo; a medida que pedaleábamos con más fuerza las ruedas iban devorando los anchos carriles amarillos. Eran las siete de la tarde, lo que indicaba que faltaban solo cinco horas para el Día de Acción de Gracias. Nuestro aliento humeaba por encima de nosotros. A cada inspiración, los punzantes fuegos de leña ponían una vívida nota en mis pulmones. El viejo de Trevor había vuelto a la casa móvil, y estaba sentado viendo un partido de fútbol en la televisión, comiendo comida precocinada y tomando bourbon y Coca-Cola light.

Al pasar, mi reflejo se alabeaba en el cristal de los escaparates de las tiendas. Los semáforos parpadeaban en ámbar y el único sonido era el de los radios de las ruedas. Vagamos de un lado para otro, y por un instante inútil fue como si aquella franja de asfalto llamada Main Street fuera todo lo que habíamos poseído alguna vez, como si fuera lo único que nos mantenía tal cual éramos. Cayó la niebla, y difractó la luz de las farolas en enormes orbes Van Gogh. Trevor, delante de mí, se puso de pie en la bicicleta, extendió los brazos a ambos lados y gritó:

—¡Estoy volando! ¡Mira, estoy volando! —Su voz resonó al tiempo que emulaba la escena de *Titanic* en la que la chica está de pie en la proa del barco—: ¡Estoy volando, Jack!

Al poco Trevor dejó de pedalear y, con los brazos a ambos lados, dejó que la bici fuera más y más despacio hasta pararse.

—Me muero de hambre.

—Yo también —dije.

—Hay una gasolinera más allá. —Señaló una estación de servicio de Shell que había a cierta distancia. Rodeada de la vasta oscuridad de la noche, parecía una nave espacial caída sobre una acera de la calle.

Dentro, miramos cómo nuestros dos sándwiches congelados de huevo y queso giraban juntos en el microondas. La anciana señora blanca del mostrador nos preguntó adónde nos dirigíamos.

—A casa —dijo Trevor—. Mi madre está en un atasco de tráfico y queremos comer algo antes de que llegue para la cena.

Los ojos de la mujer se fijaron en mí cuando le entregaba el cambio. La madre de Trevor se había ido a Oklahoma con su novio hacía casi cinco años.

En el porche de la consulta de un dentista, en la acera de enfrente de un Friendly's con las persianas echadas, abrimos el envoltorio de los sándwiches. El papel de celofán caliente nos crujía en las manos. Masticamos, con la mirada fija en las cristaleras del restaurante, donde un cartel de helados con fruta anunciaba un «Barco Colosal de Menta el Duende» de un verde horrible del marzo anterior. Me acerqué el sándwich a la cara, y el vaho me nubló la vista.

—¿Crees que seguiremos vivos cuando tengamos cien años? —dije sin pensar.

Tiró el envoltorio, que el viento se llevó y lo hizo volver hasta lo alto de un arbusto que había a su lado. Lamenté al instante haber preguntado aquello. Sin dejar de tragar, dijo:

—La gente no vive cien años.

Rasgó el borde de una bolsita de ketchup y exprimió una fina línea roja sobre mi sándwich.

—Es verdad —dije, y asentí con la cabeza.

Entonces oí la risa. Venía de una casa de la calle a nuestra espalda.

Voces claras de niños, dos, quizá tres, y después la de un hombre: ¿el padre? Jugaban en el patio trasero. No a un juego exactamente, sino a una suerte de encarnación de una vaga euforia, del tipo que solo experimentan los niños muy pequeños, en la que les llena de gozo corretear por un campo vacío que aún no reconocen como un patio diminuto en una zona urbana de mala muerte. A juzgar por sus gritos estridentes, no debían de tener más de seis años, edad en la que una criatura es capaz de alcanzar el éxtasis con solo moverse. Eran cascabeles cantarines que zarandeaba el aire mismo.

—Ya basta. Basta por esta noche —dijo el hombre, y las voces cesaron de inmediato. Se oyó el ruido de una puerta de malla cerrándose de golpe. El silencio volvió. Trevor estaba a mi lado, con la cabeza entre las manos.

Pedaleamos hasta casa, con las farolas iluminándonos aquí y allá, por encima de nuestras cabezas. Aquel día era un día neutro: ni bueno ni malo, sino algo que habíamos tenido que pasar, sin más. Yo pedaleaba más rápido, y me distancié, brevemente sin amarras. Trevor, a mi lado, cantaba la canción de 50 Cent.

Su voz sonaba extrañamente joven, como si llegara de un tiempo anterior a que nos conociéramos. Como si pudiera volverme y encontrarme un chico con chaqueta vaquera lavada y planchada por su madre, con el detergente subiéndole por la cara y metiéndosele en el pelo aún rubio, por encima de unas mejillas rechonchas de infante, haciendo repiquetear las ruedas sobre el asfalto.

Me uní a la canción.

«Muchos hombres, muchos, muchos, muchos, muchos hombres.»

Cantamos, casi gritando la letra, mientras el viento nos recortaba las voces. Dicen que una canción puede ser un puente, mamá. Pero yo digo que es también el suelo que pisamos. Y puede que cantemos para tenernos en pie y no caer. Puede que cantemos para seguir siendo nosotros mismos.

«Me desean la muerte. Señor, ya no lloro más, no miro más al cielo. Ten piedad de mí.»

En las salas de luz azul por las que pasábamos, el partido de fútbol se acercaba al final.

«Tengo sangre en el ojo, compañero, y no veo.»

En las salas azules, unos ganaban y otros perdían.

Y así pasó el otoño.

En una vida de un solo uso, no hay segundas oportunidades. Es mentira, pero lo vivimos así. Vivimos, en cualquier caso. Es mentira, pero el chico abre los ojos. El cuarto es una mancha azulgris. Llega una música a través de las paredes. Chopin, lo único que ella escucha. El chico se baja de la cama y las esquinas del cuarto se inclinan sobre un eje, como un barco. Pero él sabe que esto también es un autoengaño. En el pasillo, donde la lámpara caída deja ver un montón de añicos negros de vinilo de 45, la busca. En su cuarto, las sábanas están apartadas, el edredón de encaje rosa está hecho un lío en el suelo. La lámpara de noche, solo a medias dentro del enchufe, parpadea y parpadea. El piano deja escapar unas notas, como lluvia que se sueña a sí misma. Va hasta la sala. En el tocadiscos, al lado del sofá de dos asientos, brinca un disco que sigue girando a pesar de haber llegado al final hace ya tiempo; la estática se intensifica cuando él se acerca. Pero Chopin continúa en alguna parte fuera de la vista. Él sigue la melodía, con la cabeza ladeada hacia la fuente. Y allí, encima de la mesa de la cocina, junto al recipiente de leche, en el borde, mientras el líquido cae en cascadas blancas, como un mantel en una pesadilla, un ojo rojo parpadea. El estéreo que compró en Goodwill, el que le cabe en el bolsillo del delantal cuando trabaja, el que desliza debajo de la almohada durante los aguaceros, mientras los *Nocturnos* suenan cada vez con más fuerza tras cada trueno. El aparato está en medio del charco de leche, como si la música se hubiera compuesto solo para ella. En el cuerpo de un solo uso del chico, todo es posible. Tapa el ojo con un dedo, para cerciorarse de que él sigue siendo real, y levanta la radio. Con la música manando leche en la mano, abre la puerta principal. Es verano. Los perros callejeros de más allá de la vía férrea ladran, lo cual indica que algo, un conejo o una zarigüeya, acaba de dejar la vida para entrar en el mundo. Las notas de piano penetran en el pecho del chico mientras se dirige al patio trasero. Algo en su interior sabe que ella está allí. Que está esperando. Porque eso es lo que hacen las madres. Esperan. Se mantienen firmes hasta que sus hijos pertenecen a otras personas.

En efecto, allí está, de pie al fondo del pequeño patio con cerca de alambrada, junto a un balón de baloncesto desinflado, de espaldas a él. Sus espaldas son más estrechas de lo que él recuerda, cuando lo acostó horas atrás, con los ojos vidriosos y rosas. El camisón, que de hecho es una camiseta que le queda enorme, tiene un desgarrón en la espalda, por donde se le ve un omóplato. A la izquierda de su cabeza sobresale un cigarrillo. Camina hasta ella. Camina hasta su madre con música en los brazos, temblando. Su madre está encorvada, deformada, diminuta, como aplastada por el aire.

—Te odio —dice.

La estudia: quiere ver qué lengua puede emplear, pero ella ni se inmuta. Solo gira a medias la cabeza. El cigarrillo, con el ascua semiesférica, sube hasta sus labios y luego aletea junto a su barbilla.

—Ya no quiero que seas mi mamá.

Su voz suena extrañamente más profunda, más llena.

—¿Has oído? Eres un monstruo...

Y con esto la cabeza le desaparece de los hombros.

No, se ha agachado para examinar algo que hay entre sus pies. El cigarrillo está en el aire. El chico alarga la mano para cogerlo. La quemazón que espera no llega. En lugar de ello, su mano rastrea. Abre la palma, y descubre el cuerpo seccionado de la luciérnaga y la sangre verde que se

oscurece sobre su piel. Alza la vista: está solo él; la radio descansa junto al balón aplastado en mitad del verano. Los perros ya no ladran. Y están saciados.

—Mamá —le dice a nadie, con los ojos llorosos—. No quería decir eso. ¡Mamá! —grita, dando unos pasos vacilantes. Deja caer la radio, que da de cara en la tierra, y se vuelve hacia la casa—. ¡Mamá!

Entra corriendo en la casa, con la mano aún mojada y la vida de un solo uso, a buscarla.

Entonces te conté la verdad.

Era un domingo grisáceo. El cielo llevaba toda la mañana amenazando tormenta. El tipo de día, había esperado, en que el vínculo entre dos personas podría decidirse fácilmente; en aquel tiempo tan desapacible nos veríamos, tú y yo, con alivio, con un semblante familiar más luminoso que el que recordábamos con el telón de fondo de una luz sombría.

En el luminoso interior del Dunkin' Donuts, con sendas tazas de café ante nosotros, tú mirabas fijamente por la ventana. La lluvia golpeaba el asfalto y los coches volvían del servicio religioso en Main Street.

—Parece que hoy la gente prefiere esos todoterrenos ligeros. —Observabas la caravana de coches que hacía cola ante la ventanilla—. Todo el mundo quiere ir sentado cada vez más alto.

Tus dedos tamborileaban sobre la mesa.

—¿Quieres azúcar, mamá? —pregunté—. ¿Te apetece leche, o quizá un donut. Ay, no... A ti te gustan los cruasanes...

—Di lo que tengas que decir, Perro Pequeño.

Tu tono era tenue, apagado. El vaho de la taza daba a tu cara una expresión cambiante.

—No me gustan las chicas.

No quería utilizar la palabra vietnamita: *pê-dê*, del francés *pédé*, que es una forma abreviada de pederasta. Antes de la ocupación francesa, nuestro idioma carecía de palabra para designar a los homosexuales, porque se les consideraba, como a todos los mortales, encarnaciones de una sola fuente, y no quería presentar esta parte de mí con el sustantivo empleado para los delincuentes sexuales.

Parpadeaste varias veces.

—No te gustan las chicas —repetiste, asintiendo con la cabeza, absorta. Pude sentir cómo las palabras discurrían por tu interior, apuntalándote contra el asiento—. ¿Qué te gusta, entonces? Tienes diecisiete años. No te gusta nada. No sabes nada —dijiste, arañando la mesa.

—Los chicos —dije, controlando la voz.

Pero la palabra sonó sin vida en mi boca. La silla crujió cuando te echaste hacia delante.

—¡Chocolate! ¡Quiero chocolate!

Un grupo de niños con camisetas verde azuladas muy grandes, que por las bolsas de papel que llevaban, llenas de manzanas, acababan de volver de una excursión para recogerlas, entraron en el local y lo llenaron de gritos alborozados.

—Puedo irme, mamá —le ofrecí—. Si no me quieres, puedo marcharme. No voy a ser un problema, y nadie tiene que saberlo... Mamá, di algo. —Mi reflejo en la taza se agitó bajo una tenue marea negra—. Por favor...

—Dime —dijiste, desde detrás de la palma sobre la que apoyabas la barbilla—. ¿Ahora vas a llevar vestidos, entonces?

—Mamá...

—Te matarán. —Sacudiste la cabeza—. Lo sabes.

—¿Quién va a matarme?

—Matan a la gente que se pone vestidos. Lo dicen en el periódico. No conoces a la gente. No la conoces.

—No lo voy a hacer, mamá. Te lo prometo. Mira, nunca me he puesto un vestido, ¿no? ¿Por qué voy a ponérmelo ahora?

Te quedaste mirando los dos huecos de mi cara.

—No tienes que irte a ninguna parte. Solo estamos tú y yo, Perro Pequeño. No tengo a nadie más.

Tenías los ojos rojos.

Los niños, al fondo del local, cantaban «Old MacDonald Had a Farm». Sus voces, su fácil regocijo, eran penetrantes.

—Dime. —Te erguiste en el asiento, con una expresión de preocupación en el semblante—. ¿Cuándo empezó todo esto? Yo di a luz a un chico sano y normal. Lo sé. ¿Cuándo?

Tenía seis años, y estaba en primer año de primaria. El colegio al que iba era una iglesia luterana remodelada. Como las reformas de la cocina no terminaban nunca, el almuerzo se servía en el gimnasio. Pisábamos las líneas arqueadas en la cancha de baloncesto, sentados en mesas de comedor provisionales: pupitres de aula agrupados en racimos. Día tras día, los profesores entraban con enormes cajones con ruedas llenos de comida congelada, y eran plato único: una masa roja y marrón en un recipiente cuadrado y blanco envuelto en celofán. Los cuatro microondas ante los que hacíamos cola zumbaban durante todo el tiempo que duraba la comida: calentaban un recipiente tras otro hasta que sonaba el ping y se abrían y podíamos recoger el envoltorio humeante con manos expectantes.

Me senté con mi recipiente de gachas al lado de un chico con un pelo amarillo y pelo negro peinado hacia un lado. Se llamaba Gramoz y su familia, según supe después, llegó a Hartford desde Albania tras la caída de la Unión Soviética. Pero nada de eso importaba aquel día. Lo que importaba era que él no tenía el recipiente cuadrado y blanco con las gachas, sino una impecable bolsa de color turquesa con una tira de velcro, de la que sacó una bandeja de bagels hechos de pizza, grandes como pedruscos de joyas.

—¿Quieres uno? —dijo como de pasada, mordiendo el suyo.

Yo era demasiado tímido para tocarlos. Gramoz, al verlo, me cogió la mano, le dio la vuelta y me puso uno en la palma. Pesaba más de lo que me imaginaba. Y, de alguna forma, seguía estando caliente. Luego, en el recreo, empecé a seguir a Gramoz a todas partes. Dos peldaños detrás en las barras, pegado a sus talones en la escalera para el tobogán serpeante, tras el centelleo de sus zapatillas Keds en cada paso.

¿Cómo retribuir al chico que me dio el primer bagel de pizza sino convirtiéndome en su sombra?

El problema era que mi inglés, entonces, aún era inexistente. No podía hablarle. Y aunque hubiera podido, ¿qué iba a decirle? ¿Adónde le seguía? ¿Con qué objeto? Quizá no buscaba un destino, sino una mera continuación. Mantenerme cerca de Gramoz significaba seguir dentro de la circunferencia de su acto de delicadeza, retroceder en el tiempo y volver a aquella hora del almuerzo, a aquella pizza pesada en mi palma.

Un día, en el tobogán, Gramoz se volvió, con las mejillas inflamadas y enrojecidas y gritó:

—¡Deja de seguirme, bicho raro! ¿Qué diablos te pasa?

No fueron las palabras, sino sus ojos, que biqueaban como tratando de enfocar, lo que me hizo entender.

Como una sombra desgajada de su fuente, me detuve en lo alto del tobogán, y contemplé cómo su pelo reluciente y peinado hacia un lado se hacía cada vez más y más pequeño al deslizarse por la pendiente cubierta y desaparecer sin dejar rastro en medio de las risas de nuestros compañeros.

Cuando pensé que todo había pasado, que ya había dicho lo que tenía que decir, tú apartaste el café hacia un lado y dijiste:

—Ahora soy yo la que tengo algo que decirte.

Apreté las mandíbulas. Se suponía que aquello no era un intercambio entre iguales, un mercadeo. Asentí mientras hablabas, fingiendo una disposición favorable.

—Tienes un hermano mayor. —Te quitaste el pelo de los ojos, sin pestañear—. Pero está muerto.

Los niños seguían en el local, pero yo ya no oía sus voces pequeñas y fugaces.

Caí en la cuenta de que estábamos intercambiando verdades, lo que equivale a decir que nos estábamos hiriendo.

—Mírame. Tienes que saber esto.

Hiciste una mueca. Tus labios eran una línea violeta.

Seguiste hablando. Una vez tuviste un hijo creciendo dentro de ti, un hijo a quien habías puesto un nombre, un nombre que no ibas a repetir nunca. El hijo que llevabas dentro empezó a moverse, sus miembros recorrían la circunferencia de tu vientre. Y tú cantabas y le hablabas, como hiciste conmigo, y le contabas secretos que ni siquiera tu marido sabía. Tenías diecisiete años y estabas en Vietnam, la misma edad que tengo yo aquí sentado frente a ti.

Ahuecas las manos y las pones como si fuesen prismáticos, como si el pasado fuera algo a lo que hubiera que dar caza. La mesa se humedece entre tus manos. La secas con una servilleta, y sigues contándome lo de aquel 1986, año en que hizo su aparición tu hijo, mi hermano. Cómo, a los cuatro meses de embarazo, cuando la cara del niño es ya una cara, tu marido, mi padre, presionado por su familia, te obligó a que abortaras.

—No teníamos nada que comer —seguiste hablando, con la barbilla aún entre las manos. Un hombre que se dirige a los servicios pide que le dejes pasar. Sin levantar la mirada, te echas a un lado—. La gente ponía serrín en el arroz para que abultara más. Tenías suerte si podías comer ratas.

Hablabas con sumo cuidado, como si la historia fuera una llama expuesta al viento que resguardaras entre las manos. Los niños se habían ido ya; solo quedaba la pareja de ancianos, dos tobillos blancos detrás de unos periódicos.

—A diferencia de tu hermano —dices—, no naciste hasta que supimos que vivirías.

Semanas después de que Gramoz me invitara a un bagel de pizza, me compraste mi primera bicicleta: una Schwinn rosa con rueditas de apoyo y gallardetes blancos en el manillar, que tableteaban al aire como pequeños pompones, incluso cuando, como hacía a menudo, no iba a más velocidad que los peatones. El color rosa se debía a que era la bicicleta más barata de la tienda.

Aquella tarde, estaba montando en ella en el aparcamiento de la casa de pisos donde

vivíamos, y de pronto la bici se paró en seco. Miré para ver qué pasaba y vi que unas manos sujetaban con fuerza el manillar. Eran las de un chico de unos diez años, de cara obesa y húmeda encajada en lo alto de un torso imponente y carnoso. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba sucediendo, la bicicleta retrocedió bruscamente y aterricé de culo en el suelo. Tú habías subido al piso a ver cómo estaba Lan. De detrás de este chico surgió otro más pequeño con cara de comadreja, gritando y rociando de saliva el aire arcoíris y la luz del sol, ya oblicua.

El chico grande sacó un llavero y se puso a rayar la pintura de mi bicicleta. Se desprendía tan fácilmente, en una lluvia de virutas rosas... Seguí sentado en el suelo, mirando cómo se llenaba de ellas el asfalto a medida que el chico iba rayando el esqueleto de la bicicleta. Sentía ganas de gritar, pero aún no sabía cómo hacerlo en inglés. Así que no hice nada.

Fue el día en que aprendí lo peligroso que podía ser un color. Cómo a un chico podrían quitarle de la cabeza ese color y hacerle entender su transgresión. Aunque el color no sea sino algo que la luz revela, ese «no sea sino...» tiene sus leyes, y un chico en una bicicleta rosa debe aprender, por encima de todo, la ley de la gravedad.

Aquella noche, en la cocina, bajo la bombilla desnuda, me arrodillé a tu lado y miré cómo pintabas con largas pinceladas de arriba abajo, con precisión de experta, las cicatrices cobalto de las barras de la bicicleta, con el frasco de esmalte de uñas rosa asentado con firmeza en la palma.

—En el hospital me dieron un frasco de pastillas. Las tomé durante un mes. Para asegurarme. Pasado un mes, se suponía que tenía que perderlo..., a él, quiero decir.

Quería irme, decirte «basta». Pero aprendí que el precio de confesar algo es que te responden.

Cuando llevabas un mes tomando las pastillas, y él ya debería haberse ido, sentiste una punzada dentro de ti. Te llevaron inmediatamente al hospital, esta vez a Urgencias.

—Sentí que me daba patadas al ir atravesando las salas grises, las paredes tenían la pintura desconchada. El hospital seguía oliendo al humo y la gasolina de la guerra.

Después de inyectarle novocaína entre los muslos, las enfermeras entraron con un largo instrumento metálico y... «me rasparon el bebé hasta sacármelo, como se quitan las semillas a una papaya».

Era aquella imagen, su trivialidad práctica, la limpieza de una fruta que te había visto preparar miles de veces, con la cuchara deslizándose por la carne anaranjada del centro y las bolitas negras saltando para caer en el fregadero de acero, lo que lo hacía insoportable. Me cubrí la cabeza con la capucha de la sudadera blanca.

—Lo vi, Perro Pequeño. Vi a mi hijo, solo un vistazo. Un borrón parduzco camino de la basura.

Alargué la mano por encima de la mesa y te toqué un brazo.

Y justo entonces sonó una canción de Justin Timberlake por los altavoces, y sus endebles falsetes se entretejieron con los pedidos de café y el sonido sordo de los posos al caer en los cubos de basura de goma. Me miraste y luego tu mirada pasó de largo.

Cuando tus ojos volvieron, dijiste:

—Fue en Saigón donde escuché a Chopin por primera vez. ¿Lo sabías? —Tu idioma vietnamita se hizo de pronto más liviano, titubeante—. Debía de tener seis o siete años. El hombre de la acera de enfrente era un concertista de piano educado en París. Ponía el Steinway en el patio y tocaba al anochecer con la verja abierta. Y su perro, negro y pequeñito, como así de alto, se

levantaba y se ponía a bailar. Golpeaba el polvo del suelo con las patitas, en círculo, pero el hombre nunca lo miraba; siempre tenía los ojos cerrados mientras tocaba. Esa era su fuerza. Le tenía sin cuidado el milagro que estaba obrando con las manos. Yo me sentaba en la calzada y miraba lo que me parecía magia: una música que convertía a un animal en una persona. Miraba a aquel perro, con las costillas marcadas, bailando al son de una música francesa, y pensaba que todo era posible. Cualquier cosa. —Juntaste las manos sobre la mesa, en un gesto mezcla de agitación y tristeza—. E incluso cuando el hombre dejaba de tocar y se acercaba al perro, que movía la cola, y le ponía una chuchería en la boca abierta, y se veía claramente que era el hambre, solo el hambre, y no la música, lo que le hacía actuar con aquella destreza humana, incluso entonces, seguía creyendo que todo era posible.

La lluvia, obediente, volvió a arreciar. Me eché hacia atrás y observé cómo golpeaba con fuerza los ventanales.

A veces, cuando me descuido, pienso que la supervivencia es fácil: que lo único que tienes que hacer es seguir moviéndote hacia delante con lo que tienes, o con lo que te queda de lo que te fue dado, hasta que algo cambia, o caes en la cuenta, por fin, de que puedes cambiar sin desaparecer, que lo que tienes que hacer es esperar hasta que la tormenta te pase por alto y veas que, en efecto, tu nombre sigue asociado a algo con vida.

Unos meses antes de nuestra charla en el Dunkin' Donuts, a un chico de catorce años del Vietnam rural le echaron ácido en la cara cuando descubrieron que había dejado una carta de amor en la taquilla de otro chico. El verano pasado, Omar Mateen, un joven de veintiocho años natural de Florida, entró en un club nocturno de Orlando, levantó un rifle automático y abrió fuego. Dio muerte a cuarenta y nueve personas. Era un club gay, y los chicos, porque eso es lo que eran, unos críos, unos quinceañeros, se parecían a mí: un ente de color nacido de una madre humana, rebuscando en lo oscuro en busca de felicidad.

A veces, cuando me descuido, creo que la herida es también el lugar donde la piel se reencuentra a sí misma, donde los dos bordes se preguntan: «¿Dónde has estado?»

¿Dónde has estado, mamá?

Una placenta mediana pesa aproximadamente 750 gramos. Es un órgano que acabará desechándose y en el que los nutrientes, las hormonas y residuos pasan de la madre al feto. Así, la placenta es una especie de lengua, quizá nuestra primera lengua, o nuestra lengua madre genuina. A los cuatro o cinco meses, la placenta de mi hermano había alcanzado ya su pleno desarrollo. Los dos os hablabais ya..., con diálogos de sangre.

—Vino a buscarme, ¿sabes?

Había dejado de llover. El cielo era un bol vacío.

—¿Que fue a buscarte?

—Mí niño... Vino a mí en un sueño, como una semana después de dejar el hospital. Estaba sentado en el escalón de la puerta de casa. Nos miramos durante un rato, y luego él se dio la vuelta y se fue calle abajo. Creo que lo que quería era ver cómo era yo, qué aspecto tenía su madre. Yo era una chiquilla. Oh, Dios... Tenía diecisiete años.

En la facultad, durante una digresión en una clase sobre *Otelo*, un profesor insistió una vez en el hecho de que, para él, los gays eran inherentemente narcisistas, y que el narcisismo ostensible

podría incluso ser un indicio de homosexualidad en hombres que aún no habían aceptado su «orientación». Yo echaba chispas en mi asiento, pero el pensamiento no dejaba de afianzarse en mí. ¿Podría ser que, todos aquellos años atrás, hubiera seguido a Gramoz por todo el patio de recreo sencillamente porque era un chico, y por tanto un fiel espejo de mí mismo?

Pero, si era así..., ¿por qué no? Quizá miramos en los espejos no solamente en busca de la belleza, por ilusoria que esta pueda ser, sino para asegurarnos, a despecho de los hechos, de que estamos aún aquí. De que el cuerpo acorralado en que nos movemos no ha sido aún aniquilado, «raspado y eliminado». Ver que sigues siendo *tú mismo* es un refugio que quienes no han sido negados no pueden conocer.

He leído que la belleza, históricamente, ha exigido una réplica. Creamos copias de todo lo que nos parece grato estéticamente: un jarrón, una pintura, un cáliz, un poema. Lo reproducimos para conservarlo, para prolongarlo en el espacio y en el tiempo. Mirar lo que nos deleita —un fresco, una cordillera roja como un melocotón, un chico, el lunar de su mandíbula— es en sí mismo una réplica: la imagen se prolonga en el ojo, y se multiplica, y dura. Con la mirada fija en el espejo, me replico en un futuro donde podría no existir. Y sí, no eran bagels de pizza, tantos años atrás, lo que yo quería de Gramoz, sino una réplica. Porque su ofrecimiento me hizo expandirme en algo merecedor de generosidad, y por ende en algo conocido. Era esa misma dimensión cuantiosa lo que quería prolongar, aquello a lo que quería regresar.

No es casualidad, mamá, que una coma se parezca a un feto, esa curva de continuación... Todos estuvimos dentro de nuestra madre un día, digamos que con todo nuestro ser curvado y silente, y más, más, más... Quiero insistir en que el hecho de estar vivos es lo bastante hermoso como para merecer una réplica. ¿Y entonces? ¿Y si todo lo que he hecho en mi vida fuera lo mismo?

—Voy a vomitar —dijiste.

—¿Qué?

—Voy a vomitar.

Te pusiste en pie a toda prisa y te dirigiste a los aseos.

—Oh, Dios, lo dices en serio —dije, siguiéndote.

En el aseo de señoras, te arrodillaste en el único cubículo e inmediatamente vomitaste. Aunque llevabas el pelo recogido en un moño, me arrodillé junto a ti y, con dos dedos, en un gesto más bien obligado te retiré hacia atrás tres o cuatro mechones de pelo suelto.

—¿Estas bien, mamá?

Te hablaba a la nuca.

Volviste a vomitar, y tu espalda se agitaba contra mi palma. Solo cuando vi que el mingitorio de al lado de tu cabeza estaba salpicado de vello púbico caí en la cuenta de que estábamos en el aseo de caballeros.

—Voy a comprar una botella de agua.

Te di unos golpecitos en la espalda y me levanté.

—No —me detuviste, con la cara enrojecida—. Limonada. Necesito una limonada.

Con lo que acabábamos de saber el uno del otro, salimos del Dunkin' Donuts con un gran peso encima. Pero lo que tú no sabías era que de hecho yo *ya* me había puesto un vestido antes, y volvería a hacerlo después. Que unas semanas antes había bailado en un viejo granero con un vestido color vino tinto mientras mi amigo, un chico larguirucho con un derrame en un ojo, me

miraba embobado. Había encontrado aquel vestido en tu armario: era el vestido que te compraste para tu treinta y cinco cumpleaños y nunca te pusiste. Me contorsionaba dentro de la tela delgada mientras Trevor, encaramado en lo alto de una pila de neumáticos, aplaudía entre caladas de porro. Nos iluminaban crudamente las clavículas un par de teléfonos móviles colocados en el suelo plagado de polillas muertas. En aquel granero, por primera vez en meses, no teníamos miedo de nadie, ni siquiera de nosotros mismos. Conduces el Toyota de vuelta a casa, y voy a tu lado en silencio. Parece que la lluvia volverá al anochecer, y que mojará la ciudad durante toda la noche; los árboles que bordean las autopistas gotean en la oscuridad metálica. En la cena, me acercaré la silla, y al quitarme la capucha, me sobresaldrá del pelo negro una ramita de heno que se me había quedado enganchada semanas antes en el granero. Tú estirarás la mano y me sacudirás el pelo hasta desprendérmela, y moverás la cabeza mientras reflexionas sobre el hijo que decidiste tener.

En la sala resonaban unas penosas carcajadas. El televisor, del tamaño de un horno microondas, atronaba con el regocijo metálico y artificial de una telecomedia en el que nadie creía. Nadie salvo el padre de Trevor; o mejor, el padre de Trevor no solo creía en aquel falso regocijo sino que se entregaba a él entre risitas, arrellanado en su sillón reclinable y con la botella de Southern Comfort como un espejo de dibujos animados sobre su regazo. Cada vez que la levantaba, el color marrón se vaciaba un tanto, hasta que solo quedaron los colores combados del televisor centelleando a través del vaso vacío. Tenía la cara gruesa y el pelo muy corto y engominado, incluso a aquella hora del día. Parecía Elvis en su último día de vida. La moqueta bajo sus pies desnudos tiene un brillo de mancha de aceite por los años de uso.

Estábamos detrás del viejo, sentados en un sofá improvisado que habíamos rescatado de una furgoneta Dodge del desguace, pasándonos una botella de litro de Sprite y riéndonos como tontos y escribiéndole un mensaje de texto a un chico de Windsor que no íbamos a conocer en la vida. Desde donde estábamos percibíamos el olor del viejo, fuerte por la bebida y los cigarrillos puros baratos, y hacíamos como que no estaba allí.

—Adelante, reiros. —El padre de Trevor no se movía apenas, pero su voz retumbaba. La sentíamos a través del sillón—. Venga, riéte de tu padre. Todos os reís como focas.

Busqué la parte de atrás de su cabeza, orlada de la luz blanquecina del televisor, pero no vi que se moviera.

—No nos estamos riendo de ti, tío... —Trevor dio un respingo y se metió el teléfono en el bolsillo. Las manos le cayeron a los lados como si alguien se las hubiera quitado bruscamente de las rodillas. Miró airadamente hacia el respaldo del sillón. Desde donde estábamos sentados no veíamos más que parte de la cabeza del viejo: algo de pelo y un retazo de mejilla, blanca como una loncha de pavo.

—¿Ahora me llamas «tío»? Ya eres mayor, ¿no es eso? Crees que se me ha ido la cabeza pero te equivocas, chico. Te oigo. Veo cosas. —Tosió, lanzando al aire licor pulverizado—. No olvides que yo era el mejor adiestrador de focas de SeaWorld. Orlando, en el 85. Tu madre estaba en las gradas, y la hacía brincar de su asiento con mi espectáculo. Aquellas crías eran mi cuerpo de marina... Yo era el general de las focas. Así me llamaba. El general. Cuando les mandaba reír, reían.

Un anuncio de teletienda zumbó en el televisor, algo sobre un árbol de Navidad hinchable que te cabía en el bolsillo.

—¿Quién diablos va a querer andar por ahí con un maldito árbol de Navidad en el bolsillo? Estoy harto de este país. —Giró la cabeza hacia un lado, y una tercera lorza de grasa le brotó en la parte posterior del cuello—. ¡Eh, ese chico que está contigo! Ese chino que está contigo... Lo sé. Le oigo. No habla pero le oigo.

Lanzó el brazo hacia arriba y sentí cómo Trevor se encogía a través del cojín del sofá. El viejo dio otro trago; la botella llevaba ya un rato vacía, pero se secó los labios de todas formas.

—Tu tío James... ¿Te acuerdas de él?

—Sí, más o menos —acertó a decir Trevor.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que sí, señor.

—Muy bien. —El viejo se hundió más en su asiento. Le brillaba el pelo. Su cuerpo parecía irradiar un calor que llenaba el aire—. Un buen hombre, y un tipo duro, tu tío. Puro hueso y nervio. Les dio una buena zurra en aquella jungla. Nos hizo ese favor. Quemó a algunos, ¿lo sabías, Trev? Las cosas son como son. —Volvió a quedarse inmóvil, y movió los labios sin que ello afectara un ápice a ninguna otra parte de la cara—. ¿Te lo ha contado alguna vez? ¿Cómo quemó con gasolina a cuatro de ellos dentro de una zanja? Me lo contó su noche de bodas, ¿te lo puedes creer?

Miré hacia Trevor pero solo pude verle la parte de atrás del cuello, porque escondía la cara entre las rodillas. Se estaba atando con furia las botas: pasaba los remates de plástico de los cordones por los ojales al tiempo que sacudía bruscamente los hombros.

—Pero la cosa ha cambiado, lo sé. No soy estúpido, chico. Sé que también me odias. Lo sé.

[Risas en el televisor.]

—Vi a tu madre hace dos semanas. Le di las llaves del guardamuebles de Windsor Locks. No entiendo por qué ha tardado tanto en recoger sus malditos muebles. Oklahoma no parece llamar para eso. —Hizo una pausa. Dio otro trago imaginario—. Te he criado bien, Trev. Sé que lo he hecho.

—Hueles a mierda.

El semblante de Trevor se volvió pétreo.

—¿Qué...? Lo que digo es...

—He dicho que hueles a mierda, tío.

La pantalla del televisor iluminó de gris la cara de Trevor, salvo la cicatriz del cuello, cuya tonalidad de un rojo oscuro no cambiaba nunca. Tenía nueve años cuando su padre, en un arrebato de ira, disparó contra la puerta de la casa con una pistola de clavos, y el clavo rebotó y le alcanzó en el cuello. La sangre era tan roja, y estaba tan por todas partes, me contó, que parecía Navidad en junio...

—Ya me has oído.

Trevor dejó la botella de Sprite en el suelo, y me dio unos golpecitos en el pecho para decirme que nos íbamos.

—¿Vas a hablarme así ahora? —farfulló el viejo, con los ojos fijos en el televisor.

—¿Qué coño vas a hacer? —dijo Trevor—. Venga, haz algo, *quérame* a mí. —Trevor dio un paso hacia el sillón. Sabía algo que yo no sabía—. ¿Eso es todo?

El viejo respiraba ruidosamente en su asiento. El resto de la casa estaba oscuro y quieto, como un hospital por la noche. Instantes después habló, con un gimoteo agudo y extraño:

—Lo hice bien, mi niño...

Sus dedos jugaron en el reposabrazos. La gente de la telecomedia se descolgó de su pelo lustroso.

Me pareció ver que Trevor asentía una o dos veces con la cabeza, pero puede que la pantalla del televisor me indujera a engaño.

—Eres igual que James. Eso es. Lo sé. Te gusta quemar. Vas a quemarlos a todos. —Su voz vaciló—. ¿Ves eso? Es Neil Young. Una leyenda. Un guerrero. Tú eres como él, Trev.

Hizo un gesto con la mano hacia el póster; la puerta se cerró sin ruido y dejamos de verle.

Salimos al aire escarchado, y caminamos hasta las bicicletas mientras el viejo seguía con su cantinela casi ahogada a nuestra espalda.

El asfalto se deslizaba bajo las ruedas. No dijimos nada mientras los arcos, iluminados por lámparas de vapor de sodio, se cernían rojos y quietos sobre nuestras cabezas. Era un alivio vernos libres del viejo.

Seguimos bordeando el río Connecticut mientras caía la noche y la luna se iba aupando sobre las copas de los robles, orladas por la neblina de un otoño extemporáneamente cálido. A nuestra derecha, la corriente discurría con fuerza formando una espuma blanca. En ocasiones, después de dos o tres semanas sin lluvia, afloraba un cuerpo de las profundidades: unos hombros fugaces y decolorados quebrando la superficie del agua, y las familias que preparaban la comida a lo largo de las riberas se detenían, y se hacía un silencio entre los niños, y luego alguien gritaba: «Oh, Dios. Oh, Dios...», y alguien más llamaba al 911. Y a veces era una falsa alarma: un frigorífico herrumbroso cubierto de líquen y de una tonalidad parda. Y a veces eran peces, peces panza arriba sin que nadie supiera por qué, y que por la noche volvían iridiscente el río.

Yo veía todas las calles de nuestra ciudad que tú, por tu trabajo, estabas demasiado atareada para ver, calles donde pasaban cosas. Cosas que ni siquiera Trevor, que había vivido toda su vida en este lado del río, el lado blanco, el lado en el que ahora yo estaba pedaleando, había visto. Vi las luces de Asylum Avenue, donde antes hubo un manicomio (en la actualidad era una escuela para sordos) en la que se declaró un incendio que destruyó medio pabellón, en mil ochocientos algo, y nadie supo nunca qué lo había causado. Pero yo la conozco porque es la calle donde vivió mi amigo Sid con su familia cuando llegaron de la India en el 95. Su madre, que había sido maestra en Nueva Delhi, iba de puerta en puerta cojeando y con los pies hinchados por la diabetes, vendiendo cuchillos de caza Cutco por un salario de noventa y siete dólares a la semana. Estaban también los hermanos Canino, cuyo padre estaba en la cárcel al parecer para cumplir una pena de dos cadenas perpetuas por circular a ciento diez kilómetros por hora en la interestatal 91, cuyo límite es de cien, ante las narices de un coche patrulla. Eso y las veinte bolsas de heroína y la pistola Glock que llevaba debajo del asiento del acompañante. Silencio, silencio... Y estaba Marin, que cogía el autobús cuarenta y cinco minutos de ida y otros cuarenta y cinco minutos de vuelta para ir al trabajo en Sears, en Farmington, y que siempre llevaba mucho oro en el cuello y las orejas, y cuyos zapatos de tacón alto sonaban como el más lento y más firme aplauso cuando iba hasta la tienda de la esquina a comprar cigarrillos y Cheetos picantes. Le sobresalía la nuez, y le hacía un corte de mangas a los tipos que le llamaban «maricona» y «homomafadita»; y que le decían, cogiendo de la mano a sus hijas o hijos: «Voy a matarte, zorra, voy a rajarte, el sida te va a llevar al otro barrio. No duermas esta noche, no duermas esta noche, no duermas esta noche. No duermas.»

Pasamos por delante del edificio de pisos de New Britain Avenue donde vivimos tres años. Yo solía montar en mi bicicleta rosa con rueditas por los pasillos de linóleo de ese edificio, para librarme de que los chicos del barrio me pegaran al ver que me gustaba tanto algo de color rosa. Debí de recorrer aquellos pasillos un centenar de veces al día, y la campanilla de la bicicleta sonaba al chocar contra la pared de cada extremo. El señor Carlton, que vivía en el apartamento del fondo, salía una y otra vez, día tras día, gritándome: «¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no montas en la bici fuera? ¿Quién eres? ¡No eres mi hija! ¡No eres Destiny! ¿Quién eres?» Pero todo eso, el edificio entero, ha desaparecido y en su lugar hay un YMCA, ni siquiera queda el parking (donde nadie aparcaba, porque nadie tenía coche): lo invadió una maleza de más

de un metro de altura, y lo allanó una excavadora para convertirlo en un pequeño parque comunitario con espantapájaros hechos de maniqués desechados por la tienda de todo a cien que hay al lado de Bushnell. Familias enteras practican la natación y juegan al balonmano donde nosotros dormíamos. La gente nada a mariposa donde el señor Carlton acabó muriendo, solo, en la cama. Pasaron semanas sin que nadie se diera cuenta, y al final empezó a apestar en toda la planta, y (no sé por qué) tuvo que intervenir un equipo de las fuerzas especiales para echar la puerta abajo. Las pertenencias del señor Carlton estuvieron todo un mes en un gran contenedor de hierro en el patio trasero del edificio, del que durante ese tiempo, bajo la lluvia, asomaba la cabeza con la lengua colgante de un poni de madera pintado a mano.

Trevor y yo seguimos pedaleando, y pasamos por Church Street, donde sucumbió a una sobredosis la hermana de Big Joe, y por el aparcamiento de detrás de MEGA XXXLOVE DEPOT, donde sucumbió a una sobredosis Sasha, y por el parque donde sucumbieron a una sobredosis Jake y B-Rab. Solo que B-Rab sobrevivió, aunque más tarde lo detendrían por robar ordenadores portátiles en el Trinity College y lo condenarían a cuatro años en la cárcel del condado, sin posibilidad de libertad condicional. Lo cual era muy fuerte, *sobre todo* para un chico blanco de una zona residencial. Y estaba Nacho, que perdió la pierna derecha en la Guerra del Golfo y a quien podías ver los fines de semana tendido sobre un monopatín para deslizarse bajo coches alzados con el elevador de vehículos en el taller de reparación de automóviles Maybelle, donde trabajaba. Donde una vez sacó a un precioso bebé que gritaba con la cara congestionada del maletero de un Nissan que habían dejado en la parte trasera del taller durante una tormenta de nieve. Dejó caer las muletas y acunó al bebé con las dos manos, y, por primera vez en años, lo sostuvo el aire, mientras caía la nieve y luego volvía a alzarse desde el suelo con tal brillo que, por espacio de una hora borrosa y clemente, todo el mundo en la ciudad olvidó por qué trataba de escapar de ella.

Y estaba Mozzicato's, en Franklin, donde comí mis primeros *cannoli*. Donde nada de lo que conocí murió nunca. Donde me senté a mirar por la ventana una noche de verano, en el quinto piso de nuestro edificio, y el aire era cálido y dulce como lo es ahora, y se oían las voces bajas de parejas jóvenes, con sus zapatillas Converse y Air Force 1 dándose golpecitos unas a otras en las escaleras de incendios, mientras trataban de hacer que el cuerpo hablase sus otras lenguas, y el sonido de cerillas al encenderse, o las llamas de mecheros con la forma y el brillo de pistolas de 9 mm o de Colts 45, que era como hacíamos de la muerte una broma, como reducíamos el fuego al tamaño de gotas de lluvia de dibujos animados, que aspirábamos luego a través de boquillas de puritos, como si fueran mitos. Porque al final el río, aquí, crece y se desborda para reivindicarlo todo y para mostrarnos lo que hemos perdido, como ha hecho siempre.

Los radios de las ruedas emitían un runrún. El olor a alcantarilla de la planta de tratamiento de aguas hizo que me picaran los ojos justo antes de que el viento hiciera con él lo que hace con los nombres de los muertos, convertirlos en pasado.

Pasamos a través de él, lo dejamos a nuestra espalda, y los radios de las ruedas redoblaban su runrún a medida que nos acercábamos a la periferia. Cuando llegamos a la calzada de East Hartford, el olor a humo de leña de las colinas descendió hasta nosotros y nos despejó la cabeza. Íbamos uno detrás del otro, y fijé la mirada en la espalda de Trevor, en su cazadora marrón de UPS, la que le dieron a su padre cuando trabajó en esa empresa, una semana antes de que lo despidieran por beberse un pack de seis latas de cerveza durante el descanso y despertar cerca de medianoche en medio de un montón de cajas de cartón, ahora de un tono ligeramente púrpuro.

bajo la luna.

Recorrimos Main Street. Cuando llegamos a la planta embotelladora de Coca-Cola, con su letrero de neón rutilante y enorme en lo alto del edificio, Trevor gritó:

—¡Que te jodan, Coca-Cola! ¡Sprite es vida, hijos de puta!

Miró hacia atrás y rió a trompicones.

—Sí, que les den —propuse yo. Pero no me oyó.

Las farolas quedaron atrás y la acera nos condujo a un arcén de hierba que indicaba que iniciábamos el ascenso a las colinas, a las mansiones. Pronto nos adentramos en plena zona residencial, en South Glastonbury, y empezaron a encenderse las luces de las casas, al principio meros destellos naranja que fluctuaban entre los árboles, y luego, cuando estuvimos más cerca, anchas y macizas bandas de oro. Uno podía atisbar a través de las ventanas, libres de barrotes de acero y con las cortinas abiertas de par en par. Incluso desde la calle podían verse las arañas centelleantes, las mesas de comedor, las lámparas multicolores Tiffany ornadas de vidrio decorativo. Las casas eran tan grandes que uno podía mirar por todas las ventanas y no llegar a ver ni una sola persona.

Cuando subíamos por la empinada ladera, el cielo sin estrellas se abrió, los árboles fueron quedando lentamente atrás y las casas fueron distanciándose una de otra más y más. A un conjunto de vecinos lo aislaba todo un huerto de frutales, cuyas manzanas empezaban ya a pudrirse al no haber nadie que las recogiera. La fruta rodaba hasta la calle, donde su carne reventaba, pura pulpa oscurecida, bajo las ruedas de los coches.

Nos detuvimos en lo alto de una de las colinas, exhaustos. La luz de la luna bañaba los frutales que había a nuestra derecha. Las manzanas fulguraban tenuemente en las ramas, y caían aquí y allá con un sonido sordo y rápido, e invadían con su dulce fermentación nuestros pulmones. Al otro lado del asfalto, en la hondura de los robles, tres ranas invisibles dejaban oír su croar rasposo. Dejamos caer las bicis al suelo y nos sentamos en una valla de madera que bordeaba la carretera. Trevor encendió un cigarrillo, dio una chupada, con los ojos cerrados, y tendió la brasa rubí hacia mis dedos. Aspiré el humo también, pero tosi; mi saliva estaba espesa por el esfuerzo reciente. El humo me caldeó los pulmones, y mis ojos se fijaron en un grupo de mansiones del pequeño valle que teníamos ante nosotros.

—Dicen que Ray Allen vive ahí —dijo Trevor.

—¿El jugador de baloncesto?

—Jugó con la Universidad de Connecticut, tío, y seguramente tiene *dos* casas aquí arriba.

—Puede que viva en aquella —dije, señalando con el cigarrillo la única casa sin luz del borde del valle. Era casi invisible; apenas se divisaba una especie de estructura blanca a su alrededor, como el esqueleto de una criatura prehistórica. Quizá Allen está fuera, pensé, jugando en la NBA y demasiado ocupado para vivir en ella. Le devolví el cigarrillo a Trevor.

—Si Ray Allen fuera mi padre —dijo, con la mirada fija en aquella casa de hueso—, esa sería mi casa y podrías venir a quedarte todo el tiempo que quisieras.

—Tú ya tienes padre.

Tiró la colilla al asfalto y apartó la mirada. La colilla fue a parar a una grieta naranja que había en la calzada, y chisporroteó hasta apagarse.

—Olvídate de ese tío, chaval. —Trevor me dirigió una mirada tierna—. No se lo merece.

—¿Qué no se merece?

—Que te cabrees, tío. ¡Ah, qué bueno! —Sacó una barrita de chocolate Snickers del bolsillo de la cazadora—. Debo de tenerlo aquí desde Halloween.

—¿Quién dice que estoy cabreado?

—Tiene sus cosas, ¿sabes? —Se apuntó la cabeza con la barrita de chocolate—. El alcohol le hace perder la cabeza.

—Sí. Me imagino.

Las tres ranas parecían cada vez más alejadas, más pequeñas.

Se instaló un silencio incómodo entre nosotros.

—Eh, no me vengas con silencios ahora, joder, tío. Son mañas de maricones. Quiero decir que... —Se le escapó un suspiro frustrado. Mordió la barrita de chocolate—. ¿Quieres la mitad?

Abrí la boca, a modo de respuesta. Me puso un trocito del tamaño de un pulgar en la lengua, se limpió los labios con el puño de la cazadora y miró hacia otra parte.

—Vámonos de aquí —dije masticando.

Estuvo a punto de decir algo, con aquellos dientes que parecían píldoras grises a la luz de la luna, y luego se levantó y fue dando traspiés hacia su bicicleta. Levanté la mía, el metal estaba ya húmedo de rocío, y fue entonces cuando lo vi. De hecho, Trevor lo vio primero, y dejó escapar un grito ahogado casi imperceptible. Me volví, y nos quedamos los dos allí de pie, apoyados en las bicicletas.

Era Hartford. Era un racimo de luces que latía con una fuerza que yo nunca hubiera sospechado que tuviera. Tal vez fuera porque su respiración era tan clara para mí entonces, y porque imaginaba el oxígeno en su garganta, en sus bronquios y sus vasos sanguíneos dilatándose, sus movimientos por todos los lugares que yo jamás vería; tal vez por eso sigo volviendo a este patrón, uno de los más básicos de la vida, incluso mucho después de haberlo dejado atrás.

Pero de momento la ciudad se desborda ante nosotros con un brillo extraño, insólito, como si no fuera en absoluto una ciudad sino las chispas que hace saltar un dios al afilar sus armas en las alturas.

—A tomar por el culo —susurró Trevor.

Se metió las manos en los bolsillos y escupió al suelo.

—A tomar por el culo.

La ciudad palpitaba y resplandecía.

Luego, tratando de zafarse de todo aquello, Trevor dijo:

—Que le den a Coca-Cola.

—Sí, Sprite es vida, cabrones —añadí yo, sin saber aún lo que sé ahora: que Coca-Cola y Sprite eran productos de la misma maldita empresa. Que, hicieras lo que hicieras, amaras lo que amaras, fueras donde fueras, al final siempre estaba Coca-Cola.

Trevor y la camioneta oxidada, sin carnet.

Trevor, dieciséis años; los vaqueros salpicados de sangre de ciervo.

Trevor, demasiado rápido y no le basta.

Trevor agitando la gorra John Deere desde el camino de entrada cuando pasas por allí en tu Schwinn chirriante.

Trevor que le metió mano a una chica de primer año y luego tiró su ropa interior al lago *por diversión*.

Para el verano. Porque tus manos

estaban mojadas y Trevor es un nombre que es como un motor que arranca en mitad de la noche. Alguien que se escabulló para encontrarse con un chico como tú. Amarillo y que apenas se hace notar. Trevor yendo a ochenta por el campo de trigo de su padre. Que mete todas las patatas fritas en una hamburguesa y mastica con los dos pies en el acelerador. Yo, con los ojos cerrados; de copiloto; el trigo, un confeti amarillo.

Tres pecas en su nariz.

Puntos suspensivos a la sentencia de un menor.

Para Trevor, Burger King supera a McDonald's porque el olor de humo en la carne *lo hace real*.

Los dientes salientes de Trevor hacen un ruido metálico en el inhalador cuando aspira, con los ojos cerrados.

Trevor: «Mis preferidas son los girasoles. Crecen tan alto...»

Trevor con su cicatriz parecida a una coma en el cuello, coma que precede al subsiguiente «¿qué viene ahora?, ¿qué viene ahora?, ¿qué viene ahora?».

Figúrate, crecen tan alto y aun así se abren tanto.

Trevor cargando la escopeta con dos cartuchos rojos.

Es un poco como ser valiente, creo. Como tener una cabeza grande y llena de cosas interesantes y no tener brazos para defenderte.

Sus brazos delgados y duros apuntando hacia la lluvia.

Toca la lengua negra del gatillo y juras que sientes el sabor de su dedo en la boca

cuando aprieta. Trevor apunta a un gorrión con una sola ala que aletea en la tierra negra y lo toma

como una novedad. Algo que arde sin llama como una palabra. Como el Trevor

que llamó a tu ventana a las tres de la madrugada; que tú pensabas que estaba sonriendo hasta que viste la hoja que sostenía ante la boca. «He hecho esto, he hecho esto por ti», dijo, y de pronto el cuchillo estaba en tu mano. Trevor, más tarde,

en tus escalones, en el alba gris. Con la cara en los brazos. «No quiero», decía. Su jadeo. Su pelo sacudido. Un borrón, todo él. «Por favor, dime que no lo soy», dijo mientras se hacía crujir los nudillos, que sonaban como un reiterado crac, crac. Y tú das un paso atrás. «Por favor, dime que no lo soy», dijo, «que no soy

un marica. ¿Lo soy? ¿Lo soy? ¿Lo eres tú?»

Trevor el cazador. Trevor el carnívoro, el patán, no

un sarasa, un tirador, un tirador de primera, no un maricón o una nenaza. Trevor carnívoro, pero no

de ternera. «Nunca ternera. Que le den, nunca más», después de que su padre le contara la historia cuando tenía siete años, en la mesa, en la que había ternera asada con romero. Cómo estaban hechos. Cómo la diferencia entre ternera y vaca eran los hijos. La ternera son los hijos

de las vacas, son los terneros. Los encierran en cajas no mucho más grandes que ellos. Cajas-cuerpos, como ataúdes, pero vivos, como hogares. Los hijos, la ternera, están de pie muy quietos porque la ternura depende de lo poco que el mundo te toque. Para estar tierno, el peso de tu vida no puede descansar en tus huesos.

«Nos encanta comer cosas tiernas», dijo su padre, mirando fijamente

a los ojos a Trevor. Trevor, que nunca comería un niño. Trevor el niño con una cicatriz en el cuello parecida a una coma. Una coma en la que tú ahora

pones la boca. Ese gancho violeta que abarca dos pensamientos completos, dos cuerpos completos sin sujeto. Solo verbos. Cuando dices «Trevor» quieres designar la acción, el pulgar con adherencias de pino sobre el mechero Bic, el sonido de sus botas

encima del capó de su Chevy descolorido por el sol. El ser mojado y vivo arrastrado tras él al suelo de la camioneta.

Tu Trevor, tu «hombre» de vello moreno con puntas rubias en los brazos tirando de ti hasta el interior de la camioneta. Cuando dices «Trevor» quieres decir que eres la pieza, un dolor que él no puede rechazar porque es «algo importante, chaval. Algo real».

Y tú querías ser real, ser engullido por lo que te ahoga solo en la superficie, desbordándote la boca. Que es besar.

Que no es nada

si lo olvidas.

Su lengua en tu garganta, Trevor habla por ti. Habla y tú te ensombreces, y surge una linterna en sus manos y te golpea en la cabeza para que la luz no se apague. Te lleva hacia aquí y hacia allá en busca de su camino a través de los bosques oscuros.

Los bosques oscuros...

que tienen límites, como los cuerpos. Como el ternero

que espera en su casa-ataúd. Sin ventanas, salvo una rendija para proveerle de oxígeno. La nariz rosada pegada con fuerza a la noche otoñal, atrayendo el aire a los pulmones. El hedor deslavado de la hierba cortada, la calzada de alquitrán y grava, el dulzor crudo de las hojas en una hoguera, los minutos, la distancia, el abono terroso de su madre a un campo de distancia.

Trébol. Sasafrás. Pino Oregón. Mirto escocés.

El chico. El aceite de motor. El cuerpo, que se llena. Y tu sed desborda lo que contiene. Y tu ruina, que pensaste que lo nutriría. Aquello de lo que él se alimentaría y lo convertiría en una bestia en la que podrías ocultarte.

Pero todas las cajas se abrirán a su tiempo, en el lenguaje. La línea quebrada,

como Trevor, que se quedó mirando demasiado tiempo tu cara, diciendo: «¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy?»

Porque para entonces había sangre en tu boca.

Para entonces la camioneta estaba empotrada en un roble oscuro, y el humo se alzaba desde el capó. Trevor, con aliento de vodka y enjuto como un cráneo, dijo: «Se está bien.» Dijo: «No te vayas»

mientras el sol se escondía entre los árboles. «¿No se está bien aquí?», mientras las ventanas se enrojecían como cuando se ve a través de los ojos cerrados.

Trevor, que te mandó un mensaje de texto al cabo de dos meses de silencio...

escribiendo «por favor» en lugar de «xfa».

Trevor, que se iba de casa, huyendo de su padre loco. «Que se estaba yendo de una puta vez.» Con unos Levi's empapados. Que se fue de casa al parque porque a qué otro sitio podía ir con dieciséis años.

A quien te encontraste en plena lluvia, bajo el tobogán metálico en forma de hipopótamo. A quien quitaste las botas gélidas para luego prodigar a sus dedos, uno a uno, el calor de tu boca, como tu madre solía hacer contigo cuando eras niño y tiritabas de frío.

Porque tiritaba de frío. Tu Trevor. Tu carne de vaca, no de ternera, genuinamente norteamericana. Tu John Deere. Vena verde en su mandíbula: rayo aquietado que tú rastreas con los dientes.

Porque él tenía el sabor del río y tú quizá estabas a un paso de hundirte.

Porque el ternero espera en su jaula con tanta calma

a ser ternera.

Porque tú recordabas

y la memoria es una segunda oportunidad.

Los dos tendidos bajo el tobogán: dos comas sin palabras, al fin, para manteneros separados.

Tú que te arrastraste de la ruina del verano como los hijos dejan los cuerpos de las madres.

Un ternero en una caja, esperando. Una caja más angosta que un útero. La lluvia que cae, sus martillos sobre el metal como un motor que acelera. La noche en el aire violeta, un ternero

arrastra las patas dentro, las pezuñas blandas como borradores, el cencerro en el cuello suena

y suena. La sombra de un hombre se acerca. Un hombre con sus llaves, las comas de las puertas. Tu cabeza sobre el pecho de Trevor. Se llevan al ternero tirando de él con una cuerda, y cómo se para

para aspirar el aire, y su morro palpita con el mareante sasafrás. Trevor duerme

a tu lado. Respiración pausada. Lluvia. El calor le aflora a través de la camisa a cuadros como el vapor de los flancos del ternero mientras oyes el cencerro en el campo anegado de estrellas, sonido que brilla

como un cuchillo. El sonido enterrado en lo hondo del pecho de Trevor, y tú escuchas.

Ese campanilleo. Escuchas como un animal

aprendiendo a hablar.

III

Estoy en el tren de Nueva York. En la ventanilla, mi cara no me deja apartarme, planea sobre las alturas de poblaciones azotadas por el viento mientras el Amtrak pasa como un rayo junto a terrenos con montones de coches desguazados y tractores agrícolas plagados de herrumbre, patios traseros con sus pilas idénticas de leña podrida, untuosa y reblandecida, introducida a través de vallas de alambrada y curtida luego en su emplazamiento. Deja atrás almacén tras almacén de paredes con grafitis, que luego se pintaron de blanco y luego se volvieron a llenar de grafitis, de ventanas que llevan rotas tanto tiempo que el cristal ya no cubre el suelo en torno, ventanas por las que se puede mirar y atisbar, más allá de la oscuridad vacía del interior, el cielo, donde antes hubo un muro. Y allí, justo un poco más allá de Bridgeport, se asienta una casa de tablas de madera en medio de un aparcamiento del tamaño de dos campos de fútbol americano, en el que las líneas amarillas van a dar a un porche destartado.

El tren surca veloz el espacio y va dejándolo todo atrás, las ciudades que he llegado a conocer solo por lo que las abandona, yo incluido. La luz del río Connecticut brilla como ninguna otra cosa en la tarde encapotada. Estoy en este tren porque viajo de vuelta a Hartford.

Saco el móvil. Y un bombardeo de mensajes de texto llena la pantalla, como esperaba:

has oído lo de Trev?
mira fb
lo de la camioneta de Trevor.
joder ke horror llamame si quieres
lo acabo de ver. maldita sea
llamare a Ashley para enterarme bn
tu dime si sts bien
el velatorio es el do.
es Trev sta vez? Lo sabía

Sin saber por qué, le escribo: «Trevor, lo siento, vuelve», y luego apago el móvil, aterrorizado de que pudiera contestarme.

Es ya de noche cuando me apeo en la Union Station de Hartford. Me quedo de pie en el grasiento aparcamiento mientras la gente se apresura bajo la llovizna hacia los taxis que esperan. Han pasado ya cinco años y tres meses desde que Trevor y yo nos conocimos, desde el granero, el partido de los Patriots con la estática de la radio, el casco del ejército en el suelo polvoriento. Espero solo bajo la marquesina del autobús que me llevará cruzando el río a la ciudad que lo contiene todo de Trevor. Salvo al propio Trevor.

No le he dicho a nadie que venía. Estaba en la clase de literatura italonorteamericana, en una facultad neoyorquina de Brooklyn, cuando vi en el móvil una actualización de la cuenta de Trevor en Facebook subida por su padre. Trevor había muerto la noche anterior. «Me ha partido en dos», decía el mensaje. Partido en dos, era el único pensamiento que podía retener, allí sentado en mi

asiento; que la pérdida de una persona podía desdoblarnos a nosotros los vivos, multiplicarnos.

Recogí mi bolsa y me fui del aula. La profesora, que analizaba un pasaje de *El Cristo del cemento*, de Pietro di Donato, se detuvo y me miró, esperando una explicación. Cuando no le di ninguna, la profesora prosiguió, y su voz fue quedando a mi espalda hasta que abandoné el edificio. Caminé hacia la zona alta a lo largo del East Side, siguiendo la línea 6 hasta Grand Central.

Aunque, mejor que «partido en dos», «roto»: «Me siento roto.»

Las luces del autobús proporcionan la impresión de un consultorio de dentista que se deslizara por las calles mojadas. Una mujer, detrás de mí, tose a rachas entre parrafadas de francés haitiano. Un hombre, a su lado —¿marido, hermano?—, apenas habla: solo alcanza a decir «ajá, ajá...» o «*bien, bien*». En la autopista, los árboles otoñales pasan desdibujados, y sus ramas rastrillan el cielo purpúreo. Entre ellos, las farolas de ciudades silentes cuelgan en la niebla. Cruzamos un puente y una gasolinera del camino me deja en la cabeza una palpitación de neón.

Cuando la oscuridad vuelve al autobús, miró el portátil y oigo su voz. «Deberías quedarte.» Alzo la vista y veo la rotura en la tela del techo de su camioneta, el relleno de espuma amarilla saliendo del desgarrón, y estoy de vuelta en el asiento del acompañante. Es mediados de agosto y estamos aparcados frente al Town Line Diner de Wethersfield. El aire a nuestro alrededor es rojo oscuro, o acaso es así como todos los anocheceres de mi andadura con él han quedado en mi memoria. Maltrechos.

—Deberías quedarte —dice, y pasea la mirada por el aparcamiento, con la cara manchada de aceite de motor de su turno en la Pennzoil de Hebron. Pero los dos sabemos que me voy. Voy a Nueva York, a la universidad. El único propósito de nuestra cita es decirnos adiós, o más bien, estar uno al lado del otro, en un adiós de presencia, de proximidad, como se supone que hacen los hombres.

Íbamos a entrar a la cafetería a comprar unos gofres, «por los viejos tiempos», había dicho él, pero una vez allí ninguno de los dos hace movimiento alguno. Dentro del local, un camionero está sentado a solas con un plato de huevos delante. Al otro extremo, una pareja de mediana edad ocupa uno de los habitáculos, y ríen y gesticulan mucho con los brazos sobre unos enormes sándwiches. Una única camarera va y viene de una mesa a otra. Cuando empieza a llover, la cristalera deforma sus figuras, y de ellas solo quedan los colores y las sombras, como en un cuadro impresionista.

—No tengas miedo —dice su voz. Mira fijamente a los clientes del local. La ternura de su tono me mantiene pegado al asiento, a la ciudad empapada—. Eres inteligente —dice—. Vas a arrasar en Nueva York. —Su voz suena inacabada. Y entonces me doy cuenta de que está colocado. Entonces veo los hematomas en la parte alta de los brazos, las venas abultadas y ennegrecidas donde han hurgado en ellas las agujas.

—Muy bien —digo cuando la camarera se levanta a calentar el café del camionero—. Muy bien, Trevor —digo, como aviniéndome a hacer algo.

—Son unos putos viejos y siguen intentándolo.

Casi se echa a reír.

—¿Quién?

Me vuelvo a él.

—Ese matrimonio. Siguen intentando ser felices. —Pronuncia con dificultad, y el gris de sus ojos es como el agua de un fregadero—. Llueve a mares y ahí los tienes intentando comer como es debido unos sándwiches a medio hacer de vaca y pan de centeno. —Escupe en un vaso vacío y deja escapar una risa breve, exhausta—. Apuesto a que llevan toda la vida comiendo el mismo sándwich.

Sonrío, sin motivo.

Se hunde hacia atrás en el asiento; deja que la cabeza gire hacia un lado, y sonrío como diciendo «¡Venga!». Luego empieza a jugar con la hebilla de los Levi's.

—Venga, Trev. Estás colocado. Mejor no lo hacemos, ¿vale?

—Odiaba que me llamaras Trev. —Deja caer las manos, y se quedan en el regazo como raíces arrancadas—. Crees que estoy jodido, ¿no?

—No —mascullo, apartándome. Aprieto la frente contra el cristal de la ventanilla, donde mi reflejo revolotea por encima del aparcamiento, mientras la lluvia cae a través—. Creo sencillamente que tú eres tú.

No sabía que esa iba a ser la última vez que lo vería; la cicatriz del cuello destellaba con la luz azul de la marquesina de neón del restaurante. Volver a ver aquella pequeña coma, poner mi boca en ella, dejar que mi sombra ensanchara la cicatriz hasta que, al final, no había ya cicatriz alguna, solo una vasta y uniforme oscuridad sellada por mis labios. Una coma a la que se superpone un punto que la boca naturalmente genera. ¿No es la cosa más triste del mundo, mamá? ¿Una coma forzada a ser un punto?

—Hola —dice sin volver la cabeza.

Habíamos decidido, poco después de conocernos, y ante el hecho de que nuestros amigos estuvieran ya muriendo de sobredosis, no decirnos nunca «adiós» o «buenas noches».

—Hola, Trevor —digo contra el dorso de la muñeca en voz muy baja. El motor se agita, crepita; la mujer tose a mi espalda. Vuelvo a estar en el interior del autobús, y miro con fijeza el entramado azul de asientos que tengo enfrente.

Me bajo en Main Street y acto seguido me encamino hacia la casa de Trevor. Me muevo como si estuviera llegando tarde a algo mío, como si tuviera que apretar el paso. Pero Trevor no es ya un punto de destino.

Me doy cuenta, demasiado tarde, de que de nada sirve presentarse sin previo aviso en casa de un chico muerto, y de que solo te recibirá un padre roto de dolor, y sigo caminando. Llego a la esquina de Harris con Magnolia, y, movido por el hábito o la pertenencia, me desvío y entro en el parque, cruzo los tres campos de béisbol, y siento la tierra mohosa y fresca bajo las botas. Lluvia en el pelo, deslizándoseme por la cara, por el cuello de la camisa. Me apresuro en dirección a la calle del otro lado del parque, sigo bajando hacia el fondo sin salida, donde está la casa, tan gris que la lluvia casi la reclama, desdibujándola hasta convertirla en parte del mal tiempo.

En los escalones de la entrada saco las llaves de la bolsa y meto una en la cerradura y empujo la puerta hasta abrirla. Es casi medianoche. La casa me lanza una vaharada de calor mezclado con el dulce almizcle de la ropa vieja. Todo está quieto. El televisor del salón zumba sin sonido, y su azul baña el sofá vacío, y hay una bolsa de cacahuetes empezada encima de uno de los cojines. Apago el televisor, subo las escaleras, giro hacia el cuarto. La puerta está entreabierta, deja escapar el fulgor de la lámpara de la mesilla de noche cuya tulipa es de conchas de almeja.

Empujo y la abro, y estás tumbada, no en tu cama sino en el suelo, sobre un lecho hecho de mantas dobladas. El trabajo en el salón de manicura te deja la espalda tan baldada que la cama resulta demasiado blanda para que tus articulaciones se mantengan en su sitio durante tu noche de sueño.

Gateo hasta ponerme a tu lado sobre las mantas. La lluvia, agolpada en mi pelo, cae y moja tus sábanas blancas. Estoy echado, de cara a la cama, dando la espalda a tu espalda. Te despiertas sobresaltada.

—¿Qué? ¿Qué estás haciendo? Dios, estás mojado..., toda la ropa, Perro Pequeño... ¿Qué...? ¿Qué pasa? —Te incorporas, tiras de mi cara hacia ti—. ¿Qué te ha pasado?

Sacudo la cabeza, sonrío estúpidamente.

Me recorres en busca de respuestas, de cortes; me palpas los bolsillos, bajo la camisa.

Despacio, vuelves a echarte en tu lado. El espacio entre los dos es tan mínimo y frío como el cristal de una ventana. Me aparto, pese a que lo que más quiero es contártelo todo.

Es en momentos así, cerca de ti, cuando envidio a las palabras por hacer lo que nosotros nunca podremos: decirlo todo sobre sí mismas simplemente quedándose quietas, simplemente *siendo*. Imagino que podría tenderme a tu lado y todo mi cuerpo, todas mis células, irradiarían un significado claro y singular, no tanto el de un escritor como el de una palabra apretada contra el lecho, a tu lado.

Hay una palabra de la que Trevor me habló una vez, una palabra que había aprendido de Buford, que estuvo en la Marina en Hawái durante la guerra de Corea: *kipuka*. El terreno que resulta intocado por el río de lava que baja por una ladera tras una erupción, una isla formada por todo lo que sobrevive a ese apocalipsis mínimo. Antes de que la lava descendiera, abrasando todo el musgo de la colina, ese trozo de tierra era algo insignificante, apenas una parcela más en una masa de verde interminable. Solo al haber salido incólume se hace acreedor de su nombre. Allí acostado junto a ti, no puedo evitar desear que tú y yo seamos nuestro propio *kipuka*, nuestra propia secuela, una secuela visible. Pero sé que no será así.

Me pones una mano pegajosa en el cuello: loción de lavanda. La lluvia martillea los canalones de la casa.

—¿Qué te pasa, Perro Pequeño? Puedes contármelo. Venga, me estás asustando.

—Le odio, mamá —susurro en inglés, sabiendo que las palabras me aíslan de ella—. Le odio. Le odio.

Y me echo a llorar.

—Por favor... No sé lo que estás diciendo. ¿Qué dices?

Me echo hacia atrás, asiendo con fuerza dos de tus dedos, y meto la cara en el hueco oscuro de debajo de la cama. En el otro extremo del cuarto, cerca de la pared, demasiado lejos para poder alcanzarlo, junto a una botella de agua vacía, hay un calcetín arrugado y cubierto de polvo. Hola.

Querida mamá...

Déjame empezar de nuevo.

Estoy escribiendo porque es tarde.

Porque son las 21.52 de un martes y debes de estar volviendo a casa después del último turno.

No estoy contigo porque estoy en guerra. Que es una manera de decir que ya es febrero y el presidente quiere deportar a mis amigos. Es difícil de explicar.

Por primera vez en mucho tiempo, estoy tratando de creer en el cielo, en un lugar donde podemos estar juntos después de que todo esto acabe estalle.

Dicen que todos los copos de nieve son diferentes, pero la ventisca nos cae encima de forma idéntica. Un amigo de Noruega me contó una historia sobre un pintor que salió durante una tormenta en busca del matiz de verde que quería y jamás volvió.

Te estoy escribiendo porque no soy el que se va, sino el que vuelve, con las manos vacías.

Una vez me preguntaste qué significaba ser escritor. Así que te lo explico.

Siete de mis amigos están muertos. Cuatro, de sobredosis. Cinco, si contamos a Xavier, que volcó en su Nissan a ciento cuarenta por hora y «puesto» de un fentanilo «chungo».

Ya no celebro mis cumpleaños.

Ven a casa conmigo por el camino largo. Tuerce a la izquierda en Walnut, y verás el Boston Market donde trabajé un año cuando tenía diecisiete (después del campo de tabaco). Donde el jefe evangelista —el que tenía los poros de la nariz tan grandes que las migas de las galletas del desayuno se le metían dentro— nunca nos daba descansos. En el turno de siete horas, hambriento, me encerraba en el armario de las escobas y me llenaba la boca de pan de maíz que me había escondido en el delantal negro del uniforme.

A Trevor le recetaron OxyContin cuando se rompió un tobillo practicando saltos en bicicleta todoterreno en el bosque, un año antes de conocerle. Tenía quince años.

La oxycodona, fabricada por primera vez en serie por Purdue Pharma en 1996, es un opioide,

una especie de heroína en píldoras.

Nunca he querido crear un «cuerpo de trabajo» sino preservar nuestros cuerpos, vivos y sin necesidad de justificación, en el ámbito del trabajo.

Tómalo o déjalo. El cuerpo, quiero decir.

Gira a la izquierda en Harris Street, donde todo lo que queda de la casa que ardió aquel verano durante una tormenta eléctrica es un solar de tierra cercado con alambrada.

Las ruinas más genuinas no se registran por escrito. La chica que la abuela conoció allá en Go Cong, la de las sandalias hechas con goma de las ruedas de un jeep militar incendiado, que fue borrada del mapa en un ataque aéreo tres semanas antes de que acabara la guerra..., es una ruina que nadie puede señalar. Una ruina sin ubicación, como un idioma.

Después de un mes de tomar oxicodona, a Trevor se le curó el tobillo, pero acabó con una adicción en toda regla.

En un mundo múltiple como el nuestro, la mirada es un acto singular: mirar algo es llenar con ello tu vida entera, aunque brevemente. Una vez, después de cumplir catorce años, agazapado entre los asientos de un autobús escolar abandonado en el bosque, llené mi vida con una raya de cocaína. Una I blanca relucía en el cuero rasgado del asiento. Dentro de mí, la I se convirtió en una navaja automática, y algo se desgarró en mí. Sentí una arcada, pero era demasiado tarde. Lo que significa que la parte monstruosa que hay en mí se hizo tan grande, tan familiar, que podría desearla. Que podría besarla.

Lo cierto es que ninguno de nosotros basta y es suficiente. Pero eso ya lo sabes.

Lo cierto es que vine aquí con la esperanza de encontrar una razón para quedarme.

A veces estas razones son menores: el modo en que pronuncias «espagueti»: «*sbagedi*».

Es tarde en la estación, lo cual quiere decir que las rosas invernales, en plena floración en todo el banco nacional, son notas de suicidio.

Escribe eso.

Dicen que nada dura para siempre, pero tenemos miedo a que pueda durar más que lo que dura nuestro amor por ello.

¿Estás ahí? ¿Sigues andando?

Dicen que nada dura para siempre, y yo te estoy escribiendo con la voz de una especie en peligro de extinción.

Lo cierto es que me preocupa que puedan llegar a atraparnos antes de que de hecho *nos atrapen*.

Dime dónde te duele. Tienes mi palabra.

De vuelta en Hartford, solía salir de noche a vagar solo por las calles. Insomne, me vestía, salía por la ventana y echaba a andar.

Algunas noches oía el restregar de las patas de un animal, que no podía ver, detrás de las bolsas de basura, o el viento inesperadamente fuerte, el chasquido de una ráfaga de hojas al caer, el arañar de las ramas de un arce oculto a la vista. Pero, las más de las veces, eran solo mis pisadas en la calzada, humeante por la lluvia reciente, el olor del alquitrán que ha cumplido ya una década, o de la tierra del campo de béisbol bajo unas cuantas estrellas, y el roce suave de la hierba en las suelas de mis zapatillas Vans en la mediana de una autopista.

Pero una noche oí algo más.

Por la ventana sin luz de un apartamento de una planta baja oí la voz de un hombre hablando en árabe. Reconocí la palabra Alá. Sabía que era un rezo por el tono que empleaba para alzarla, como si la lengua fuera el arma más liviana que pudiera utilizarse para ofrendarla. La imaginé flotando sobre su cabeza mientras me sentaba en el bordillo, a la espera del suave tintineo que sabía que no había de tardar. Quería que la palabra descendiera, como un perno en una guillotina, pero no lo hizo. La voz del hombre fue ascendiendo más y más, y mis manos se hacían más rosadas con cada inflexión. Contemplé cómo mi piel se iba intensificando hasta que, finalmente, alcé la mirada... y era el alba. Se había terminado. Y a mí me abrasaba una sangre de luz.

Salat al-fajr: oración de antes del alba. «Quien reze la oración de antes del alba en grupo», dijo el profeta Mahoma, «es como si hubiera rezado durante toda la noche.»

Mientras caminaba esas noches sin objeto, quería creer que estaba rezando. ¿Para qué?, aún no estoy seguro. Pero siempre he sentido que la razón se hallaba un poco más adelante, y que si caminaba lo bastante lejos, durante el tiempo suficiente, la encontraría... E incluso me haría con ella, como una lengua al final de su palabra.

Concebido en un principio como analgésico para los pacientes de cáncer tratados con quimioterapia, la OxyContin, al igual que sus formas genéricas, pronto se prescribió para todo tipo de dolores corporales: artritis, espasmos musculares, migrañas.

A Trevor le gustaba *Cadena perpetua* y los caramelos Jolly Rancher y Mandy, el border collie tuerto de *Call of Duty*. Trevor, que después de un ataque de asma, encorvado y jadeante, dijo:

«Creo que acabo de tragarme hasta el fondo una polla invisible», y los dos reímos a carcajadas como si no fuera diciembre y no estuviéramos debajo de un viaducto, y volviendo a casa del punto de intercambio de jeringuillas, esperando a que dejara de llover. Trevor era un chico que tenía nombre, que quería ir a un colegio universitario a estudiar fisioterapia. Trevor estaba solo en su cuarto cuando murió, rodeado de pósters de Led Zeppelin. Trevor tenía veintidós años. Trevor.

La causa oficial de la muerte, sabría más tarde, fue una sobredosis de heroína mezclada con fentanilo.

Una vez, en un congreso de escritura, un hombre blanco me preguntó si la destrucción era necesaria para el arte. Era una pregunta sincera. Se inclinó hacia delante; su mirada azul temblaba bajo la gorra con el bordado dorado «Veteranos de Vietnam para siempre», y la botella de oxígeno conectada a su nariz silbaba a su lado. Me quedé mirándole como suelo mirar a los veteranos blancos de esa guerra, pensando que podía ser mi abuelo, y le respondí que no.

—No, señor. La destrucción no es necesaria para el arte.

Lo dije no porque tuviera esa certeza, sino porque pensé que decirlo me ayudaría a que yo mismo lo creyera.

Pero ¿por qué la lengua de la creatividad no puede ser la lengua de la regeneración?

Mataste aquel poema, decimos. Eres un asesino. Entraste en aquella novela disparando. Estoy martillando este párrafo, estoy aporreándolos, decimos. Yo poseía ese taller. Y eché el cierre. Los aplasté. Destrozamos a la competencia. Batallo con la musa. El estado, donde vive su gente, es un estado en pugna. Ese auditorio es una audiencia diana. «Bravo, muchacho», me dijo un día un hombre en una fiesta, «estás haciendo una escabechina con tu poesía. Estás dejándolos fuera de combate.»

Una tarde, viendo la televisión con Lan, vimos una manada de bisontes que corría en fila india e iba cayendo por un precipicio: toda una hilera de bisontes despeñándose entre bufidos por un barranco en tecnicolor.

—¿Por qué se matan así? —preguntó Lan con la boca abierta.

Como de costumbre, improvisé una respuesta sobre la marcha.

—No es que quieran hacerlo, abuela. Simplemente siguen a la familia. Eso es todo. No saben que es un precipicio.

—Debería haber una señal de stop, entonces.

Nosotros teníamos muchas señales de stop en nuestra manzana de casas. No siempre estuvieron allí. En la calle había una mujer llamada Marsha. Era una mujer con sobrepeso y un peinado como de «viuda de ranchero», con el pelo corto por delante y largo por detrás, con un tupido flequillo. Iba de puerta en puerta, cojeando sobre la pierna mala, recogiendo firmas para pedir que pusieran señales de stop en el barrio. Tenía dos chicos, contaba en la puerta, y quería que pudieran jugar en la calle sin peligro de que los atropellaran.

Sus hijos se llamaban Kevin y Kyle. Kevin, dos años mayor que yo, murió de una sobredosis de heroína. Cinco años más tarde, Kyle, el más pequeño, también murió de una sobredosis. La madre, después, se mudó a vivir con su hermana en un parque de casas móviles en Coventry. Las señales de stop siguen en su sitio.

Lo cierto es que no tenemos que morir si no nos apetece hacerlo.

Estaba bromeando.

¿Recuerdas aquella mañana, después de una noche de nieve, en que encontramos las palabras MARICÓN PARA SIEMPRE garabateadas con spray rojo en la puerta de casa?

Los carámbanos reflejaban la luz y todo parecía bonito y a punto de romperse.

—¿Qué significa? —preguntaste, sin abrigo y tiritando.

—Significa Feliz Navidad, mamá —dije, señalándolo—: ¿Ves? Por eso está en rojo. Para que dé buena suerte.

Dicen que la adicción podría estar asociada al trastorno bipolar. Es la química del cerebro, dicen. A mí me ha tocado una química equivocada, mamá. O, mejor, no me ha tocado bastante de una o de otra. Hay una píldora para eso. Hay una industria. Ganan millones con ella. ¿Sabías que hay quien se hace rico con la tristeza de la gente? Me gustaría conocer al magnate de la tristeza norteamericana. Me gustaría mirarle a los ojos, estrecharle la mano y decirle: «Ha sido un honor servir a mi país.»

La cuestión es que no quiero que se me enajene mi tristeza, lo mismo que no quiero que mi felicidad se transfiera a otra persona. Ambas son mías. Yo las creé, maldita sea. ¿Y si la euforia que siento no es otro «episodio bipolar», sino algo por lo que he luchado denodadamente? Puede que me ponga a brincar y a darte grandes besos en el cuello al llegar a casa y enterarme de que es noche de pizza, porque a veces la noche de pizza es más que suficiente, es mi baliza más fiel y más tenue. ¿Y si salgo corriendo porque esta noche la luna está enorme, como las lunas de los libros infantiles, y *ridícula* sobre la línea de pinos, y es como si vieras una extraña esfera de la medicina?

Es como cuando lo único que has estado viendo ante ti es un precipicio, y entonces, de la nada, aparece un puente brillante, y lo recorres a la carrera por mucho que sepas que al otro lado, tarde o temprano, te espera otro precipicio. ¿Y si mi tristeza es en realidad mi más brutal maestro? Y su lección es siempre la misma: Tú no tienes que ser como los bisontes: tú puedes pararte.

Había una guerra, dijo el hombre en la televisión, pero ahora se ha «rebajado».

¡Yupi!, pienso, tragándome las píldoras.

Lo cierto es que mi temeridad tiene la anchura de un cuerpo.

Una vez, el hueso del tobillo de un chico rubio debajo del agua.

Había una luz verdosa en esa línea, y tú la viste.

Lo cierto es que podemos sobrevivir a nuestras vidas, pero no a nuestra piel. Pero esto tú ya lo sabes.

Nunca he probado la heroína porque me dan pavor las agujas. Cuando rechacé su ofrecimiento de chutarme, Trevor, atándose el brazo con el cable del cargador del móvil y apretándolo con los dientes, señaló con un gesto mis pies.

—Parece que se te ha caído el tampón.

Me guiñó un ojo y sonrió..., y volvió a perderse en el sueño de sí mismo.

Valiéndose de una campaña publicitaria multimillonaria, Purdue vendió OxyContin a los médicos como un método seguro, «a prueba de abusos», de gestionar el dolor. La empresa, además, aseguraba que apenas menos de un uno por ciento de los usuarios se convertía en adicto, lo cual era mentira. En 2002, las recetas de OxyCodin para dolores no provocados por el cáncer se incrementaron casi diez veces, con unas ventas totales superiores a los tres mil millones de dólares.

¿Y si el arte no se midiera por la cantidad sino por retruques?

Lo bueno de los himnos nacionales es que ya estamos de pie, y por lo tanto listos para echar a correr.

La verdad es una nación sometida a las drogas, a los drones.

La primera vez que vi a un hombre desnudo me pareció eterno.

Era mi padre, desvistiéndose al llegar del trabajo. Estoy tratando de poner fin al recuerdo. Pero lo que tiene el hecho de que algo sea «eterno» es que no puedes recuperarlo.

Déjame quedarme aquí hasta el final, le dije al Señor, y estaremos en paz.

Déjame atar mi sombra a tus pies y llamarlo amistad, me dije a mí mismo.

Desperté con un sonido de alas en el cuarto, como si una paloma hubiera entrado a través de la ventana abierta y estuviera estampándose contra el techo. Encendí la lámpara. Cuando la vista se me acostumbró a la luz, vi a Trevor tirado en el suelo; una de sus zapatillas golpeaba la cómoda mientras él se retorció presa del ataque. Estábamos en su sótano. Estábamos en guerra. Le sostuve

la cabeza; le salía espuma por la boca, espuma que me caía por el brazo, y llamaba a gritos a su padre. Aquella noche, en el hospital, sobrevivió. Era ya la segunda vez.

Historia de terror: oír la voz de Trevor al cerrar los ojos una noche, cuatro años después de su muerte.

Está cantando otra vez «This Little Light of Mine», de la forma en que solía hacerlo: bruscamente, entre pausas en nuestras conversaciones, sacando los brazos por la ventanilla de la Chevy, llevando el ritmo con golpecitos en la chapa roja y descolorida de la carrocería. Yo estoy tumbado en la oscuridad, vocalizando las palabras, hasta que él aparece de nuevo, joven y cálido y suficiente.

El chochín negro esta mañana en mi alféizar: una pera carbonizada.

Eso no significaba nada, pero ahora lo sabes.

Gira a la derecha, mamá. Hay un terreno detrás del cobertizo de anzuelos y aparejos, donde un verano vi cómo Trevor desollaba a un mapache que había matado con la Smith & Wesson de Buford. Hacía muecas mientras despojaba de la piel al mapache, y sus dientes, verdes por las drogas, eran como estrellas fosforescentes a plena luz del día. En el suelo de la camioneta la piel negra ondeaba sacudida por la brisa. Un metro más allá, un par de ojos: salpicados de tierra, anonadados por la visión de sus nuevos dioses.

¿Oyes el viento, cómo azota el río de detrás de la iglesia episcopal de Wyllys Street?

Cuando más cerca he estado de Dios fue con la calma que sentí después del orgasmo. Aquella noche, mientras Trevor dormía a mi lado, yo seguía mirando las pupilas del mapache, y viendo que no podían cerrarse sin el cráneo. Me gustaría pensar que, incluso sin nosotros mismos, podríamos seguir viendo. Me gustaría pensar que jamás nos cerraríamos.

Tú y yo fuimos norteamericanos hasta que abrimos los ojos.

¿Tienes frío? ¿No crees que es extraño que calentarte sea fundamentalmente tocar el cuerpo con la temperatura de su médula?

Querrán que triunfes, pero nunca más que ellos. Escribirán sus nombres en tu trailla y te llamarán «necesario», te llamarán «urgente».

Aprendí del viento una sintaxis de la desenvoltura, cómo moverme entre obstáculos envolviéndome en torno a ellos. Puedes llegar a casa de este modo. Créeme, puedes sacudirte el trigo y seguir siendo tan anónimo como polvo de coca en la parte blanda del puño de un chico granjero.

¿Cómo es que cada vez que mis manos me hacen daño se hacen más mías?

Más allá del cementerio de House Street. El de las lápidas tan deterioradas que los nombres parecen marcas de mordeduras. La tumba más vieja contiene los restos de una tal Mary-Anne Cowder (1784-1784).

A fin de cuentas, solo estamos aquí una vez.

Tres semanas después de la muerte de Trevor, un trío de tulipanes en un tiesto de loza interfirió en los derroteros de mi cabeza. Me había despertado bruscamente y, aún aturdido por el sueño, confundí la luz del alba que daba en los pétalos con una hipotética luminiscencia de las flores mismas. Me arrastré hasta su fulgor, pensando que era testigo de un prodigio, mi propia zarza ardiente. Pero cuando estuve cerca, mi cabeza se interpuso entre los rayos de luz del alba y los tulipanes se apagaron. Esto no quiere decir nada, lo sé. Pero algunas nada lo cambian todo después.

En vietnamita, la palabra echar de menos a alguien y recordarlo es la misma: *nhỚ*. A veces, cuando me preguntas por teléfono *Con nhỚ mệkhông?* doy un respingo, pensando que me preguntas «¿Te acuerdas de mí?»

Te echo de menos más de lo que me acuerdo de ti.

Te dirán que ser político es *meramente* estar furioso, y por tanto ser ingenuo, superficial, estar «verde» y vacío. Te hablarán de lo político con vergüenza, como si hablaran de Santa Claus o del conejo de Pascua.

Te dirán que la gran escritura «se emancipa» de lo político, y por ende «trasciende» las barreras de la diferencia, y une a la gente hacia las verdades universales. Te dirán que esto se logra, sobre todo, a través del *oficio*. Veamos cómo se hace, dirán, como si el modo en que algo se conforma fuera ajeno al impulso que lo ha creado. Como si la primera silla del mundo se hubiera modelado sin tener en consideración la forma humana.

Lo sé. No es justo que la palabra «verso» esté dentro de «perverso».

Tendremos que sacarla, tú y yo, como una cría recién nacida, roja y trémula, de la cierva recién abatida.

La cocaína, mezclada con oxicodona, hace que todo sea rápido y quieto a un tiempo, como cuando vas en el tren y, al mirar los campos neblinosos de Nueva Inglaterra, ves la fábrica de ladrillo de Colt donde trabaja el primo Víctor, su chimenea ennegrecida, siempre al lado del tren, como si te estuviera siguiendo, como si el sitio de donde vienes no pudiera hacer que te fueras de rositas. Se pierde demasiada alegría, te lo aseguro, en nuestro desesperado empeño por conservarla.

Una noche, después de pedalear dos horas para que Trevor pudiera «pillar» algo en las afueras de Windsor, nos sentamos en los columpios de delante del tobogán del hipopótamo, en el campo de juegos de la escuela de primaria, sobre la fría goma del asiento. Se acababa de chutar. Miré cómo sostenía la llama bajo el parche transdérmico hasta que el fentanilo borboteó y se volvió una brea pegajosa apelotonada en el centro. Cuando el parche se alabeó por los bordes, y adquirió una tonalidad marrón, se detuvo, cogió la aguja y aspiró el líquido claro hasta más arriba de las marcas negras del cilindro.

Sus zapatillas arañaron las astillas. En la oscuridad, el hipopótamo purpúreo, con la boca abierta para permitir la entrada en el tobogán, parecía un coche accidentado.

—¡Eh, Perro Pequeño!

Por su forma de arrastrar las palabras supe que tenía los ojos cerrados.

—¿Sí?

—Pero ¿es cierto? —Su columpio seguía chirriando—. ¿Crees que serás realmente gay; o sea, para siempre, me refiero? —El columpio se detuvo—. Creo que yo... Me pondré en orden dentro de unos años, ¿sabes?

No sabría decir si con «realmente» quería decir «muy gay» o «verdaderamente gay».

—Eso creo —dije, sin saber bien lo que quería decir.

—Es de locos. —Se echó a reír, con la risa falsa que se emplea para calibrar la espesura de un silencio. Sus hombros se hundieron; la droga corría por su interior sin interrupciones.

Entonces, algo me frotó la boca. Sobresaltado, lo agarré con fuerza. Trevor me había deslizado un pitillo entre los labios, y lo había encendido. La llama se reflejó en sus ojos, vidriada e inyectada en sangre. Tragué el humo dulce e hirviente, conteniendo las lágrimas..., y consiguiendo reprimirlas. Contemplé las estrellas, el puñado de fosforescencias blanquiazules, y me pregunté cómo alguien podía llamar oscura a la noche.

A la vuelta de la esquina, un semáforo que parpadea en ámbar. Porque eso es lo que hacen los semáforos después de medianoche: se olvidan de por qué están ahí.

Me has preguntado qué es ser escritor, y te estoy contando un verdadero lío, lo sé. Pero eso es lo que es, mamá, no me lo estoy inventando. Lo he sufrido. Eso es lo que es escribir, al margen de tonterías; al caer tan bajo el mundo te ofrece un ángulo nuevo y compasivo, una visión más amplia hecha de cosas pequeñas, la hilacha de pronto se convierte en un manto gigantesco de niebla del tamaño exacto de tu globo ocular. Y miras a través de él y ves el grueso vaho de la sauna abierta toda la noche de Flushing, donde alguien se me acercó una vez y me dibujó la flauta atrapada de mi clavícula. Nunca le vi la cara, solo las gafas de montura dorada que flotaban en la neblina. Y luego lo que sentí, el calor aterciopelado que dejó esta sensación en mi interior.

¿Es eso el arte? ¿Conmovernos al creer que lo que sentimos es nuestro cuando, a la postre, es alguien distinto quien, anhelante, nos encuentra?

Cuando Houdini no logró zafarse de las esposas que lo atenazaban en el London Hippodrome, su mujer, Bess, le dio un beso largo, profundo. Y al hacerlo le pasó la llave con la que pudo liberarse.

Si existe el cielo, creo que se parece a esto.

El otro día, sin razón alguna, busqué en Google el nombre de Trevor. Las páginas de direcciones dicen que sigue vivo, que tiene treinta años y vive a apenas seis kilómetros de aquí.

Lo cierto es que la memoria no nos ha olvidado.

Una página, al pasarla, es un ala que se alza sin gemela, y por lo tanto sin vuelo. Y sin embargo nos conmueve.

Una tarde ordenando mi armario encontré un caramelo Jolly Rancher en el bolsillo de una vieja cazadora Carhartt. Era de la camioneta de Trevor. Siempre llevaba en el soporte de los vasos. Lo desenvolví y lo sostuve entre los dedos. La memoria de nuestras voces se conserva en su interior.

—Dime lo que sabes —susurré.

El caramelo captó la luz de la ventana como una joya vieja. Me metí dentro del armario, cerré la puerta, me senté en la densa oscuridad y me metí el caramelo, suave y fresco, en la boca. Manzana verde.

No estoy contigo porque estoy en guerra con todo salvo contigo.

Una persona al lado de una persona dentro de una vida. A esto se le llama parataxis. A esto se le llama futuro.

Ya casi hemos llegado.

Más que una historia, te estoy contando un naufragio: sus pecios flotan, legibles al fin.

Dobla el recodo, pasa el segundo stop con la pintada H8 blanca al pie. Camina hacia la casa blanca, la del costado izquierdo de color gris carbón por los escapes del desguace del otro lado de la autopista.

Está la ventana de arriba donde, una noche, cuando era niño, me despertó una fuerte ventisca. Tendría cinco o seis años y no sabía que las cosas también se acababan. Pensaba que la nieve

seguiría hasta el borde del cielo, y luego más allá, y que tocaría las yemas de los dedos de Dios, que dormitaba en su sillón de lectura, con todas las ecuaciones desperdigadas por el suelo de su estudio. Que a la mañana siguiente todos estaríamos enclaustrados en una quietud blanquiazul y nadie tendría que irse nunca. Jamás.

Al cabo de un rato, Lan me encontró; o, mejor, su voz apareció junto a mi oreja.

—Perro Pequeño —dijo mientras yo miraba la nieve—, ¿quieres que te cuente una historia? Voy a contarte una historia. —Asentí con la cabeza—. Muy bien —continuó—. Una mujer cogió a su hija así —me apretó por los hombros—, en un camino de tierra. Esa chica, llamada Rosa, sí, como la flor. Sí, esa chica, que se llamaba Rosa, es mi hija... Bien, la agarré, a mi hija. Perro Pequeño —me sacude—, ¿sabes su nombre? Rosa, como la flor. Sí, esa niña pequeña que tengo cogida en un camino de tierra. Es guapa, mi niña, de pelo rojo. Su nombre es...

Y así seguimos hasta que la calle, abajo, se puso blanca y brillante, borrando todo lo que tenía nombre.

¿Qué fuimos antes de que fuéramos nosotros? Estaríamos de pie junto al arcén de un camino de tierra mientras la ciudad ardía. Estaríamos desapareciendo, como ahora.

Puede que en la próxima vida nos encontremos unos a otros por primera vez, creyendo en todo menos en el daño que somos capaces de hacer. Puede que seamos lo opuesto a los bisontes. Nos crecerán alas y nos lanzaremos por el precipicio como una generación de monarcas, rumbo a casa. Manzana verde.

Como una nieve que cubre los detalles de la ciudad, dirán que nosotros nunca fuimos, que nuestra supervivencia fue un mito. Pero se equivocan. Tú y yo éramos reales. Reíamos sabiendo que la alegría nos arrancaría las puntadas de los labios.

Recuerda: las normas, como las calles, solo pueden llevarte a sitios *conocidos*. Bajo la red hay un campo —siempre ha estado ahí— donde estar perdido nunca es estar equivocado, sino sencillamente ser más.

Por regla general, ser más.

Por regla general, te echo de menos.

Por regla general, «menudo» es siempre más pequeño que «pequeño». No me preguntes por qué.

Siento no llamarte más a menudo.

Manzana verde.

Siento seguir diciendo «¿Cómo estás?» cuando lo que en realidad quiero decir es «¿Eres

feliz?».».

Si te ves atrapado dentro de un mundo que se ensombrece más y más, recuerda que siempre ha sido así de oscuro el interior del cuerpo. Donde el corazón, como cualquier ley, solo se para en los vivos.

Si alguna vez te encuentras, enhorabuena, tus manos son tuyas para siempre.

Gira a la derecha en Risley. Si me olvidas, es que has ido demasiado lejos. Da la vuelta.

Buena suerte.

Buenas noches.

Adiós, Manzana verde.

La sala está en silencio como una fotografía. Lan está echada en el suelo, sobre un colchón. Sus hijas —Mai y túy yo estamos a su lado. Tiene enrollada en la cabeza y el cuello una toalla empapada de sudor, formando una capucha que enmarca su cara esquelética. Su piel se ha abandonado ya, los ojos se le han hundido en el cráneo, como si miraran desde dentro del cerebro mismo. Parece una talla de madera, ajada y estriada, llena de arrugas profundas. La única señal de que sigue viva es su manta amarilla preferida, ahora gris, que sube y baja sobre su pecho.

Dices su nombre por cuarta vez y sus ojos se abren y buscan nuestras caras, una a una. En la mesa de al lado hay una tetera con té que hemos olvidado tomar. Y hay un aroma dulce a jazmín que me hace reparar, por contraste, en el olor cáustico y acre que mina el aire.

Lan lleva dos semanas tendida en el mismo lecho. El menor movimiento le provoca dolor por todo el cuerpo, y le han salido llagas en los muslos y la espalda que se le han infectado. Ya no controla los esfínteres, el orinal que tiene debajo está medio lleno perpetuamente y las entrañas literalmente se le sueltan en cualquier momento. El estómago se me encoge al sentarme a su lado para abanicarle, y las hebras de pelo que le quedan le revolotean en las sienes. Nos mira de uno en uno, una y otra vez, como a la espera de que cambiemos.

—Estoy ardiendo —dice cuando por fin habla—. Ardo como una cabaña por dentro.

Tu voz, al contestarle, es la más suave que te he oído jamás.

—Pues vamos a echarle agua, mamá, ¿de acuerdo? Vamos a apagar ese fuego.

El día que le dieron el diagnóstico a Lan, esperé de pie en la consulta, blanca como la nada, escuchando al médico, cuya voz parecía sonar bajo el agua, y que iba señalando diversas zonas del esqueleto de mi abuela, colgado contra una pantalla retroiluminada.

Pero lo que yo veía era vacío.

En el examen de rayos X observé fijamente el espacio entre la pierna y la cadera, donde el cáncer le había «roído» un tercio de la zona alta del fémur y parte de la cavidad cotiloidea; había perdido casi toda la rótula, y la cadera derecha estaba porosa y moteada. Me recordaba a una chapa de metal, herrumbrosa y adelgazada por la corrosión, a la intemperie en un depósito de chatarra. No había señal alguna de adónde podía haber ido a parar aquella parte de ella. Miré de más cerca la radiografía. ¿Dónde estaba el cartílago traslúcido, la médula, los minerales, la sal, el tendón y el calcio que un día formaron sus huesos?

Entonces sentí, mientras las enfermeras seguían bisbiseando a mi alrededor, una ira nueva y singular. Se me tensaron la mandíbula y los puños. Quería saber quién le había hecho aquello. Necesitaba que aquello tuviera un autor, una conciencia contenida en un espacio definido y culpable. Por una vez, quería, *necesitaba*, un enemigo.

El diagnóstico oficial era cáncer de huesos en estadio 4. Mientras tú esperabas en el pasillo con Lan en la silla de ruedas, el médico me tendió el sobre de papel manila con las radiografías, y simplemente dijo, evitándome la mirada, que lleváramos a la abuela a casa y le diéramos de comer lo que quisiera. Le quedaban dos semanas de vida, quizá tres.

La llevamos, pues, a casa; la volvimos a acostar sobre un lecho en el suelo de baldosas, donde

podiera estar fresca; colocamos almohadas a todo lo largo de su cuerpo para que sus piernas se mantuvieran en su sitio. Lo que empeoró las cosas, recordaste, era el hecho de que Lan nunca creyó, ni siquiera al final, que tuviera una enfermedad terminal. Le explicamos el diagnóstico, le mencionamos los tumores, le hablamos de las células, y de la metástasis, nombres tan abstractos que era como si le estuviéramos hablando de brujería.

Le dijimos que se estaba muriendo, que le quedaban dos semanas, y luego una semana, y luego días. «Prepárate. Prepárate. ¿Qué quieres? ¿Qué necesitas? ¿Qué te gustaría decir?», le urgíamos. Pero ella no lo aceptaba. Decía que no éramos más que niños, que aún no lo sabíamos todo, y que cuando nos hiciéramos mayores sabríamos cómo funciona el mundo realmente. Y como la negación, la invención, la narración de cuentos... era su forma de ir un paso por delante de la vida, ¿cómo podíamos decirle que estaba equivocada?

El dolor, sin embargo, no es ningún cuento. Y aquellos últimos días, mientras tú hacías los preparativos para el funeral, y elegías el ataúd, Lan aullaba de dolor en estallidos largos y punzantes:

—¿Qué he hecho yo? —gritaba, mirando al techo—. Dios, ¿qué he hecho para que me castigues de este modo?

Le dábamos la hidrocodona y la oxicodona que le había prescrito el médico, y luego morfina, y luego más morfina.

Yo la abanicaba con un plato de papel mientras perdía y recuperaba la conciencia. Mai, que había conducido durante toda la noche desde Florida, arrastraba los pies por las habitaciones, cocinaba y preparaba té con un estupor de zombi. Como Lan estaba demasiado débil para masticar, Mai le metía cucharadas de harina de avena en la boca apenas abierta. Yo seguía abanicándola mientras Mai le daba la comida: las dos mujeres, madre e hija, con la frente casi tocándose y el pelo negro aleteando al unísono. Unas horas después, Mai y tú le dabais la vuelta a Lan para que descansara sobre un costado, y, con la mano enfundada en un guante de látex, limpiabais las heces del cuerpo de vuestra madre, demasiado débil para expulsarlas por sí misma. Yo seguía abanicándole la cara, perlada de sudor y con los ojos cerrados mientras vosotras continuabais adecentándola. Cuando terminasteis, ella se quedó quieta en el lecho, parpadeando.

Le pregunté qué estaba pensando. Como si despertara de un sueño insomne, me contestó con un tono monocorde y vacío:

—Yo fui una chica, Perro Pequeño. ¿Sabes?

—Ya, abuela. Lo sé.

Pero no me escuchaba.

—Me ponía una flor en el pelo y paseaba al sol. Después de una fuerte lluvia, paseaba al sol. La flor me la ponía en la oreja. Tan mojada, tan fría. —Sus ojos se apartaban de mí—. Es estúpido. —Sacudía la cabeza—. Estúpido. Ser chica. —Al cabo de unos segundos, volvía a mí como recordando que seguía allí—. ¿Has comido ya?

Tratamos de preservar la vida incluso cuando sabemos que no es posible sobrellevar su cuerpo. Lo alimentamos, lo mantenemos cómodo, lo bañamos, lo medicamos, lo acariciamos, incluso le cantamos. Nos ocupamos de estas funciones básicas no porque seamos valientes o abnegados sino porque, al igual que el hecho de respirar, es el acto más esencial de nuestra especie: mantener el cuerpo hasta que el tiempo lo deje atrás.

Estoy pensando ahora en Duchamp, en su infame «escultura». En cómo volviendo del revés un urinario, un objeto de utilidad estable y permanente, radicalizó su recepción. Al rebautizarlo luego

como *Fuente*, lo despojó de su planeada identidad y lo presentó bajo una forma nueva e irreconocible.

Le odio por eso.

Odio su manera de probar que la existencia total de una cosa podía cambiarse con un simple vuelco del revés, al revelar una perspectiva nueva que asociar a su nombre, un acto que se consume tan solo por la gravedad, la fuerza que nos mantiene adheridos a esta tierra.

Y, sobre todo, le odio porque tenía razón.

Porque es lo que le estaba sucediendo a Lan. El cáncer le había modificado no solo las facciones, sino la trayectoria del ser. Lan, vuelta del revés, sería polvo, del mismo modo que la palabra «moribundo» no es igual que la palabra «muerto». Antes de la enfermedad de Lan, tal acto de maleabilidad me parecía hermoso, que un objeto o persona, una vez dado la vuelta, se convirtiera en algo más de lo que un día fue su ser singular. Este mecanismo para la evolución, que un día me hizo sentirme orgulloso de ser el gay cobardica maricón que era y soy, ahora me traiciona.

Sentado junto a Lan, mi mente se desliza, inesperadamente, hasta Trevor. Trevor, que para entonces llevaba ya muerto siete meses. Pienso en la primera vez que tuvimos sexo, no cogiéndole la polla con la mano como solíamos hacerlo, sino de verdad. Era septiembre, después de mi segunda temporada en el campo.

El tabaco estaba todo colgado, y los fardos atados a las vigas; las hojas, ya abarquilladas; el verde, en un tiempo intenso y exuberante en los campos, ahora exhibía una tonalidad apagada de uniformes viejos. Había llegado el momento de encender el carbón y acelerar el proceso de curado. Ello exigía que alguien se quedara toda la noche en el granero, encendiendo briquetas apiladas en moldes de hojalata dispuestos sobre el suelo de tierra, a una distancia de dos o tres metros unos de otros. Trevor me había pedido que fuera a hacerle compañía mientras mantenía el carbón encendido durante la noche. Los montones, a nuestro alrededor, ardían con un fulgor rojo y fluctuaban con el aire que de cuando en cuando se colaba entre las tablillas de las paredes. A medida que el calor ascendía hacia el techo el granero se iba llenando de un aroma dulce.

Era pasada la medianoche cuando en un momento dado nos encontramos en el suelo del granero; el halo dorado de la lámpara de aceite mantenía a cierta distancia la oscuridad que nos rodeaba. Trevor se inclinó hacia mí. Yo separé los labios para acogerlo pero él no los buscó: esta vez siguió descendiendo y sus dientes me rasparon la piel de más abajo del cuello. Aquello sucedió antes de saber hasta dónde hundiría los incisivos aquel año, antes de llegar a conocer el calor de su tuétano, su acumulada rabia norteamericana, la tendencia de su padre a llorar en el porche delantero después de beberse tres Coronas mientras los Patriots crepitaban en la radio, con un ejemplar de tapa dura de *Nocturno*, de Dean Koontz, a un costado, antes de que su viejo lo encontrara sin conocimiento en el suelo de la camioneta Chevy durante una tormenta; la lluvia lamiéndole las orejas a su hijo mientras lo arrastraba por el barro, y la ambulancia, y el cuarto de hospital, y la heroína caliente en sus venas. Antes de que saliera limpio del hospital y de que se mantuviera así tres meses antes de la siguiente recaída.

El aire, inmediato y denso por el último calor del verano, silbaba en tono bajo por todo el granero. Me apreté contra su piel curtida por el sol, aún cálida de la jornada en el campo. Sus dientes, de marfil, sin ninguna caries, mordisquearon mi pecho, mis pezones, mi vientre... Y le dejé hacer. Porque nada podría quitarme, pensé, si ya se lo había ofrecido todo. La ropa cayó de nuestro cuerpo como vendajes.

—Venga, vamos a hacerlo.

Su voz, encima de mí, me sonó tensa mientras pugnaba por quitarse los calzoncillos.

Dije que sí con la cabeza.

—Lo haré despacio, ¿vale? —Su boca, un corte profundo de juventud—. Lo haré con suavidad.

Me volví, vacilante y estremecido, hacia el suelo de tierra, apoyé la frente en el brazo y aguardé.

Me bajé los calzoncillos hasta los tobillos, y Trevor buscó la postura a mi espalda, y noté la caricia de su vello púbico. Se escupió varias veces en la mano, me humedeció con la saliva entre las piernas hasta que todo fue grueso y resbaladizo e incontestable.

Volví a bajar la cabeza. Olí el suelo del granero, notas de cerveza derramada y tierra rica en hierro, y oí los toques húmedos de su polla mientras la empapaba de saliva por todas partes.

Cuando empujó me oí gritar, pero no lo hice. En lugar de ello, mi boca estaba llena de piel salada, y luego sentí el hueso de debajo de ella al morderme el brazo. Trevor se detuvo, aún no estaba dentro del todo. Lo dejó, se incorporó y me preguntó si estaba bien.

—No lo sé —dije, pegado a la tierra, jadeando.

—No te me pongas a llorar otra vez. Ahora no llores —Se escupió de nuevo en la mano y dejó caer la saliva en la verga—. Volvamos a intentarlo. Si no va bien lo dejamos y punto.

—Está bien.

Empujó, esta vez hasta más adentro; empujó con todo su peso y con fuerza..., y se deslizó en mi interior. El dolor fue como un estallido blanco en la nuca. Mordí, y los bordes de mis dientes me llegaron al hueso de la muñeca.

—Estoy dentro. Estoy dentro, pequeño. —Su voz se quebró en el aterrado grito-susurro del jovencito que ha conseguido exactamente lo que quería—. Estoy dentro —dijo, asombrado—. Puedo sentirlo. ¡Joder...! ¡Joder...!

Le dije que se quedara así, quieto, mientras yo me apuntalaba en la tierra y recobraba la presencia de ánimo. El dolor me hería entre las piernas.

—Sigamos —dijo—. Tengo que seguir, no quiero parar.

Antes de que pudiera decir nada estaba follándome otra vez. Me había plantado los brazos a ambos lados de la cabeza, y el calor que irradiaban me latía mientras se movía. Su cruz de oro, la que nunca se quitaba, se me clavaba continuamente en la mejilla. La cogí con la boca, para que no se moviera. Sabía a herrumbre, y a sal, y a Trevor. Los chispazos en la cabeza estallaban a cada acometida. Al cabo de unos instantes, el dolor se fundió en otro dolor extraño, en un entumecimiento ingrátido que se propagó a través de mí como una estación nueva, aún más cálida. La sensación no la causó la ternura, como en el caso de las caricias, sino el cuerpo mismo, al que no le cupo otra alternativa que acomodar el dolor hasta amortiguarlo y convertirlo en un placer radiante, imposible. Que te follen por el culo es una sensación placentera, aprendí, una vez superado el dolor que inflige.

Simone Weil dijo: «El gozo perfecto excluye hasta el sentimiento mismo de gozo, porque en el alma colmada por el objeto no queda rincón alguno para decir “yo”.»

Mientras él bombeaba encima de mí, yo inconscientemente eché la mano hacia atrás para tocarme, para asegurarme de que seguía allí, de que seguía siendo yo, pero mi mano encontró a Trevor en lugar de a mí, como si al estar dentro de mí fuera una extensión nueva de mí mismo. Los

griegos pensaban que el sexo era la tentativa de dos cuerpos, separados desde mucho tiempo atrás, de volver a una vida única. No quiero decir que yo también lo crea, pero ese era el sentimiento: como si fuéramos dos personas obrando en un solo cuerpo y, al hacerlo, se fundieran hasta que no quedaba rincón alguno para decir «yo».

Luego, cuando llevaba unos diez minutos dentro, y su vaivén se hizo más rápido, y nuestra piel rezumaba sudor, sucedió algo. Ascendió hasta mi cara un olor fuerte, profundo, como de tierra, pero sobremanera errado. Supe enseguida lo que era, y me entró el pánico. En el calor de la situación, no lo había pensado, no sabía aún cómo prepararme. Los vídeos porno que había visto nunca mostraban lo que había que hacer antes de llegar a donde ahora estábamos. Se limitaban a hacerlo, rápido, sin dilación, con seguridad, inmaculadamente. Nadie nos había aleccionado sobre cómo llegar tan hondo... ni qué hacer ante un fiasco tan grande.

Avergonzado, apreté la frente contra la muñeca y dejé que palpitara sobre ella. Trevor redujo el ritmo y se detuvo.

Silencio.

Sobre nosotros, las polillas revoloteaban entre el tabaco. Habían venido a alimentarse de las plantas, pero los residuos de pesticidas de los campos no tardaban en diezmarlas. Caían a nuestro alrededor, y las alas, en sus estertores últimos, zumbaban por todo el suelo del granero.

—Joder...

Trevor se puso de pie, con cara de incredulidad.

Me aparté.

—Lo siento —dije instintivamente.

Su polla, con la punta tocada por la oscuridad de mi interior, vibró a la luz de la lámpara mientras se iba ablandando. En aquel momento, yo estaba más desnudo que cuando me quitaba toda la ropa, estaba con mi interior hacia fuera, del revés. Habíamos llegado a ser lo que más temíamos.

Respiró con fuerza desde su altura. Teniendo en cuenta quién era, y su crianza según los cánones de la masculinidad norteamericana, me daba miedo su posible reacción. Era culpa mía. Lo había mancillado con mi mariconería; la suciedad de nuestro acto se había visto expuesta por la incapacidad de contenerse de mi cuerpo.

Vino hasta mí. Me incorporé y quedé de rodillas, tapándome a medias la cara, preparándome.

—Lámemela.

Me estremecí.

El sudor le perlaba la frente.

Una polilla, agonizante, dio contra mi rodilla derecha. Su muerte, para ella ingente y final, no fue más que un temblor en mi piel. Entró una brisa desde la oscuridad exterior. Se oyó un coche en la carretera que atravesaba los campos.

Me agarró por los hombros. ¿Cómo sabía yo que iba a reaccionar así?

Torcí la cabeza para mirarle de frente.

—He dicho que te levantes.

—¿Qué?

Busqué sus ojos. Había oído mal.

—Venga —repitió—. Levántate, maldita sea...

Trevor me tiró del brazo para que me pusiera en pie. Salimos de círculo dorado de la lámpara

de aceite, dejándolo vacío y de nuevo perfecto. Me guió a través del granero, sin dejar de asirme con fuerza. Las polillas iban y venían entre nosotros. Cuando una se estrelló contra mi frente y me detuve, Trevor tiró de mí y tropecé tras él. Llegamos al otro extremo del granero, cruzamos el umbral y salimos a la noche. El aire era frío, y no había estrellas. En la repentina oscuridad, solo podía verle la espalda pálida, azul-gris en la negrura. Unos metros más allá, oí el agua. La corriente del río, aunque apacible, levantaba una espuma blanca alrededor de los muslos de Trevor. El canto de los grillos era cada vez más estridente y frondoso. Los árboles susurraban, invisibles, en la masa de sombras del otro lado del río. Entonces Trevor me soltó, se sumergió y enseguida salió a la superficie. Pequeñas gotas se deslizaban por su mandíbula, entre destellos.

—Límpiate —dijo Trevor en un tono extrañamente tierno, casi frágil. Me tapé la nariz y me hundí en el agua, sin aliento por el frío. Una hora después, estaría en nuestra cocina pobremente iluminada, con la humedad del río en el pelo, y Lan arrastraría los pies hasta el fulgor de la lámpara de encima del fogón. «No le contaré a nadie que has estado en el mar, Perro Pequeño.» Se llevaría el dedo a los labios y asentiría con la cabeza. «Así, los espíritus de los piratas no podrán seguirte.» Cogería un trapo de cocina y me secaría el pelo y el cuello, y se detendría en la marca del chupetón, que para entonces no sería ya sino una huella de sangre seca bajo la mandíbula. «Has estado lejos. Ahora estás en casa. Ahora estás seco», diría, mientras nos desplazábamos y el entablado del suelo crujía bajo nuestro peso.

El agua me llegaba hasta el pecho, y agité los brazos para mantener el equilibrio. Trevor me puso la mano en el cuello y seguimos allí, quietos durante un instante, con la cabeza inclinada sobre el espejo negro del río.

Dijo:

—No te preocupes por eso. ¿Me oyes?

El agua se movía a mi alrededor, entre mis piernas.

—¡Eh...! —Cerró el puño y me lo puso bajo la barbilla y empujó esta hacia arriba para buscar mis ojos, un gesto que normalmente me hacía sonreír—. ¿Me has oído?

Me limité a asentir con la cabeza, y luego me volví hacia la orilla. Estaba apenas unos pasos delante de él, y de pronto sentí que su palma me empujaba con fuerza entre los hombros, haciendo que me inclinase hacia delante e instintivamente apoyé las manos sobre las rodillas. Antes de que pudiera darme la vuelta sentí su barba de varios días, primero entre los muslos, luego más arriba. Se había arrodillado en el agua poco profunda, y había anclado las rodillas en el cieno. Me estremecí: su lengua es tan increíblemente cálida comparada con la frialdad del río; el acto súbito, mudo, concebido como un bálsamo de mi fiasco en el granero... Sentí que se me brindaba una segunda oportunidad sobrecogedora, ser deseado de nuevo, de esa manera.

A lo lejos, en los campos, justo un poco más allá de la hilera de sicómoros, una única ventana iluminada en el cuarto de arriba de una vieja granja titiló en la oscuridad. A lo alto, un puñado de diseminadas estrellas hendían la neblina lechosa del cielo. Trevor me sujetaba con ambas manos los muslos, me apretaba contra sí, para que no quedase duda alguna. Me quedé mirando las formas confusas del río mientras recuperaba el aliento. Miré entre mis piernas y vi su barbilla moviéndose para hacer del acto lo que es, lo que siempre ha sido: una suerte de clemencia. Estar limpio de nuevo. Volver a estar bien. ¿Qué *llegamos a ser* el uno para el otro sino aquello que nos *hicimos* el uno al otro? Si bien no era la primera vez que él realizaba este acto, sí era la única vez que tal acto había alcanzado un poder nuevo, radical. A mí me había devorado, al parecer, no tanto una persona, Trevor, como el deseo mismo. Me había reclamado ese deseo, me había asignado un

nombre esa pura necesidad. Eso era yo.

Cuando terminó, se limpió la boca con el dorso del brazo, y me revolvió el pelo antes de dirigirse hacia la orilla.

—Tan bueno como siempre —dijo por encima del hombro.

—Siempre —repetí yo, como respondiendo a una pregunta.

Y me encaminé hacia el granero, donde, bajo el fulgor menguante de la lámpara de aceite, las polillas seguían muriendo.

A eso de las diez, después del desayuno, estoy sentado en el porche delantero, leyendo, cuando Mai me coge del brazo.

—Ya —dice, y yo parpadeo.

—Se va.

Nos apresuramos hacia la sala, donde tú ya te has arrodillado junto a Lan, que está despierta y musita cosas mientras sus ojos vagan bajo unos párpados entreabiertos. Corres a buscar los frascos de aspirina y de Advil que están en el aparador. Como si el ibuprofeno nos fuera a servir de algo ahora. Pero para ti *todo* son medicinas, remedios que han funcionado en otras ocasiones. ¿Por qué no habrían de funcionar ahora?

Estás sentada junto a tu madre; tus manos, por fin vacías, descansan en tu regazo. Mai señala los dedos de los pies de Lan.

—Se están poniendo morados —dice con una calma extraña—. Los pies son los primeros en..., y están morados. Media hora más, como máximo.

Veo cómo la vida de Lan empieza a replegarse. «Morados», ha dicho Mai, pero los pies de Lan no me parecen morados. Están negros, con una pátina marrón en las puntas de los dedos; y el resto está completamente oscuro, salvo las uñas, que tienen una tonalidad opaca amarillenta, como el propio hueso. Pero es la palabra «morado», y con ella ese matiz oscuro y rico que me anega. Es lo que veo al mirar la sangre que se retira de los pies negros de Lan, el verde rodeado de racimos violeta en mi mente, y caigo en la cuenta de que la palabra me arrastra a un recuerdo. Años atrás, cuando tenía seis o siete, íbamos paseando Lan y yo por el camino de tierra que rodeaba la autopista de enfrente de Church Street, cuando Lan se detuvo bruscamente y lanzó un grito. No pude entender lo que decía porque el tráfico era intenso. Señalaba la alambrada que separaba la interestatal de la acera, con los ojos como platos.

—¡Mira, Perro Pequeño!

Me agaché y examiné la valla.

—No te entiendo, abuela. ¿Qué pasa?

—No —dijo ella, contrariada—. Ponte derecho. Mira allá, detrás de la valla..., allí, aquellas flores moradas.

Justo al otro lado de la alambrada, en la zona de la autopista, se alzaban unas frondas de violetas silvestres; cada capullo no era más grande que la uña de un pulgar, y su núcleo minúsculo era de una tonalidad entre blanca y amarilla. Lan se agachó, me cogió por los hombros y alzó los ojos hasta la altura de los míos, muy seria.

—¿Saltarías la alambrada, Perro Pequeño?

Sus párpados se estrecharon en fingido escepticismo, y aguardó. Por supuesto, yo asentí con entusiasmo. Ella sabía que lo haría.

—Te auparé y tú irás y las cogerás muy rápido, ¿de acuerdo?

Me aferré bien a la alambrada mientras ella me alzaba por las caderas. Después de algunas vacilaciones, alcancé el borde superior, y me senté sobre él a horcajadas. Miré hacia abajo y al instante me sentí mareado; las flores no eran sino diminutas, débiles pinceladas en una masa verde. El viento en ráfagas de los coches me golpeaba el pelo.

—¡No sé si podré! —grité, al borde de las lágrimas.

Ella me sujetaba la pantorrilla.

—Estoy aquí. No voy a dejar que te pase nada —dijo por encima del ruido del tráfico—. Si te caes, cortaré la alambrada con los dientes y te salvaré.

La creí y salté; rodé por el suelo, me levanté y me sacudí la ropa.

—Cógelas desde la raíz, con las dos manos. —Hacía muecas, agarrada a la alambrada—. Tienes que hacerlo muy rápido, porque si no nos meteremos en un lío.

Arranqué una mata tras otra: las raíces salían de la tierra en manojos cenicientos. Fui lanzando las plantas por encima de la cerca, y los coches que pasaban creaban ráfagas tan fuertes que casi lograban derribarme. Seguí arrancando y lanzando matas, y Lan las iba metiendo en una bolsa de plástico de 7-Eleven.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Ya tenemos bastantes. —Me hizo un gesto con la mano para que volviera. Subí a lo alto de la alambrada, y Lan se estiró hacia arriba, me agarró y tiró de mí para acogerme entre sus brazos. Empezó a temblar, y solo cuando me dejó en el suelo caí en la cuenta de que estaba dejando escapar unas risitas entre dientes—. ¡Lo has conseguido, Perro Pequeño! Eres mi cazador de flores. ¡El mejor cazador de flores de los Estados Unidos! —Levantó una de las matas a la luz ocre y caliza—. Estas son perfectas para la repisa de la ventana.

Aprendí que por lo que nos habíamos arriesgado era por la belleza. Aquella noche, cuando llegaste a casa, señalaste con el dedo la cosecha que adornaba el alféizar pardo y manchado de tierra, y los zarcillos que se entrelazaban sobre la mesa de cocina, y preguntaste, impresionada, cómo lo habíamos conseguido. Lan hizo un gesto de desdén con la mano, y dijo que lo habíamos encontrado tirado en el bordillo de una acera, enfrente de una floristería. Desde mis soldaditos de juguete miré a Lan, que se llevó un dedo a los labios y me hizo un guiño mientras tú te quitabas el abrigo, de espaldas a nosotros. Lan sonreía con los ojos.

Nunca supe cómo se llamaban esas flores. Porque, hasta entonces, Lan nunca había tenido ninguna. Incluso hoy día, cada vez que veo unas flores pequeñas y de color lila juro que son las flores que cogí aquel día. Pero las cosas sin nombre se pierden. La imagen, sin embargo, es clara. Clara y morada, el color que le asciende ahora a Lan por las espinillas mientras estamos allí sentados, esperando que la invada por completo. Estás muy cerca de tu madre, y le apartas el pelo que se le pega a la cara, demacrada y cadavérica.

—¿Qué quieres, mamá? —le preguntas, pegándole la boca al oído—. ¿Qué necesitas de nosotros? Puedes pedir lo que quieras.

En el exterior, al otro lado de la ventana, el cielo es de un azul burlón.

—Arroz —recuerdo que dijo Lan, con la voz en algún profundo de su interior—. Una cucharada de arroz. —Traga saliva, aspira el aire otra vez—. De Go Cong.

Nos miramos: una petición imposible. Pero Mai se levanta y desaparece tras la cortina de cuentas de la cocina.

Media hora después se arrodilla junto a su madre con un cuenco de arroz en la mano. Acerca

la cuchara hacia la boca sin dientes de Lan.

—Toma, mamá —dice, estoica—. Es arroz de Go Cong, recién recogido la semana pasada.

Lan mastica, traga, y algo como un alivio se dibuja en sus labios.

—Es tan bueno —dice al acabar su único bocado—. Tan dulce. Así es nuestro arroz... Tan dulce. —Apunta con un gesto de la barbilla hacia algo que está lejos y se adormece.

Dos horas después, despierta sobresaltada. La rodeamos, oímos cómo atrae profundamente el aire a sus pulmones, como si se dispusiera a zambullirse en el agua, y luego ya no hay más: no lo exhala. Se queda quieta, como si alguien hubiera apretado el botón de pausa en una película.

Me quedo allí sentado mientras Mai y tú, sin vacilación alguna, os movéis agitando los brazos sobre el cuerpo rígido de vuestra madre. Yo hago la única cosa que sé hacer. Con las rodillas pegadas al pecho me pongo a contar los dedos morados del pie de mi abuela: 1 2 3 4 5 1 2 3 4 5 1 2 3 4 5. Me balanceo con los números mientras vosotras hacéis ondear las manos sobre el cuerpo de vuestra madre, metódicas como enfermeras que hacen su ronda. Pese a mi vocabulario, mis libros, mis conocimientos, me sorprende encogido contra la pared de enfrente, desolado. Observo cómo dos hijas cuidan de su madre con una inercia que podría equipararse a la gravedad. Sigo sentado, con todas mis teorías, metáforas y ecuaciones. Shakespeare y Milton, Barthes, Du Fu y Homero, maestros de la muerte que, a la postre, no saben enseñarme cómo afrontar a mis muertos.

Después de haber lavado y cambiado a Lan, después de haber quitado las sábanas, y limpiado los fluidos del suelo y del cadáver —ya que es así como el lenguaje dicta que hay que llamarla ahora, cadáver en lugar de «ella»—, nos reunimos de nuevo alrededor de Lan. Con todos los dedos, le abrí las mandíbulas, mientras al otro lado Mai le desliza la dentadura en el interior de la boca. Pero el *rigor mortis* se ha adueñado ya de ella, y las mandíbulas se cierran antes de que los incisivos se hayan encajado del todo, y la dentadura salta hacia fuera y cae al suelo con un ruido seco. Dejas escapar un grito, que ahogas rápidamente tapándote la boca.

—Joder —dices en inglés, extrañamente—. Joder, joder, joder...

Al segundo intento la dentadura encaja en su sitio, y te dejas caer sobre la pared de al lado de tu madre muerta.

Fuera, un volquete recorre la manzana traqueteando y tocando el claxon. Unas cuantas palomas zurean entre los árboles dispersos. Y tú estás sentada, y Mai recuesta la cabeza sobre tus hombros, mientras el cuerpo de vuestra madre se enfría unos metros más allá. Luego la barbilla se te vuelve una semilla de durazno y dejas caer la cara sobre las manos.

Lan lleva muerta cinco meses, y esos cinco meses los ha pasado sobre tu mesilla de noche, en una urna. Pero hoy estamos en Vietnam. En el distrito de Go Cong, provincia de Tien Giang. Es verano. Los arrozales se extienden a nuestro alrededor, infinitos y verdes como el mar.

Después del entierro, cuando ya los monjes con túnicas azafrán han entonado sus cánticos en torno a la lápida de granito pulido, los vecinos del pueblo traen bandejas de comida en volandas sobre la cabeza, y los de pelo más blanco recuerdan la vida de Lan aquí, casi treinta años atrás, y cuentan anécdotas y nos presentan sus condolencias. Cuando el sol se pone y desaparece del horizonte de los arrozales, y lo único que queda es la tumba de Lan con la tierra aún fresca y húmeda en los bordes, toda ornada con crisantemos, llamo a Paul, que está en Virginia.

Me hace una petición que no esperaba: quiere verla. Cojo el portátil y recorro los metros que me separan de las tumbas, hasta situarme lo bastante cerca de la casa como para conseguir tres

barras de wifi.

Sostengo el portátil delante de mí, y dirijo la cara de Paul hacia la lápida, en la que hay una fotografía en relieve de Lan de cuando tenía veintiocho años, más o menos la edad en que se conocieron. Espero detrás de la pantalla, y el veterano norteamericano se comunica por Skype con su exmujer vietnamita, de la que hace tanto tiempo que no sabe nada y a la que acabamos de enterrar. En un momento dado pienso que la señal se ha interrumpido, pero enseguida oigo que Paul se suena la nariz, deja las frases a medias, trata de pronunciar su adiós. Lo siente mucho, le dice al rostro sonriente de la tumba. Siente mucho haber vuelto a Virginia en el 71 tras recibir la noticia de que su madre estaba enferma. Y cómo todo había sido una estratagema para que regresara; cómo su madre siguió fingiendo una tuberculosis hasta que las semanas se convirtieron en meses y empezó a vislumbrarse el final de la guerra y Nixon dejó de enviar tropas y los norteamericanos iniciaron la retirada. Cómo el hermano de Paul interceptaba todas las cartas que Lan le enviaba. Cómo la cosa siguió así hasta que un día, unos meses antes de la caída de Saigón, un soldado que acababa de volver de Vietnam llamó a su puerta y le entregó una nota de Lan. Cómo Lan y sus hijas tendrían que abandonar la capital una vez consumada su caída. Cómo volverían a escribirle. Él dijo que sentía haber tardado tanto. Que cuando le llamaron del Ejército de Salvación para decirle que había una mujer con un certificado de matrimonio con sus nombres buscándole en un campo de refugiados de Filipinas, ya era 1990. Para entonces él ya llevaba ocho años casado con otra mujer. Le dice todo esto en una ráfaga de tartamudeos en vietnamita, aprendido mientras estuvo destacado en el país y conservado a lo largo de su matrimonio, hasta que sus palabras se hacen difícilmente coherentes a causa de sus agitados suspiros.

Unos niños del pueblo se han agrupado a un costado de las tumbas, y sus miradas curiosas y perplejas planean sobre la periferia. Debo de parecerles muy extraño, sosteniendo la cabeza pixelada de un hombre blanco enfrente de una hilera de tumbas.

Cuando miro la cara de Paul en la pantalla, de este hombre de voz suave, de este extranjero convertido primero en abuelo y luego en familiar, caigo en la cuenta de lo poco que sé de nosotros, de mi país, de cualquier país. De pie junto a la carretera de tierra, no muy diferente de la carretera de tierra en la que Lan estuvo de pie hacía casi cuarenta años, con una M-16 apuntándole a la cabeza y contigo en brazos, espero a que la voz de mi abuelo, ese profesor jubilado, vegano, cultivador de marihuana, ese amante de los mapas y de Camus, acabe de decirle las últimas palabras a su primer amor, y cierro el portátil.

En el Hartford donde yo crecí y en el que tú has envejecido, nos saludamos no con un «Hola» o un «¿Cómo estás?», sino preguntando, con las barbillas hendiendo el aire: «¿Todo bien?» He oído decir esto en otras partes del país, pero en Hartford era algo generalizado. Entre aquellos edificios vacíos, tapiados con tablas, y los campos de juegos con vallas de alambre de espino tan oxidadas y deformadas que parecían creaciones de la naturaleza, seres orgánicos como las vides, inventábamos nuestra propia jerga. Una frase que usan los perdedores económicos puede también oírse en East Hartford y en New Britain, donde familias blancas enteras, de esas que algunos llaman «basura de remolque», apiñadas en porches destartalados en parques de casas móviles y viviendas de protección social, con caras demacradas por la oxicodona tras el humo de los cigarrillos, iluminadas por linternas colgadas de trozos de sedal en lugar de lámparas de porche, te gritan «¿Todo bien?» al verte pasar.

En mi Hartford, donde los padres eran fantasmas que entraban y salían de la vida de sus hijos, como el mío... Donde las abuelas, *abuelas*, abas, nanas, babas y bàngoàis improvisan el orgullo y

el terco legado de sus lenguas mientras esperan sobre rodillas artríticas y pies hinchados frente a los Servicios Sociales para pedir ayuda para calefacción y gasolina, oliendo a perfume de droguería y a caramelos de menta, con abrigos marrones y de tallas muy grandes de Goodwill salpicadas de nieve recién caída, arrastrándose, bajando por una calle tras otra envueltas en vaho invernal; sus hijos e hijas están trabajando o en la cárcel o con sobredosis, o simplemente se acaban de marchar y recorren el país en autobuses Greyhound soñando que algún día se liberarán de sus rutinas vitales y empezarán una vida nueva, pero que después acaban convirtiéndose en seres fantasmales de la leyenda familiar.

En mi Hartford, donde las compañías de seguros que hacían de nosotros una gran ciudad se trasladaron a otros lugares en cuanto apareció internet, y nuestras mejores mentes fueron absorbidas por Boston o Nueva York. Donde todo el mundo tenía un primo segundo que era de los Latin Kings. Donde seguimos vendiendo chaquetas de chándal de los Whalers en la estación de autobuses veinte años después de que los Whalers se largaran de aquí para convertirse en los Carolina Hurricanes. El Hartford de Mark Twain, Wallace Stevens y Harriet Beecher Stowe, escritores cuya vasta imaginación no logró abarcar, en carne o tinta, cuerpos como los nuestros. Donde el teatro Bushnell o el Wadsworth Atheneum (que acogió la primera retrospectiva de Picasso en toda Norteamérica) lo visitan sobre todo gente de los barrios residenciales de la periferia, que entregan las llaves a los aparcacoches y se refugian apresuradamente en los cálidos halógenos del auditorio y luego vuelven a sus casas en poblaciones somnolientas encantadas con Pier 1 Imports y Whole Foods. Hartford, donde nosotros nos quedamos cuando otros inmigrantes vietnamitas se desplazaban a California o Houston. Donde nos acoplamos a una vida de entrar y salir de un invierno brutal a otro, donde las tormentas del nordeste nos engullían los coches de la noche a la mañana. Los disparos de las dos de la madrugada, los disparos de las dos de la tarde, las esposas y novias en las cajas de los supermercados C-Town con ojos morados y labios partidos, que te devolvían la mirada alzando la barbilla, como diciendo «Ocúpate de tus asuntos».

Porque que te maltrataran era algo sobrentendido, algo que se *presuponía*, era la piel que te cubría. Preguntar «¿Todo bien?» era pasar, ipso facto, a la alegría. Era apartar lo inevitable para alcanzar lo excepcional. Ni espectacular ni fantástico ni maravilloso, sino sencillamente «bien». Porque bien, las más de las veces bastaba con lo que estaba bien; era ese destello precioso que buscábamos e intercambiábamos unos y otros.

Aquí, «bien» es encontrar un dólar en la alcantarilla, «bien» es cuando el día de tu cumpleaños tu madre tiene el dinero suficiente para alquilar una película y comprar una pizza de cinco dólares en Easy Frank's y clavar ocho velas en el queso fundido y el pepperoni. «Bien» es saber que ha habido un tiroteo y que tu hermano es el que ha vuelto a casa, o estaba ya contigo, con la cara hundida en un plato de macarrones con queso.

Eso es lo que Trevor me dijo aquella noche cuando salimos del río, rezumando pequeñas gotas negras del pelo y los dedos. Con el brazo tendido sobre mis hombros trémulos, me acercó los labios al oído y me dijo:

—Estás bien. ¿Me has oído, Perro Pequeño? Estás bien. Te lo juro. Estás bien.

Después de enterrar la urna de Lan, y de pulir su tumba por última vez con unos trapos empañados en cera y aceite de ricino, tú y yo volvemos al hotel de Saigón. En cuanto entramos en la habitación, sórdida y con un aire acondicionado asfixiante, apagas todas las luces. Me detengo en mitad de un paso, sin saber qué hacer en aquella repentina oscuridad. Son las primeras horas de

la tarde y las motos se oyen aún acelerando y tocando la bocina en la calle de abajo. La cama cruje cuando te sientas.

—¿Dónde estoy? —dices—. ¿Qué es esto?

Como no se me ocurre otra cosa que decir, digo tu nombre.

—Rosa —digo. La flor, el color, la tonalidad—. Hong —repito.

A una flor solo la vemos hacia el final de su vida, cuando acaba de florecer y va camino ya de convertirse en papel de estraza. Y quizá todos los nombres no son sino espejismos. Cuántas veces nombramos algo por su forma más breve... Rosal, lluvia, mariposa, tortuga mordedora, pelotón de fusilamiento, niñez, muerte, lengua materna, tú, yo.

Solo cuando pronuncio la palabra me doy cuenta de que en inglés *rose* (rosa) es también el pasado de *rise* (levantarse). De que al llamarte por tu nombre te estoy diciendo también que te has levantado. Lo digo como si fuera la única respuesta a tu pregunta, como si un nombre fuera también un sonido en el que podrían encontrarnos. ¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy? Tú eres Rosa, mamá. *You Rose* (te has levantado).

Te toco el hombro con la misma delicadeza con la que Trevor me trató en el río. Trevor, que, salvaje como era, no comía ternera, no comía las crías de las vacas. Pienso ahora en esas crías, separadas de sus madres y metidas en cajas del tamaño de sus vidas, para alimentarlas y engordarlas hasta convertirlas en carne blanda. Vuelvo a pensar en la libertad, en cómo el ternero es más libre que nunca cuando le abren la jaula y lo conducen al camión que lo llevará al matadero. Toda libertad es relativa, tú lo sabes muy bien, y a veces no es libertad en absoluto sino simplemente la jaula que se hace más grande, y los barrotes se distancian pero siguen allí, como cuando se «libera» a animales salvajes en reservas naturales solo para mantenerlos dentro de lindes más grandes. Pero yo acepté ese ensanchamiento, de todas formas. Porque a veces basta con no ver los barrotes.

Durante unos instantes de delirio en el granero, cuando Trevor y yo follamos, la jaula a mi alrededor se hizo invisible, pese a que sabía que no había desaparecido en ningún momento. Cómo mi júbilo se convirtió en una trampa cuando perdí el control de mis entrañas. Cómo los desechos, la mierda, el excedente, es lo que mantiene atado lo vivo, aunque esté siempre presente y sea eterno en la muerte. Cuando las terneras son finalmente sacrificadas, el hecho de que suelten las tripas suele ser su acto final, dado el shock de los intestinos ante la vertiginosa velocidad de su final.

Te aprieto la muñeca y digo tu nombre:

Te miro y veo, a través de la oscuridad como boca de lobo, los ojos de Trevor... Trevor, cuya cara ha empezado ya a desdibujarse en mi mente... Cómo brillaban bajo la lámpara del granero mientras nos vestíamos, quietos y estremecidos por el agua. Veo los ojos de Lan en sus horas últimas, como necesarias gotas de agua, siendo como eran lo único que podía mover. Como las pupilas anchas del ternero cuando la trampilla se abre y el animal carga desde su prisión contra el hombre con el arnés listo para pasárselo alrededor del cuello.

—¿Dónde estoy, Perro Pequeño?

Tú eres Rosa. Tú eres Lan. Tú eres Trevor. Como si un nombre pudiera ser más de una cosa, ancha y profunda como una noche con una camioneta al ralentí en un arcén, y tú pudieras salir de tu jaula, donde yo te espero. Donde, bajo las estrellas, vemos al fin lo que hemos hecho el uno del otro a la luz de las cosas muertas hace mucho tiempo..., y lo juzgamos bueno.

Recuerdo la mesa. Recuerdo la mesa hecha de palabras que me diste de tu boca. Recuerdo el cuarto ardiendo. El cuarto ardía porque Lan hablaba de fuego. Recuerdo el fuego tal como me lo explicasteis en el apartamento de Hartford; todos dormidos en el suelo de madera, envueltos en mantas del Ejército de Salvación. Recuerdo al hombre del Ejército de Salvación tendiéndole a mi padre un montón de cupones para el Kentucky Fried Chicken, que nosotros llamábamos Chicken del Viejo (la cara del coronel Sanders aparecía estampada en todos los pequeños cubos rojos de pollo frito). Recuerdo haber desgarrado la carne crujiente con aceite como si fuera un regalo de los santos. Recuerdo haber aprendido que los santos eran personas normales que habían padecido grandes dolores, y que eran famosas por eso. Recuerdo haber pensado que tú y Lan deberíais ser santas.

—Acuérdate —me decías cada mañana antes de salir al aire frío de Connecticut—. Que no se fijen mucho en ti. Ya eres vietnamita.

Es el primer día de agosto y el cielo está claro en el centro de Virginia, ahora muy poblado por la afluencia del verano. Estamos visitando al abuelo Paul para celebrar que he terminado la carrera la primavera pasada. Estamos en el jardín. Los primeros colores del atardecer caen sobre la cerca de madera y todo tiene una tonalidad ámbar, como si estuviéramos dentro de una bola de cristal de nieve llena de té. Estás delante de mí, y te encaminas hacia el extremo de la cerca, y tu camisa rosa entra y sale de la sombra. Atrapa, y luego pierde, las sombras de debajo de los robles.

Me acuerdo de mi padre, lo que equivale a decir que estoy aunando sus partes. Estoy recomponiéndolo en un cuarto, porque ha debido de haber un cuarto. Tiene que haber habido una plaza en la que la vida ha tenido lugar, brevemente, con o sin alegría. Me acuerdo de la alegría. Era el sonido de unas monedas en una bolsa de papel de estraza: su salario al cabo de un día de descamar pescado en el mercado chino de Portland. Me acuerdo de las monedas cayendo y desperdigándose por el suelo, y de cómo pasábamos los dedos por el metal frío, inhalando su promesa de cobre. Cómo pensábamos que éramos ricos. Cómo el pensamiento de ser ricos era una especie de felicidad.

Recuerdo la mesa. Debía de ser de madera.

El jardín es tan exuberante que parece palpitar a la luz tenue. La vegetación llena cada centímetro de él; las tomatas son tan frondosas que ocultan la tela metálica sobre la que descansan, y la hierba de trigo y la col rizada se apiñan en macetones galvanizados del tamaño de canoas. Las flores que ahora conozco por su nombre: magnolias, asteres, amapolas, caléndulas, gipsófilas..., y a todas ellas y sus tonalidades las iguala el crepúsculo.

¿Qué somos sino lo que la luz dice que somos?

Tu camisa rosa brilla más adelante. Estás en cuclillas, con la espalda inclinada en ademán de examinar algo que hay en el suelo, entre tus pies. Te echas el pelo hacia atrás y lo sujetas detrás de las orejas, haces una pausa, estudias más detenidamente lo del suelo. Entre nosotros solo se

mueven los segundos.

Una nube de mosquitos, un velo suspendido en la cara de nadie. Todo aquí parece que acaba de desbordarse, y que descansa al fin, agotado y derramado tras la fogosidad del verano. Voy hacia ti.

Me acuerdo de ir contigo a la tienda de comestibles, con la paga de mi padre en tus manos. En aquella época solo te había pegado dos veces, y por lo tanto aún cabía la esperanza de que no hubiera una tercera. Recuerdo que volvíamos con montones de Wonder Bread y botes de mayonesa, y que creías que la mayonesa era mantequilla; en Saigón la mantequilla y el pan blanco solo se comía en las mansiones custodiadas por mayordomos y portones de acero. Recuerdo que en casa todos sonreíamos cuando volvíamos, y que nos llevábamos los sándwiches de mayonesa a los labios agrietados. Recuerdo que pensaba que vivíamos en una especie de mansión.

Me recuerdo pensando que aquello era el sueño americano mientras la nieve golpeaba los cristales de las ventanas y llegaba la noche, y nos acostábamos, codo con codo, con las piernas y los brazos enredados, y las sirenas gemían en las calles, y al final nos dormíamos con la panza llena de pan con «mantequilla».

Paul está dentro de la casa, en la cocina, inclinado sobre un bol de pesto: espesa y lustrosa salsa de hojas de albahaca, dientes de ajo machacados con el machete, piñones, cebollas asadas hasta que se ennegrezcan los bordes dorados, y el vivo aroma de la cáscara de limón rallada. Sus gafas se empañan cuando acerca la cara, y se esfuerza por mantener firme la mano artrítica mientras echa la pasta humeante en el bol de salsa. Lo revuelve todo suavemente un par de veces con dos cucharas de madera y las pajaritas acaban bien mezcladas con la salsa verde musgo.

Las ventanas de la cocina se empañan, y la vista del jardín se convierte en una pantalla de cine vacía. Es hora de llamar a la madre y al niño. Pero Paul se demora unos instantes, y contempla el lienzo en blanco. Un hombre sin nada en las manos, al cabo, esperando que todo comience.

Recuerdo la mesa, que es como decir que la estoy recomponiendo. Porque alguien abrió la boca y levantó una estructura de palabras y ahora yo estoy haciendo lo mismo cada vez que veo mis manos y pienso «mesa», pienso «comienzos». Recuerdo haber pasado los dedos por los bordes, estudiando los pernos y arandelas que había creado mentalmente. Recuerdo gatear hasta debajo en busca de chicles mascados, nombres de amantes, y haber encontrado solo rastros de sangre seca, astillas. Recuerdo aquella bestia de cuatro patas elaborada con una lengua que aún no era la mía.

Una mariposa, rosada por la hora, se posa sobre una hoja de hierba dulce, y enseguida se aleja volando. La hoja se agita un instante, y luego se aquieta. La mariposa revolotea por el patio, con las alas parecidas a esa esquina del libro *Sula*, de Toni Morrison, que yo había doblado tantas veces para marcar la página que acabó por romperse una mañana en Nueva York, para irse luego aleteando en el aire líquido de la avenida invernal. Era el pasaje en que Eva rocía con gasolina a su hijo esclavo de la droga y enciende una cerilla en un acto de amor y de misericordia que tengo la esperanza tanto de ser capaz de llevarlo a cabo si llega el caso como de no tener que enfrentarme a ese trance nunca.

Entorno los ojos. No es una mariposa monarca, no es más que un débil borrón blanco listo para morir con la primera escarcha. Pero sé que las monarcas están muy cerca, con sus alas anaranjadas y negras plegadas, empolvadas y abrumadas de calor, preparadas para emprender la

huida hacia el sur. Hebra a hebra, el crepúsculo sutura los bordes de un rojo intenso.

Una noche, en Saigón, dos días después de dar sepultura a Lan, me llegó el sonido de una música metálica y las voces chillonas de unos niños a través de balcón del hotel. Eran casi las dos de la madrugada. Tú seguías dormida en el colchón, a mi lado. Me levanté, me puse las sandalias y salí a la calle. El hotel estaba en una calleja. Mientras mis ojos se habituaban a la luz de los tubos fluorescentes que colgaban a lo largo de las paredes, fui caminando hacia la música.

La noche ardía ante mí. La gente, de pronto, estaba en todas partes, era un caleidoscopio de colores, atuendos, miembros, fulgor de joyería y de lentejuelas. Había vendedores de coco fresco, mango en rodajas, pasteles de arroz apelmazados dentro de masas pegajosas envueltas en hojas de banana que humeaban en grandes tinas de metal, jugo de caña de azúcar que se vendía en bolsas de plástico para sándwiches cortadas por una esquina; en ese momento un chico bebía con fruición de una de ellas con expresión embelesada. Un hombre de brazos casi negros por el sol estaba en cuclillas en la calle. Se afanaba sobre una tabla de cortar no más grande que la palma de su mano; partía por la mitad un pollo asado con un único y diestro tajo de su cuchillo de carnicero, luego lo cortaba y repartía los trozos escurridizos entre la chiquillería que hacía cola.

Entre las hileras de luces que colgaban de los balcones de un lado a otro de la calle, descubrí un escenario improvisado. En él, un grupo de mujeres ataviadas con gran boato giraban con los brazos como banderolas en la brisa, cantando karaoke. Sus voces quebraban el aire y flotaban calle abajo. Muy cerca, en un pequeño televisor colocado sobre una mesa blanca de plástico, se leía la letra de una canción pop vietnamita de los años ochenta.

«Ya eres vietnamita.»

Me acerqué, aún un tanto aturdido por la somnolencia. Parecía que la ciudad se había olvidado de la hora, o, mejor, del tiempo mismo. Que yo supiera, no era ninguna festividad, ni se daba motivo alguno de júbilo. De hecho, más allá de la calle, donde comenzaba la carretera principal, todos los caminos estaban vacíos, silenciosos, como era de esperar a esa hora de la noche. Todo el bullicio se circunscribía a una única manzana. Donde la gente, ahora, reía y cantaba. Los niños, algunos incluso de unos cinco años, corrían entre adultos bamboleantes. Abuelas con pijamas florales y de estampados de cachemir se sentaban en banquetas de plástico junto a la entrada de las casas mordisqueando palillos de dientes, y sus cabezas solo dejaban de moverse al ritmo de la música para gritarles a los chiquillos de alrededor.

Lan, bajo tierra, «ya es vietnamita».

Solo cuando me acerqué para ver sus rasgos, las mandíbulas fuertes y prominentes, las cejas bajas y salientes, caí en la cuenta de que los cantantes se habían travestido de mujeres. Sus ropajes de lentejuelas y de modelos y colores primarios diversos centelleaban tan intensamente que parecían vestir una suerte de reducción de las estrellas.

Recuerdo a mi padre, lo que equivale a decir que estoy dándole un bofetón con estas nimias palabras. A ti te lo estoy dando con las manos en la espalda, la cabeza agachada para subir al coche patrulla porque, como la mesa, así es como se me dio a mí: por bocas que nunca articularon sonido alguno dentro de un libro.

A la derecha del escenario había cuatro personas de espaldas a todos. Agachaban la cabeza, y eran los únicos que no se movían, como si estuvieran encerrados en una habitación invisible. Miraban fijamente algo que había encima de una larga mesa de plástico que tenían enfrente, y agachaban tanto las cabezas que parecían decapitadas. Al cabo de un rato, una de aquellas

personas, una mujer de pelo plateado, apoyó la cabeza en el hombro de un hombre joven que había a su derecha, y se echó a llorar.

Recuerdo haber recibido una carta de mi padre desde la cárcel. El sobre arrugado, rasgado por los bordes. Me recuerdo con una hoja de papel en la mano llena de líneas borradas con tìpex: palabras censuradas por los funcionarios de prisiones. Me recuerdo raspando la película terrosa que se interponía entre mi padre y yo. Aquellas palabras. Tuercas y tornillos de una mesa. Una mesa en un cuarto donde no había nadie.

Me acerqué un poco más, y fue cuando vi, encima de la mesa, increíblemente inmóvil, la forma inequívoca de un cuerpo cubierto con una sábana blanca. Para entonces las cuatro personas en duelo lloraban abiertamente, mientras, en el escenario, el falsete del cantante se entrelazaba con los sollozos transidos.

Con náuseas, busqué el cielo sin estrellas. Un avión parpadeaba en rojo, luego en blanco, luego se desdibujaba tras una masa de nubes.

Me recuerdo estudiando la carta de mi padre y viendo unos puntitos negros diseminados por la hoja: los puntos de final de frase intocados por la censura. Un idioma de silencio. Recuerdo haber pensado que todas las personas a quienes había amado alguna vez eran un simple punto negro en una hoja radiante. Recuerdo haber trazado una raya de un punto a otro, con un nombre en cada uno, y haber dibujado un árbol familiar que se parecía mucho a una cerca de alambre de espino. Recuerdo haberme quedado mirando la hoja y haber acabado haciéndola pedazos.

Más tarde descubriría que esto era algo habitual en la noche de Saigón. Los forenses de la ciudad, siempre escasos de fondos, no siempre trabajaban día y noche. Cuando alguien muere en la madrugada, se ven atrapados en un limbo municipal en el que el cadáver permanece dentro de su muerte. Como reacción, se formó un movimiento de base a modo de bálsamo comunitario. Los vecinos, al saber de una muerte súbita, recaudaban dinero en menos de una hora y contrataban a una troupe de travestidos para lo que llamaban «posponer la tristeza».

En Saigón, el sonido de música y de niños jugando a estas altas horas de la noche es señal de muerte, o, mejor, señal de una comunidad que trata de sanarse.

Es a través de la vestimenta y los gestos explosivos de los travestidos, de sus caras y voces excesivas, de su transgresión del tabú de género, como este espectáculo dispendioso procura ese consuelo. Al tiempo que útiles, pagadas e investidas de autoridad como dispensadoras de un servicio vital en una sociedad en la que ser homosexual sigue siendo pecado, las *drag queens* constituyen, mientras los muertos yacen a cielo abierto, un espectáculo «subrogado». Su supuesta, fiable fraudulencia es lo que hace su presencia necesaria para quienes lloran a sus muertos. Porque la pena, en su peor cara, es irreal. Y requiere una respuesta surrealista. Las *drag queens*, pues, son unicornios.

Unicornios que trotan con estrépito en un cementerio.

Recuerdo la mesa. Cómo las llamas empezaron a lamer sus bordes.

Recuerdo mi primer Día de Acción de Gracias. Estaba en casa de Junior. Lan me había hecho un plato de rollitos de primavera para que los llevase. Recuerdo la casa llena de gente, más de veinte personas. Gente que cuando reía daba ruidosas palmadas en la mesa. Recuerdo cómo la comida se me apilaba en el plato: puré de patatas, pavo, pan de maíz, menudillos, verduras, pastel de patata dulce y... rollitos de primavera. Todo el mundo elogiaba los rollitos de primavera de Lan mientras los hundía en la salsa. Y recuerdo que yo también los untaba de salsa.

Recuerdo a la madre de Junior poniendo un redondel de plástico negro encima de un aparato de madera. Y cómo el redondel daba vueltas y vueltas hasta que salía música de él. Cómo esa música era el sonido de una mujer gimiendo. Cómo todos los presentes cerraban los ojos e inclinaban la cabeza como si estuvieran escuchando un mensaje secreto. Recuerdo que pensé que ya había oído aquello antes, a mi madre y a mi abuela. Sí. Lo había oído incluso dentro del vientre materno. Era una canción de cuna vietnamita. Todas las canciones de cuna vietnamitas empezaban con un gemido, como si el dolor no pudiera salir del cuerpo de otra forma. Me recuerdo balanceándome mientras escuchaba la voz de mi abuela cantando melodiosamente a través de aquel aparato. El padre de Junior me dio unas palmadas en el hombro.

—¿Qué sabes de Etta James?

Recuerdo la felicidad.

Recuerdo mi primer año en la escuela norteamericana: la excursión a una granja, y cómo luego el señor Zappadia nos dio a cada alumno una fotocopia de una vaca negra y blanca.

—Coloread lo que habéis visto hoy —nos dijo.

Recuerdo haber visto lo tristes que estaban las vacas en la granja, con sus grandes cabezas en calma tras las cercas electrificadas. Y, como tenía seis años, recuerdo haber pensado que el color era una especie de felicidad, así que escogí los tonos más brillantes de la caja de pinturas y llené a las vacas tristes de colores malvas, naranjas, rojos, castaños rojizos, magenta, peltre, fucsia, gris purpurina, verde lima...

Recuerdo al señor Zappadia gritando: le temblaba la barba más arriba de mi cabeza mientras una mano velluda agarraba mi vaca arcoíris y la aplastaba con los dedos.

—He dicho que coloreéis lo que habéis visto.

Recuerdo que lo volví a hacer. Recuerdo que dejé la vaca sin pintar y que me puse a mirar por la ventana. Y que el cielo era azul, e inclemente. Y me recuerdo allí sentado, entre mis compañeros..., irreal.

En aquella calle, aledaña a la persona inerte en cuya quietud, de alguna forma, había más viveza que en los vivos, con aquel hedor perpetuo del alcantarillado y la escorrentía de las cunetas, la visión se me nubló, los colores se me mezclaron bajo los párpados. La gente que pasaba creía que yo era de la familia y me dedicaba inclinaciones de cabeza solidarias. Me frotaba la cara cuando un hombre de edad mediana me agarró del cuello, como los padres o tíos vietnamitas acostumbran a hacer cuando tratan de transmitirte su fuerza.

—Volverás a verla. Eh, eh... —Su voz era como un graznido y apestaba a alcohol—. La verás otra vez. —Me dio una fuerte palmada en la nuca—. No llores. No llores.

Este hombre. Este hombre blanco. Este Paul que abre la puerta de madera del jardín y el pestillo suena con ruido metálico a su espalda, no es mi abuelo por la sangre..., sino por los actos.

¿Por qué se alistó como voluntario en Vietnam cuando tantos jóvenes se iban a Canadá para zafarse del reclutamiento? Sé que nunca te lo dijo, porque habría tenido que explicarte su implacable y abstracto amor por la trompeta en una lengua que no dominaba. Siempre había querido llegar a ser «un Miles Davis blanco» de los maizales y los bosques remotos de Virginia. Las notas rotundas de la trompeta reverberaban a través de la casa campesina de dos pisos de su adolescencia. La casa con las puertas arrancadas por un padre encolerizado que recorría los

cuartos aterrorizando a la familia. El padre cuya única conexión con Paul era el metal: el proyectil alojado en su cerebro desde el día del desembarco en la playa de Omaha; y el latón que Paul se llevaba a la boca para hacer música.

Recuerdo la mesa. Y cómo intenté devolvértela. Y cómo me tenías en brazos y me cepillabas el pelo, diciendo:

—Ya está, ya está... No pasa nada, no pasa nada...

Pero es una mentira.

Fue más bien así: te di la mesa, mamá..., es decir, te entregué mi vaca de colores, que había sacado de la papelería cuando el señor Zappadia no miraba. Y los colores se movieron y arrugaron en tus manos. Yo traté de explicártelo pero me faltaba la lengua que tú podías entender. ¿Entiendes? Yo era una herida abierta en mitad de Norteamérica y tú estabas dentro de mí preguntando: «¿Dónde estamos? ¿Dónde estamos, cariño?»

Recuerdo haberte mirado durante largo rato, y, como tenía seis años, creía que podía *transmitir* mis pensamientos a tu mente con solo mirarte fijamente y con la suficiente intensidad. Recuerdo llorar de rabia. Tú no tenías ni idea. Me metiste la mano por debajo de la camisa y me rascaste la espalda, de todas formas. Recuerdo haberme dormido así: tranquilo; con mi vaca aplastada despegándose sobre la cómoda como una bomba de colores a cámara lenta.

Paul se enfrascaba en la música para zafarse, y cuando su padre hizo pedazos su instancia para ingresar en el conservatorio, Paul se fue incluso más allá; recorrió la distancia que le separaba de la oficina de alistamiento, y pronto se vio, con diecinueve años, en el Sudeste Asiático.

Dicen que las cosas pasan por alguna razón, pero no sé decirte por qué los muertos siempre superan en número a los vivos.

No sé decirte por qué algunas mariposas monarcas, camino del sur, sencillamente dejan de volar, sienten de súbito que las alas les pesan demasiado, como si no fueran del todo suyas, y caen, y se borran ellas mismas de esta historia.

No sé decirte por qué, en esa calle de Saigón, mientras el cuerpo yacía bajo una sábana, seguí escuchando, no el cántico que brotaba de la garganta de la *drag queen*, sino el de mi interior: «Muchos hombres, muchos, muchos, muchos, muchos hombres. Me desean la muerte.» La calle palpitaba y hacía girar en torno a mí sus colores hechos trizas.

En medio de la conmoción, reparé en que habían movido el cuerpo. La cabeza se había ladeado, estirando la sábana con ella y dejando una nuca ya pálida al descubierto. Y allí, justo debajo de la oreja, no más grande que una uña, un pendiente de jade osciló un par de veces y se detuvo. «Señor, no llores más, no miro más al cielo. Ten piedad de mí. Tengo sangre en el ojo, compañero, y no veo.»

Recuerdo que me agarraste por los hombros. Y llovía a cántaros o nevaba o las calles estaban inundadas o el cielo tenía un color de magulladura. Y tú estaba de rodillas en la acera atándome los zapatos azul claro y me decías: «Recuerda. Recuerda. Tú ya eres vietnamita.» Ya lo eres. Y estás preparado.

Ya ha pasado.

Recuerdo la acera, cómo empujábamos el carro herrumbroso hacia la iglesia y el comedor de beneficencia de New Britain Avenue. Recuerdo la acera. Cómo empezó a sangrar: pequeñas gotas carmesí fueron apareciendo debajo del carro. Y había una estela de sangre delante de nosotros. Y detrás. Debían de haber disparado o apuñalado a alguien la noche anterior. Seguimos caminando.

Dijiste:

—No mires al suelo, cariño. No bajas la mirada. —La iglesia está tan lejos. Su aguja es una puntada en el cielo—. No bajas la mirada. No bajas la mirada.

Recuerdo el Rojo. Rojo. Rojo. Rojo. Tus manos mojadas sobre las mías. Rojo. Rojo. Rojo. Rojo. Tu mano, tan caliente. Tu mano, mía. Recuerdo que dijiste:

—Perro Pequeño, levanta la mirada. Levanta la mirada. ¿Ves? ¿Ves los pájaros en los árboles?

Recuerdo que era febrero. Los árboles se recortaban negros y desnudos contra el cielo encapotado. Pero tú seguías hablando:

—¡Mira! Los pájaros. De tantos colores. Pájaros azules. Pájaros rojos. Pájaros magenta. Pájaros de purpurina. —Tu dedo apuntó hacia las ramas retorcidas—. ¿No ves el nido de polluelos amarillos; cómo la madre de color verde les da de comer lombrices?

Recuerdo cómo tus ojos se agrandaban. Recuerdo mirar y mirar fijamente la punta de tu dedo, hasta que, al fin, un borrón esmeralda maduró y se hizo realidad. Y los vi. A los pájaros. A todos. Cómo florecían como frutas mientras tu boca se abría y cerraba y las palabras no paraban de colorear los árboles. Recuerdo que olvidé la sangre. Recuerdo que no miré hacia el suelo en ningún momento.

Sí, hubo una guerra. Sí, nosotros vinimos de su epicentro. En aquella guerra, una mujer se obsequió a sí misma con un nombre nuevo, Lan, y con aquel nombre nuevo se proclamó bella, y luego hizo que esa belleza crease algo que merecía la pena conservar. De ahí nació una hija, y de esa hija un hijo.

Todo este tiempo me decía a mí mismo que habíamos nacido de la guerra, pero estaba equivocado, mamá. Nacimos de la belleza.

Que nadie nos confunda con el fruto de la violencia, violencia que, pese a haber pasado a través del fruto, no ha conseguido pudrirlo.

Paul está detrás de mí, junto a la verja, cortando una mata de hojas de menta para aderezar el pesto. Sus tijeras seccionan los tallos. Una ardilla baja corriendo por el tronco de un sicómoro cercano, se para en la base, aspira el aire y vuelve a subir, y desaparece entre las ramas. Tú estás un poco más adelante cuando me acerco; mi sombra toca tus talones.

—Perro Pequeño —dices sin volverte; hace mucho que el sol se ha ido del jardín—. Ven y mira esto. Señalas la tierra a tus pies, y tu voz es un grito-susurro—. ¿No es de locos?

Recuerdo la habitación. Cómo ardía porque Lan cantaba algo sobre el fuego, rodeada de sus hijas. El humo ascendía y se agolpaba en las esquinas. La mesa, en la mitad de un fulgor vivo. Las mujeres, con los ojos cerrados y las palabras implacables. Las paredes, una pantalla móvil de imágenes llameantes cuando un verso se desplazaba hacia el siguiente: una encrucijada iluminada por el sol en una ciudad que ya no estaba allí. Una ciudad sin nombre. Un hombre blanco de pie junto a un tanque con su hija de pelo negro en los brazos. Una familia que dormía en un cráter de bomba. Una familia escondida debajo de una mesa. ¿Lo entiendes? Todo lo que se me dio fue una mesa. Una mesa en lugar de una casa. Una mesa en lugar de una historia.

—En Saigón hubo una casa —me contaste—. Una noche, tu padre, borracho, llegó a casa y me pegó por primera vez en la mesa de la cocina. Tú aún no habías nacido.

Pero recuerdo la mesa, de todas formas. Existe y no existe. Un legado ensamblado con bocas

desnudas. Y sustantivos. Y ceniza. Recuerdo la mesa como una esquirola incrustada en el cerebro. Algunos lo llamarán metralla. Otros lo llamarán arte.

Estoy a tu lado ahora, mientras señalas el suelo donde, justo más allá de tus dedos, una colonia de hormigas discurre por el retazo de tierra, un tropel de actividad negra tan espeso que se diría la sombra de una persona que no llegará a materializarse. No logro distinguir una de otra; sus cuerpos se enlazan entre sí en una incesante oleada de contactos, cada letra de seis patas de un azul oscuro en el crepúsculo: fractales de un alfabeto gastado por el tiempo. No, no son mariposas monarcas. Son las que, llegado el invierno, se quedarán, convertirán su carne en simiente y excavarán madrigueras más profundas, para más tarde barrenar la marga cálida de la primavera, famélicas...

Recuerdo las paredes retorciéndose como lienzos al recrudecerse el fuego. El techo era un turbión de humo negro. Recuerdo que repté hasta la mesa, que ahora era un montón de hollín, y metí los dedos en él. Mis uñas se ennegrecían con mi país. Mi país se disolvía en mi lengua. Me recuerdo haciendo un montoncito de ceniza y escribiendo las palabras «vivir» «vivir» «vivir» en las frentes de tres mujeres que estaban sentadas en la habitación. Y recuerdo cómo la ceniza acabó por endurecerse y volverse tinta en una página en blanco. Y hay ceniza en esta misma página. Hay bastante para todo el mundo.

Te enderezas, te sacudes el pantalón. La noche ha vaciado de colores el jardín. Caminamos, sin sombra, hacia la casa. Dentro, en el resplandor de las lámparas apantalladas, nos arremangamos, nos lavamos las manos. Hablamos, con cuidado de no mirarnos demasiado; luego, sin nada más que decir, ponemos la mesa.

Lo oigo en sueños. Luego, con los ojos abiertos, vuelvo a oírlo: un gemido tenue que recorre los campos arrasados. Un animal. Siempre es un animal cuyo dolor es así de articulado, así de claro. Estoy echado en el suelo fresco de tierra del granero. Sobre mi cabeza cuelgan ringleras de tabaco, cuyos extremos se restriegan unos contra otros con la corriente única del granero, lo cual indica que es la tercera semana de agosto. A través de las tablillas irrumpe el nuevo día, cargado ya del calor del verano. Vuelvo a oír el ruido, y esta vez me incorporo. Hasta que lo veo no sé que vuelvo a tener quince años. Trevor duerme a mi lado. De costado, con el brazo de almohada, parece más perdido en sus pensamientos que en el sueño. Su respiración es lenta y pausada, salpicada de atisbos de las Pabst que nos hemos tomado hace unas horas; las vacías se alinean encima del banco de más arriba de su cabeza. Unos metros más allá, en el suelo, hay un casco militar metálico volcado y con la luz de la mañana, de una tonalidad azul grisáceo, agolpada en el interior del cuenco.

Aún en calzoncillos, salgo a la vasta neblina. Vuelve el aullido, un sonido hondo y vacío, como si tuviera paredes, como si fuera un lugar donde poder ocultarte. Debe de estar herido. Solo un ser con un intenso dolor podría generar un sonido en el que pudiera entrarse.

Busco los campos aplanados; hay masas de niebla sobre la tierra parda y sin brillo. Nada. Debe de venir de la granja vecina. Camino, y la humedad aumenta, y las sienes me pican con sudor nuevo.

En el campo vecino, el resto del tabaco, grueso y verde oscuro, a una semana de la cosecha, se alza por todas partes; algo más alto que de costumbre: las puntas me sobrepasan en altura. Está el roble contra el que nos estrellaríamos con el Chevy dos semanas después. Los grillos no han desatado aún las patas, y ahora sierran en el aire denso cuando me adentro más, parándome cada vez que el aullido se hace más alto, más intenso, más cercano.

La noche anterior, bajo las vigas, con los labios maltratados y consumidos por el exceso, estábamos tendidos en la tierra, jadeantes. Nos separaba el silencio oscuro, y le pregunté a Trevor lo que Lan me había preguntado la semana anterior.

—¿Alguna vez piensas en esos bisontes que vemos en el Discovery Channel? O sea, en que sigan y sigan corriendo hacia el precipicio...

Se volvió hacia mí; el runrún de sus labios me rozaba el brazo.

—¿Los bisontes?

—Sí, ¿a qué se deberá que sigan corriendo de esa forma, incluso después de que los que van en cabeza se despeñen? Lo más lógico es que hubiera alguno que se detuviese y diese la vuelta.

Su mano, bronceada por el trabajo, era un manchón increíblemente oscuro sobre su barriga.

—Sí. Los he visto en esos documentales sobre animales. Se caen como un montón de ladrillos. Al vacío. —Hizo chasquear la lengua, con enfado, pero acabó diciendo, más bajo—: Imbéciles.

Estábamos quietos, dejando que los bisontes siguieran despeñándose, centenares de ellos trotando en silencio y cayendo por los precipicios de nuestra mente. En alguna parte del campo vecino, una camioneta entró en el camino de acceso levantando grava bajo las ruedas; un rayo de luz vino a dar contra el granero e iluminó el polvo de encima de nuestras narices, de sus ojos

cerrados, ojos que, para entonces, yo sabía que no eran grises, sino ojos de Trevor. La puerta se cerró con ruido y alguien llegó a casa y se oyeron cuchicheos, y alguna frase en voz más alta preguntando «¿Cómo ha ido?» o «¿Tienes hambre?». Algo sencillo y necesario, aunque extra, y delicado, una voz como aquellas pequeñas marquesinas de encima de las cabinas de teléfonos que bordean las vías del tren, hechas de las mismas tablillas con las que se hacen las casas, aunque con un grosor de apenas cuatro hileras, lo justo para que el teléfono no se moje. Y quizá es todo lo que yo quería, que me hiciera una pregunta y que esa pregunta valiera para cubrirme como un tejado del grosor de mi persona.

—No está en su mano —dijo Trevor.

—¿Qué no está en su mano?

—En la de esos malditos bisontes. —Se dio un golpecito en la hebilla del cinturón—. No depende de ellos ir a donde van. Es la madre naturaleza. Ella les dice que se tiren y ellos van y lo hacen. No les queda más remedio. Es la ley de la naturaleza.

—La ley... —repetí yo, en voz baja—. ¿Seguir a sus seres queridos: como su familia sigue hacia delante ellos van detrás?

—Sí. Algo así —dijo Trevor, somnoliento—. Como una familia. Una familia bien jodida.

Me invadió una súbita ternura por Trevor, un sentimiento tan insólito en mí en aquel tiempo que sentí que me desplazaba de mí mismo. Hasta que Trevor me hizo volver.

—Eh —dijo medio dormido—. ¿Qué eras antes de conocerme?

—Creo que alguien que se ahogaba.

Se hizo un silencio.

—¿Y ahora qué eres? —susurró, aún más adormecido.

Lo pensé unos instantes.

—Agua.

—Vete a tomar por el culo... —Me dio un puñetazo en el brazo—. Y a dormir, Perro Pequeño —dijo.

Y se quedó quieto.

Luego, sus pestañas. Podía oír cómo pensaban.

No sé qué me hizo seguir la voz de aquel ser herido, pero tiraba de mí como una promesa de respuesta a una pregunta que aún no sabía bien cuál era. Dicen que si deseas algo con la suficiente intensidad acabas haciendo de ese algo un dios. Pero ¿y si lo único que yo siempre había deseado era mi vida, mamá?

Estoy pensando otra vez en la belleza, en cómo algunas cosas se persiguen porque las hemos juzgado bellas. Si, comparada con la historia de este planeta, una vida individual es tan corta, un abrir y cerrar de ojos, como suele decirse, entonces ser glorioso, incluso desde el día en que has nacido hasta el día en que te mueres, es ser glorioso durante un tiempo muy breve. Como ahora mismo, cuando veo el sol en el horizonte, muy bajo tras los olmos, y no puedo saber la diferencia entre una puesta de sol y una alborada. El mundo, al enrojecer, me parece el mismo, y no sé distinguir el este del oeste. Los colores, esta mañana, tienen el matiz deshilachado de algo que se está yendo. Pienso en la vez en que Trev y yo estábamos sentados en el tejado del cobertizo de herramientas, mirando cómo se ponía el sol. A mí no me impresionaba mucho el efecto, cómo, en unos minutos comprimidos, cambia la forma en que se ven las cosas, incluidos nosotros mismos,

salvo que era algo que siempre me era dado ver. Porque el ocaso, como la supervivencia, existe solo en la linde de su propia desaparición. Para ser glorioso, primero te tienen que ver, pero el hecho de que te vean da lugar a que te puedan perseguir.

Oigo su llamada otra vez, convencido de que es un ternero. Los ganaderos a menudo venden los novillos por la noche, transportándolos en la caja de los camiones mientras las madres duermen en los establos para que por la mañana no despierten mugiendo por sus crías. Algunas lo harían con tanta fuerza que se les inflamaría y obstruiría la garganta, y habría que introducirles un globo desinflado e inflarlo luego para que se les pudieran expandir los músculos del cuello.

Me acerco. El tabaco está muy alto. Cuando vuelve a gemir, el sonido se abre paso entre los tallos y las hojas tiemblan. Me acerco al pequeño claro donde está. La luz espumea de azul sobre las puntas de la planta. Oigo los enormes pulmones pugnando por atraer el aire adentro, suave pero claro como el viento. Aparto las plantas frondosas y doy un paso hacia delante.

—Mamá, cuéntame el cuento otra vez.

—Estoy demasiado cansada, cariño. Mañana. Vuelve a dormirte.

—No estaba durmiendo.

Son las diez pasadas y acabas de volver del salón de manicura. Llevas una toalla enrollada en la cabeza, y tienes la piel aún caliente de la ducha.

—Venga, muy rápido. El del mono.

Suspiras, deslizándote bajo la manta.

—De acuerdo. Pero alcánzame un cigarrillo.

Cojo uno del paquete de la mesilla, te lo coloco entre los labios y te lo enciendo. Das una chupada, otra. Te lo quito de la boca, te observo.

—Muy bien, veamos. Érase una vez un Rey Mono que...

—No, mamá. El de verdad. Venga. Cuéntame la historia verdadera.

Vuelvo a ponerte el cigarrillo en los labios, y te dejo dar unas chupadas.

—De acuerdo. —Tus ojos recorren el cuarto—. Érase una vez... Oye, acércate más, ¿quieres oír la historia o no? Érase una vez, en nuestro país, unos hombres que comían sesos de mono.

—Tú naciste el Año del Mono. Así que eres una mona.

—Sí, supongo que sí. —Suspiras, mirando hacia la lejanía—. Soy una mona.

El cigarrillo se consume entre mis dedos.

Voy abriéndome paso entre el tabaco y asciende una neblina del suelo cálido. El cielo se ensancha, el tabaco se espacia y deja al descubierto un círculo no mayor que la huella dactilar de dios.

Pero no hay nada. Ni novillo, ni sonido... Solo los últimos grillos, ahora distantes, y el tabaco quieto al aire de la mañana. Me quedo allí de pie, esperando a que el sonido me dé la razón.

Nada.

El ternero, la granja, el chico, el accidente, la guerra..., ¿me lo había inventado todo en un sueño, para después despertar con ello adherido a la piel?

Mamá, no sé si habrás podido llegar hasta este punto en esta carta, o si no has llegado hasta aquí en absoluto. Tú siempre me dices que se te ha hecho demasiado tarde para aprender a leer, con tu pobre hígado, tus exhaustos huesos; que después de todo lo que has pasado en la vida lo único que te apetece es descansar. Que la lectura es un privilegio que me pudiste brindar con lo

que tú perdiste. Sé que crees en la reencarnación. Yo no sé si creo o no, pero espero que sea cierta. Porque entonces tal vez vuelvas aquí la próxima vez que vivas. Tal vez seas una chica y tal vez vuelvas a llamarte Rosa. Y tengas un cuarto lleno de libros y unos padres que te leerán cuentos antes de dormir en un país intocado por la guerra. Tal vez entonces, en esa vida y ese futuro, encuentres este libro y sabrás lo que fue de nosotros. Y me recordarás. Tal vez.

Sin razón alguna, echo a correr, dejo atrás el claro, vuelvo a la sombra quieta del tabaco. Mis pies se hacen un borrón, un viento liviano bajo mi persona, y sigo corriendo. Aunque nadie que yo conozca haya muerto aún; ni Trevor, ni Lan, ni mis amigos, aún libres de anfetaminas y heroína en sus venas sin cicatrices. Aunque la granja no se haya vendido todavía para construir bloques de pisos de lujo, y el granero no haya sido desmontado y su madera no se haya utilizado para hacer muebles de artesanía o para revestir las paredes de cafés de moda en Brooklyn, sigo corriendo.

Corro pensando que lo superaré todo, ya que mi voluntad de cambiar es más fuerte que mi miedo a vivir. Con el pecho empapado y arañado por las hojas, mientras el día se tiñe de rojo por los extremos, sigo avanzando tan rápido que siento que por fin he abandonado mi cuerpo y lo he dejado atrás. Pero cuando me doy la vuelta para ver a ese chico jadeante, para perdonarle, al fin, que haya tratado de ser bueno y no lo haya conseguido, no veo a nadie, solo los olmos sin viento de la linde del campo. Entonces, sin motivo alguno, sigo corriendo. Pienso en los bisontes que, en alguna parte, quizá en Dakota del Norte o en Montana, con los lomos ondeantes a cámara lenta avanzan hacia el precipicio, los cuerpos marrones atascándose ante el estrecho abismo. Y los ojos negro petróleo, y los huesos aterciopelados de los cuernos cubiertos de polvo, corren, de cara, juntos..., hasta que se vuelven alces, enormes y astados, con los orificios nasales mugientes, y luego perros cuyas garras arañan la tierra hacia el despeñadero, y cuyas lenguas beben la luz hasta que, por último, se convierten en macacos, todo un tropel. Tienen las coronillas abiertas, los cerebros vaciados, y flotan; el vello de los miembros es fino y suave como plumas. Y justo cuando el primero de ellos pisa ya fuera del abismo, el aire, la nada eterna bajo sus patas, se incendian en el centelleo ocre y rojo de las mariposas monarcas. Millares de monarcas caen sobre el final de la tierra firme, se expanden por el aire blanco como un chorro de sangre que cayera contra el agua. Corro a través del campo como si mi precipicio no se hubiera escrito nunca en esta historia, como si yo no fuera más pesado que las palabras de mi nombre. Y, como una palabra, no soporto peso alguno en este mundo, si bien sí cargo con mi propia vida. Y tiro hacia delante hasta que lo que dejo atrás se convierte exactamente en aquello hacia lo que corro, como si formara parte de una familia.

—¿Por qué no te cogieron, entonces?

Te vuelvo a poner el Marlboro en la boca.

Me coges la mano unos instantes, respiras, y luego la sujetas entre los dedos.

—Oh, Perro Pequeño... —Suspiras—. Perro Pequeño, Perro Pequeño.

Monos, alces, vacas, perros, mariposas, bisontes. Qué no daríamos por que las vidas maltrechas de los animales contaran una historia humana..., cuando nuestras vidas son en sí mismas la historia de los animales.

—¿Que por qué no me cogieron? Bueno, porque fui rápida, cariño. Algunos monos son tan rápidos que son más fantasmas que otra cosa, ¿sabes? Lo que hacen es... puf. —Abres la mano en un gesto de pequeña explosión—. Desaparecen.

Sin mover la cabeza, me miras, de la forma en que una madre mira cualquier cosa, durante largo rato...

Luego, sin venir a cuento, te echas a reír.

El pretérito perfecto de andar no es andé.

HOA NGUYEN

AGRADECIMIENTOS

En la página 14, la frase «La libertad... no es más que la distancia entre el cazador y su presa» está tomada del poema de Bei Dao «Accomplices» (*The August Sleepwalker*).

En la página 45, la frase «Dos lenguas... atraen a una tercera» está parafraseada de *Roland Barthes*, de Roland Barthes.

En la página 201, la frase «Se pierde demasiada alegría, te lo aseguro, en nuestro desesperado empeño por conservarla» está influenciada por la teoría del budismo zen sobre la alegría y la impermanencia que menciona Max Ritvo en la entrevista que dio a *Divedapper.com* en 2016.

Me gustaría dar las gracias a algunas personas, sin ningún orden en particular, que hicieron que yo y mi trabajo fuéramos posibles en este mundo.

Estoy en deuda con el periodismo magistral de Tom Callahan, cuyos reportajes en profundidad para *ESPN the Magazine* y *Golf Digest* ampliaron, enriquecieron y dieron forma a mi visión de Tiger Woods y su legado indeleble en el golf y la cultura americana. Gracias a Elaine Scarry y su libro *On Beauty and Being Just* por el modo inteligente, riguroso y luminoso en que vuelve más complejo el tema.

A mis profesores, por ver (y mantener) siempre auténtico el camino: Roni Natov y Gerry DeLuca (Brooklyn College), Jen Bervin (Poets House), Sharon Olds (NYU) y mi profesor de poesía del instituto, Timothy Sanderson (Hartford County).

A Ben Lerner, sin el cual una gran parte de mi pensamiento y ser como escritor no se habrían desarrollado. Gracias por recordarme siempre que las reglas son solo tendencias, no verdades, y que las fronteras genéricas solo son ciertas en la medida en que son pequeñas nuestras imaginaciones. Estoy en deuda con tu gran amabilidad, y con el Departamento de Inglés del Brooklyn College, por concederme una beca de emergencia cuando me quedé sin casa en el invierno de 2009.

A Yusef Komunyakaa, gracias por enseñarme a salirme de la fila y ver mi mundo con más claridad en sus articulaciones más brutales y oscuras. Por tolerar mi actitud de *groupie* cuando, por azar, me senté detrás de ti una noche lluviosa en un cine del West Village, en otoño de 2008, y no paré de cotorrear sobre todo y sobre nada. No recuerdo la película pero nunca olvidaré tu risa. Gracias por ser mi maestro.

Una gran reverencia a los siguientes artistas y músicos a los que recurrí repetidamente mientras escribía este libro: James Baldwin, Roland Barthes, Charles Bradley, Thi Bui, Anne Carson, Theresa Hak Kyung Cha, Alexander Chee, Gus Dapperton, Miles Davis, Natalie Diaz, Joan Didion, Marguerite Duras, Perfume Genius, Thich Nhat Hanh, Whitney Houston, Kim

Hyesoon, Etta James, Maxine Hong Kingston, King Krule, Lyoto Machida, MGMT, Qiu Miaojin, Mitski, Viet Thanh Nguyen, Frank Ocean, Jenny Offill, Frank O'Hara, Rex Orange County, Richard Siken, Nina Simone, Sufjan Stevens y C. D. Wright.

A todos los artistas asiaticoamericanos que me han precedido, gracias.

Por leer este libro cuando aún era un manuscrito, por vuestros amables e iluminadores comentarios y vuestra perspicacia, gracias a Peter Bienkowski, Laura Cresté, Ben Lerner (de nuevo), Sally Wen Mao y Tanya Olson.

Por vuestra amistad, por compartir este arte y este aire conmigo: Mahogany Browne, Sivan Butler-Rotholz, Eduardo C. Corral, Shira Erlichman, Peter Gizzi, Tiffanie Hoang, Mari L'Esperance, Loma (alias Christopher Soto), Lawrence MinhBui Davis, Angel Nafis, Jihyun Yun.

A Doug Argue, tu vibrante franqueza y coraje me enseñaron a ser más valiente con nuestras verdades y, en más formas de las que sabes, hicieron posible este libro.

Gracias a mi espléndida e intrépida agente, Frances Coady (¡la capitana Coady!), por tu aguda mirada, tu fe incansable, tu paciencia, por respetarme como artista por encima de todo. Por encontrarme y creer en mí antes de que empezara todo.

Honda gratitud hacia mi editora, Ann Godoff, por tu prístino entusiasmo por este librito, por entenderlo de forma tan perfecta, tan total, y por tu cuidado profundo. Por respaldar la visión de su autor de todas las formas posibles. Y al espléndido equipo de Penguin Press: Matt Boyd, Casey Denis, Brian Etling, Juliana Kiyan, Shina Patel y Sona Vogel.

Estoy en deuda con Dana Prescott y Diego Mencaroni de la Civitella Ranieri Foundation, donde, durante un apagón en una tormenta en Umbría, este libro empezó, a mano. Y con Leslie Williamson y la Saltonstall Foundation for the Arts, donde este libro terminó. También recibí una ayuda generosa de la Lannan Foundation, la Whiting Foundation y la Universidad de Massachusetts — Amherst.

Gracias, Peter, siempre, por Peter.

Mamá, cảm ơn.